PANORAMA ERRANTE

EL CASO DEL PERIODISTA ESPAÑOL

Historias, cuentos y leyendas

Por

Alejandro Bern

1917

LIBRERÍA
DE LA VIUDA DE PUEYO
ARENAL, 6, MADRID

P-180
2,500
1-5-021222
C7120345
366
W14376

PANORAMA ERRANTE

PANORAMA ERRANTE

EL CASO DEL PERIODISTA ESPAÑOL

HISTORIAS, CUENTOS Y LEYENDAS

POR

ALEJANDRO BER

PRÓLOGO

DE

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

MADRID
IMP. DE "LA MAÑANA", M. DE MONASTERIO, 3
1917

ES PROPIEDAD
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

ÚLTIMA OBRA PUBLICADA

POR

ALEJANDRO BER

"TRES SENDAS,,

DEDICATORIA

PRÓLOGO

Caracteriza a Alejandro Ber su gran experiencia de la vida. Conoce la vida de España como si hubiese viajado a pie por toda ella; por sus carreteras, por sus calles; pero sobre todo por las calles de su gran capital.

Esa experiencia de la vida hace que Alejandro Ber construya sus novelas y sus cuentos con facilidad, y su estilo está lleno de una gran tensión, de la tensión que tiene la vida plena, en la que lo trágico y lo cómico están bien batidos, están fermentados, poseen toda la fuerza congénita que tienen en la vida.

Con ese temperamento de cuentista que hay en Alejandro Ber, de cuentista que distribuye bien la acción para que el cuento sea intenso, logra hacer en su vida de periodista bellos artículos, breves como el cuento, en los que son como cuentos de trazos inolvidables y de desenlace rápido las entrevistas, las declaraciones sensacionales y las consultas más áridas.

Alejandro Ber es, al mismo tiempo, un periodista y un cuentista, y en esta obra que se titula El caso de un periodista español, *porque así se titula el primer cuento, traza de mano maestra el cuadro del dolor del periodista, su gran amargura, sus grandes dudas, el suicidio en que consiste su profesión, el aplastamiento que sufre; pero la consciencia que tiene de su fracaso; una gran consciencia que lo rehabilita y que lo hace tan grande como hubiera podido llegar a ser.*

Nada más desgarrador que este cuento ni más

histórico, *cien veces* histórico, *tantas veces histórico como número de víctimas tiene el martirologio cristiano.*

Hay algo en este cuento de aquella historia de Carlos Demailly, en la que puso Goncourt toda la emoción de la intriga, de la nobleza de su buen espíritu, de sus grandes resúmenes íntimos, sangrantes, llenos de cansancio.

Alejandro Ber, siempre a través de la nota de experiencia inteligentísima que lo caracteriza y marca su propio rostro con ese color curtido y con esas huellas profundamente señaladas, como cortes que la experiencia hubiese dado en él con su navaja, pinta jabeques *y tiene, como caballero del ideal, cómo artista que elige los temas dramáticos, a veces en las más interesantes páginas de la historia, momentos solemnes, momentos de idealización, que están representados en este nuevo libro por tres trabajos bellamente escénicos.* La muerte de Lord Byron,

La bolsa de Paul Verlaine *y* La agonía de Goethe. *Pero hasta esto mismo toma en su relato mayor originalidad, porque Alejandro Ber lo vé a través de su conocimiento de la vida, y la marca de la vida está en esos relatos, que son reconstrucciones. Entre ellos, la visión de Paul Verlaine es tan sincera, tan encantadora, está tan bien vista, que parece que Alejandro Ber fumaba, mientras la escribía, en esa enorme pipa de ámbar y espuma de Verlaine, que le regaló Alejandro Sawa, y a través del humo que se interponía entre su mirada y su escritura, brotó en el despacho de Alejandro Ber algo auténtico de Verlaine, efluvios espirituales del pobre Lelian; algo como la resurrección de aquel espíritu que fumó en esa misma pipa y que respiró por ella.*

Otra nota culminante de este libro es el espíritu de luchador que lo alienta. No tiene nada de común Alejandro Ber con ese escritor, grande, pero vencido, que nos pinta. El conserva la intención de la lucha,

el espíritu de la protesta, la afición por la rebeldía, y muchas veces hay en estos cuentos destellos de esa justicia agresiva, indignada, generosa, en la que purgan imaginariamente su pobreza de espíritu los personajes malos de la vida. La cantidad de espíritu revolucionario que hay infiltrado en esta obra la hace más exaltada y la destacará entre los libros de cuentos.

¿Pero cómo decir más de estos cuentos sin entrar en la descripción de todos? Sería aprovecharse de haberlos leído antes que el lector para desflorar su interés. Yo los podré contar después, y el lector también, con ese deseo que hay en nosotros de propalar argumentos tan fuertes y tan interesantes como los de estos cuentos, que son de los pocos que se pueden volver a leer y a contar.

CARMEN DE BURGOS

«COLOMBINE»

EL CASO DEL PERIODISTA ESPAÑOL

El periodismo es una profesión inútil e indispensable, de la cual no se han descubierto todavía ni la finalidad, ni las reglas; azarosa e indeterminada, fecunda en ruidosas luchas, en odios y en amores; capaz de hacer del mismo individuo un grande hombre, un mártir o un canalla.

CAPUS

I

TRAS el espeso vaho del lujoso café, lleno de gente y de ruido, más que verse se adivinaron nuestros ojos, y ambos, él levantándose del diván y yo acelerando el paso, nos salimos al encuentro:

—¡Chico, tú por aquí, qué sorpresa!

—¡Abraza, abraza fuerte, como en nuestras luchas gimnásticas!

—¡Ah!, aquellos tiempos eran otros; ya no tengo biceps.

—Pues, chico, yo estoy hecho arena.

La voz y el gesto de mi amigo, plena de desaliento y de desmayo, me hicieron observarle detenidamente.

—Sí, te encuentro muy desmejorado.

—Desmejorado y envejecido.

—¡Bah!, la mala vida. Tú fuíste siempre un calaverón.

— Pues te equivocas; nunca como ahora, como desde hace tres años, viví más lejos de los placeres y más apartado de los vicios.

Me sonreí expresando incredulidad, y señalé a mi amigo, en tono de cariñoso reproche, la copa llena de coñac que tras el cristal brillaba como oro líquido. El se ruborizó primero, y después repuso con amargura.

— Hé aquí una copa de coñac que encierra toda una historia de desilusiones y de amargas, amarguísimas desventuras. Sólo que los hombres juzgamos siempre por vanas apariencias. El transeunte que ve caído al asno o al mulo en medio del arroyo se compadece de él y piensa en su fatigosa vida; en cambio, si ve a uno de sus semejantes en el mismo estado, no sólo no le mueve a piedad su situación, sino que la achaca a holgazanería o a exceso. No hay nada más irracional que un racional juzgando a su especie. ¿Y si yo te dijera que es la primera vez, después de mucho, de muchísimo tiempo, que pruebo el alcohol? ¿Y si yo te dijera que si bebo hoy es por necesidad, como el que toma una medicina? No, no me respondas, no hace falta. Sé que no me creerías. Y, sin embargo, así es. Necesito beber para consumir, más que energías, como decía el poeta, penas, disgustos, sinsabores, nostalgias y pensamientos negros. Necesito beber para recobrar mi equilibrio espiritual, para ponerme a tono con las cosas que hacen los hombres en pleno estado de conciencia y de razón. Porque lo trágico es que son las realidades lo que se me antojan quimeras, y que yo no voy en busca de idealidades ni de ensueños, sino tras de no hacerme incompatible con lo corriente, tras de no dejarme llevar por lo que yo reputo de imposible y que, sin embargo, he tocado y sigo tocando tan de cerca. Quiero decirte que no soy ni un loco ni un romántico. Bebo por todo lo contrario, no por ir en pos de un poema, sino para alcanzar, para

encontrar el grado más perfecto de la realidad y amoldarme sin violencia a ella. No solicito alas, sino pies de plomo. Ya ves que no puede ser más prosaico, más vil de lo que es mi intento. Los extremos se tocan y así como el poeta pide al alcohol inspiración para sus delirios e imaginaciones, yo reclamo de él, para no hundirme en un caos, el atrofiamiento de mis fibras y de mis creencias. Intento ponerme a tono con lo que me rodea, con lo que hasta hace muy pocos días creí erróneamente estarlo. En fin, voy a explicarme todavía mejor, para hacerte comprender que a espaldas de esa copa de coñac, ni se esconde un vicio ni se persigue un imposible. Deseo, quiero, necesito ponerme a tono con mi siglo; con las maneras, los sentimientos y las costumbres de nuestro tiempo. Exijo de este licor tan bello de color, tan ardiente y tan impulsivo, que me inicie en esto que es nuestra vida y que yo voy creyendo que es nuestro crimen...

Carlos Maluquer bebió de un golpe el coñac y se dejó caer en el diván, desalentado.

Yo comprendí que mi amigo estaba bajo la impresión de una gran desgracia o de una gran desilusión y traté de reanimarlo; pero él, advirtiendo mi error, sonrió con ironía.

— No me comprendes; bien es verdad que no he sido explícito contigo y que te he hablado, como se dice ahora, casi casi en *camelo*. Para darse idea justa y cabal de mi estado de ánimo, es necesario conocer el caso. Una pequeña historia, trágica a fuerza de ser vulgar; sangrienta, sin que en ninguna de sus páginas se derrame ni una sola gota de sangre. Mi caso es el eterno caso del periodista español. ¿Quieres conocerlo?

— No deseo otra cosa.

— ¿Qué hora es?

— Son las tres de la tarde.

— Bueno, prometo concluir a las cuatro.

— Cuando quieras.

— ¡Oh!, no, a las cuatro en punto, a esa hora tengo que hacer, y desde hoy me he jurado ser egoista, muy egoista. ¡Camarero! ¡Camarero!, otra copa de coñac.

II

No estoy conforme con lo que la mayoría de las gentes del oficio reputan axiomático, con eso de que en todo periodista hay un literato fracasado. ¿Por qué no puede ser al revés? Fuera de la excepción, y esta existe en toda regla, hoy es todo lo contrario. El periodista es un literato sacrificado. El peor gacetillero, con medios, con un poco de tranquilidad, hubiera llegado a escribir bien. ¿Me comprendes? ¡Y cuántos, cuántos periodistas modernos, si no hubiesen caído por necesidad en el gran crisol de la Prensa, habrían dado una fiesta a nuestras letras!

Antes, cuando se iba a las redacciones a aprender, podía darse el caso de que se quedara en ellas el literato fracasado; pero hoy, que para entrar en un periódico es necesario haber conquistado un nombre como escritor, o, aunque parezca algo absurdo, como periodista, comprenderás que es injusta la imputación. Yo soy de los periodistas, lo sabes tú bien, que sacrificaron su ideal, y en un ideal está siempre el embrión de un hecho. Me acerqué al periódico como tantos otros, impulsado por tres móviles: el primero, la necesidad; el segundo, la afición: ¿hay algo más afín para un hombre que aspira a serlo, como llaman los franceses al que vive de la pluma, de letras, que el periodismo?, y el tercero... En realidad por esos dos móviles nada más; pero vuelve a agregar al tercero la necesidad y así ésta quedará bien servida.

Yo no sé lo que le pasará al creyente, al hombre que ha puesto toda su fe en una religión y todo su amor en la imagen que la representa, el día que se ve obligado a venderla o a empeñarla; pero yo sé lo que sufrí —y me imagino por eso el dolor que aquél experimentará— la primera vez que usé mi pluma, imagen de mi religión de arte y de belleza, para escribir una gacetilla... Al salir aquella noche de la redacción recuerdo que lloré.

Instintivamente comprendí que con mis primeras cuartillas periodísticas enterraba para siempre mis mejores y más puros ideales.

Así fué. Desde aquel día dije adiós a mis proyectos de estudio, de meditación y de mejoramiento; desde aquel día dejé de soñar y de pertenecerme; dejé también de nutrir mi espíritu y, en cambio de esto, tuve que trabajar con apremio para alimentar el de los demás. ¿Tú concibes, ni siquiera en una bestia, el poder físico, la fuerza animal suficiente para alumbrar, para parir todos los días? Pues bien, eso hace el periodista, a eso viene obligado el que escribe para periódicos, el que se enrola en una redacción. ¿Y se puede exigir al que realiza esa monstruosa función que eche al mundo un ser perfecto? Desde luego, no. Pues bien, el periodista es el único ser de la creación que realiza, en contra de todas las leyes fisiológicas, el milagro de abortar todos los días. Y un aborto, según los sabios tocólogos, es peor, mucho peor que un parto. Al principio el esfuerzo, aunque doloroso y cruel siempre, se realiza hasta con cierta facilidad. Vas dando el fruto almacenado pacientemente, vas expulsando lo que fecundizaste, lo que te asimilaste, pedazos de tu espíritu mezclados con recuerdos y reminiscencias sugeridoras. Pero después... ¡Y este después llega tan pronto, tan pronto!

En mi primera época, esta siembra, aunque mal re-

munerada, creí yo que sería motivo de una fecunda cosecha. Egoístamente pensaba en obtener el premio a tanto afán y en conquistar la recompensa debida a los favores y a los servicios prestados a tantas y tantas gentes. Es imposible—pensaba—, que la desgracia, aliada con la ingratitud, llegue a hacer olvidar por completo a los hombres que encumbramos, nuestro trabajo, nuestro sacrificio, nuestro miserable vivir. Y como un Crispín, en la sombra hilvanaba con la fe de un creyente con las más bellas mentiras la trama por donde otros menos dignos y desde luego más incapaces ascendían a la cúspide. Pronto me desengañé, y entonces sólo aspiré a la consideración y a la medianía material. El periodismo como apostolado es santo, procuraré—me dije—, encauzar, defender lo justo, enseñar lo bueno, ser el paladín incansable de una causa redentora. ¡Otro engaño! Me di cuenta de que ni para esto servíamos y de que una cosa era nuestro deseo, el del verdadero periodista, y otra muy distinta la conveniencia y las necesidades de las empresas.

Estaba encerrado en un círculo de hierro y ya no me encontraba con fuerza para romperlo.

III

Voy al caso, a la novela; no te impacientes. Lo expuesto era necesario al buen orden de la narración. El estado psicológico del protagonista no debe nunca descuidarse.

Hace tres años, un día, varios señores fueron a buscarme a la redacción. Me necesitaban. Su periódico provinciano languidecía. Las luchas políticas habían puesto frente a frente a dos bandos y los enemigos de mis visitantes, echando, como vulgarmente se dice, la

casa por la ventana, eran dueños de un órgano de opinión, defensor de sus ideas y al mismo tiempo crítico implacable y combatiente furioso de la política contraria que amenazaba dejarlos sin una suscripción y sin un voto. Todo estaba revuelto y trastocado. La organización política provincial más robusta de España se desmoronaba y era urgente impedir su ruina. Los caciques, viéndose acorralados y casi casi perdidos, estaban dispuestos a hacer un sacrificio llevándose a su feudo a un periodista de Madrid. A toda costa querían dar la batalla a sus impugnadores y vencerlos. Les iba en ello no sólo la preponderancia política, el triunfo de lo que se atrevían a llamar sus ideales, sino su manera de vivir. Con los distritos, con las actas, volaban todos sus anejos.

Pedí los dos diarios para cotejarlos. El que se me ofrecía era un papel mal impreso, mal confeccionado y peor escrito; el otro, por el contrario, sin ser una maravilla, indicaba una orientación y estaba relativamente bien hecho. Después me enteré de los demás pormenores y estudié la campaña, su génesis y su desarrollo; la clase de personas que estaban en uno y otro campo, los puntos flacos del enemigo y de los amigos; en fin, de todo lo que debe enterarse un hombre cuando va a ponerse al frente de una empresa. Me repugnó desde el principio ir a servir los intereses caciquiles de una provincia, ir a ayudar a unos hombres elevados a sitios y puestos por el favor oficial y las influencias políticas; pero al lado de mi repugnancia estaba mi desaliento, la convicción profunda de que en los diarios madrileños era materialmente imposible intentar nada noble ni nada grande. Una sola consideración me decidió, la de pensar que dirigiendo yo un periódico, éste, por muchas trabas que hubiese que vencer, siempre reflejaría mi pensamiento, siempre llevaría algo mío, un impulso generoso, una idea pro-

gresiva, el aliento aunque débil y apagado de mi personalidad. Añade o antepón a esto el aumento de sueldo y de categoría, el panorama de irme a hundir en el silencio y en la paz de un pueblo lejos de la vorágine madrileña, y poderme entregar a mi trabajo y a mí mismo, de poder ensayar mis proyectos, de poderme mover, ¡ah! ya sé que como el pájaro en la jaula, con libertad de poderme redimir de las angustias económicas diarias, del fiero trajinar material y del más fiero batallar del espíritu. Madrid siempre me ha parecido pequeño y ha producido en mí una sensación de ahogo, y yo soñaba con los amplios horizontes de los campos, con las grandes extensiones solitarias, con las bellezas sin límites de la naturaleza, con algo que no fuese este contacto constante, monótono y vulgar, con esta gran ficción cortesana que convierte a los hombres o en máquinas o en autómatas. Yo soñaba... Bueno, yo soñaba.

Se cerró definitivamente el trato con un banquete en *Tournié,* donde conocí a la plana mayor del partido histórico liberal de la provincia de Trampatriste, dos abogados, joven el uno, talludito el otro y un viejo setenton sin título ni oficio ninguno, pero cargado materialmente de entorchados por sus proezas políticas, que componían el Directorio del partido; un rico propietario montañés, diputado provincial por afición hereditaria a la cosa pública y por sus dineros, un pollito, pariente de uno de los magnates del triunvirato caciquil, bello como una señorita y cursi como una corona de siemprevivas, y al propietario del periódico local, un comerciante cerrado a todos los sentimietos y a todas las luces de la inteligencia, pero muy abierto al fraude y al engaño. A toda aquella y varia gente fuí presentado por el senador, más joven, mejor dicho, más moderno, pues rayaba ya en los cincuenta, y como tal obligado a pagar los gastos de representa-

ción parlamentaria. Bien es verdad que el senador estaba a tono mental con los provincianos y que sólo podía servir los sagrados intereses locales vaciando su bolsa, porque su cerebro estaba exhausto.

La comida fué opípara, pero yo, más que de alimentos, me llené de observaciones.

El abogado joven y dictatorial me sirvió de consomé. Se llamaba éste (para mí han muerto ya todos) Gaspar Mairalete, y me lo sorbí al instante. Era un fatuo con dos pretensiones, la de la oratoria y la de las leyes, y una sola virtud que explotaba a las mil maravillas, la de la simpatía. Su compañero de carrera y de Directorio añadía a la fatuidad el orgullo, estaba próximo a la vejez, apenas levantaba dos palmos del suelo y sus facciones duras le daban un aspecto de buey reservón y un aire de seriedad inconfundible con otra que no fuera la que realmente era: la del asno. Confieso que me costó gran trabajo tragarlo y que después se me indigestó. D. Manuel Batallita—así se llamaba—, representaba en su provincia el carácter, el talento y la probidad, todo en una pieza, sin tener un ápice de esas virtudes y sí, en gran cantidad, las contrarias. El viejo setentón, tan fuerte de remos como débil de cerebro, era el decano de las huestes políticas. Perro fiel en vida y en muerte del iniciador y organizador del partido liberal de la provincia, había logrado, siguiéndolo siempre y acatando sus fallos, una personalidad refleja y además vivir sin trabajar. Era el concejal más antiguo, el diputado provincial más veces reelegido y, por sus artimañas y trapacerías, por sus conocimientos prácticos del tinglado electoral y de los electores, la persona indispensable e insustituible. Gran memoria y gran estómago, D. Domingo del Cachín, tras su figura venerable, ocultaba las intenciones más perversas. No hablaba nunca para no comprometerse, defendiéndose con estas muletillas:

¡Sí, sí! ¡Mucho, mucho! ¡Ya veremos! ¡Estudiaremos eso!

De los demás comensales sobresalía la figura de D. Justo Martinete, hombre vulgar y vano que, aparte de sus entusiasmos por el arte de Montes y Cúchares, lo supeditaba todo al dinero. Decía haberse sacrificado por el partido aceptando la explotación del periódico, y valiéndose de esto, se aprovechaba de la influencia de sus amigos para imponer sus mercancías y obtener toda clase de ventajas.

Todos ellos, uno tras otro, me fueron descubriendo, por si yo no lo hubiese hecho, los defectos de los demás.

Aquellos cuatro hombres unidos por el imperativo categórico del egoísmo, no se podían ver ni en pintura.

Yo soñé una vez más. Voy a llevar a la provincia, me dije, hundida en la esclavitud y en la inercia, merced al engaño de toda clase de politicastros, aires de renovación moral y lluvias fecundizantes y alentadoras. A través de toda esta basura es posible hacerles ver los nuevos horizontes que se abren al mundo y obligarles a sentir por cuenta propia.

Llevé y realicé, te lo juro, el firme propósito de hacer una labor leal para ellos y honrada para los demás, pero...

IV

Trampatriste es una ciudad norteña rodeada de montañas. Tras ellas se alzan los Pirineos. Asiento de reyes, tiene el sabor de lo antiguo y las riquezas de arte que la corresponden por su rango. Fuera de su pasado, la ciudad carece de vida propia. Un solo ra-

mal ferroviario la une con el mundo y éste apenas si la lleva una pequeña corriente de fuerza. Más que entrar en una capital, cuando se llega a Trampatriste, parece que se cae en un pozo.

La degeneración regional se masca. De la raza primitiva, del carácter, de las virtudes típicas, no queda nada. Para encontrar partículas de la raíz original, es necesario internarse en los pueblos, en las aldeas, en los más pequeños y apartados villorrios. Restan del pasado glorioso las magnificencias artísticas y las férreas ligaduras de la religión. Lo demás, o se ha perdido o está tan entremezclado que no se ve ni se siente.

Un Casino, edificio capaz y moderno, te dice a la entrada el poder del cacicato político. Unos porches te hablan el lenguaje del pasado, y una, dos, tres, cien iglesias y miles de campanarios, te advierten que entras en un pueblo completamente levítico.

Mi primera exclamación fué ésta:

— ¡Pero es posible que aquí haya luchas sociales, que aquí se combata por ideas!

No tardó mucho tiempo en venir el desengaño. Allí no había lucha ninguna por nada levantado ni por nada noble; allí sólo se defendían o se atacaban intereses. Los enemigos de los liberales componían una fracción divorciada de ellos, después de haber gozado de las ventajas de su fuerza; los liberales eran una mezcla de todos los partidos, unidos por conveniencias. No obstante, luché. Del periódico anodino y pedestre hice un diario moderno y verdaderamente liberal, y a pesar de los obstáculos y de las trabas, a pesar de la frialdad y de la desconfianza de todos, no sólo rendí al adversario, sino que orienté en contra de los mismos caudillos a sus huestes.

Una labor diaria intensísima me apartó de la vulgaridad y elevé mi espíritu poniéndolo al servicio exclusivo de los más altos ideales Fuera de la política al

uso, de lo obligado, de lo rutinario, de lo que por precisión y por lealtad no tenía más remedio que hacer y servir, me inspiré en las doctrinas más puras.

Trabajé durante tres años en aquel apostolado con una constancia, con una energía y con una fe superior a mis fuerzas. No se me ocultaba a lo que me exponía; pero cuando, rendido de fatiga después de mi labor diaria, me quedaba solo, en mi satisfacción interior encontraba nuevas energías para seguir, para continuar la lucha.

Esta, al principio, fué estridente, pero fácil. Al enemigo sin razón y sin genio, se le vence pronto; pero después, cuando triturado aquél, pasado el peligro para los míos, salvado el compromiso político de los que me habían llevado allí como un mero instrumento, cuando éstos se dieron cuenta de la importancia de mi propósito, la cosa varió por completo y la lucha se intensificó.

¡Y qué lucha! Desde la encrucijada rufianesca, desde la zancadilla, desde la habilidad cazurra, hasta el fuego a mansalva y la puñalada por la espalda.

Se habla de las luchas cortesanas, de las dificultades que hay que vencer en Madrid, encareciéndolas, y créelo, éstas no son nada comparadas con las provincianas, con las pueblerinas.

En Madrid no se lucha, en Madrid no hay ni idea de lo áspera, de lo incruenta que es fuera de él intentar en cualquiera de las artes, de las ciencias y no digamos nada de la política: triunfar o imponerse. ¡El gran mundo! ¿Y el pequeño? ¡Ah! no puedes imaginarte nada más cruel, nada más duro, nada más despiadado, nada más desesperante y agobiador. El mal, la podredumbre, los efectos todos, llegan a tí con tanta violencia por moverse en tan limitado espacio, que lo que aquí es sólo un pequeño rasguño allí se convierte en una herida mortal. La simplificación, la con-

centración hacen el drama humano más intenso, más fiero, más violento. Como el número de seres a observar se reduce, también las maldades se confirman más pronto, y casi casi puedes asegurar por la presión de la mano del amigo, la magnitud de la traición que se dispone a hacerte; por el acento de su despedida, la clase de calumnia que va a poner en circulación, y por sus palabras, la categoría de su infamia. Las presunciones desaparecen para dar paso a la certidumbre. No hay en el mal ni el consuelo de la esperanza, porque las realidades son tan fuertes que matan, antes de nacer, toda ilusión. Y sin embargo, el engaño, la eterna farsa está en todo, hasta en los campos, hasta donde la naturaleza se muestra más pura y más clemente, hasta en el templo sagrado que tiene por techo la inmensidad del cielo azul...

V

Comprendí pronto no mi impotencia, sino el grado de inferioridad en que estaba colocado para dar la batalla y vencer a los que, una vez conseguido sus fines, necesitaban a toda costa deshacerse de mí.

Entonces comencé a ascender la parte más árida y empinada de mi calvario, porque ya no se trataba de nada objetivo, ni siquiera de nada que tuviese relación con las ideas, sino de todo lo contrario, de lo subjetivo, de dejar a salvo mi dignidad, de afrontar las consecuencias de la degeneración lenta de mi carácter, de soportar o de no soportar los vejámenes que para continuar en mi puesto se me imponían, sin dar motivo, aunque yo procurase exasperarlos para conseguirlo, a un encuentro violento.

Maquiavelo redivivo se quedaría en mantillas al

lado de aquellas sutilezas, de aquellos enredos, de aquella manera suave y resbaladiza, de aquella política de trampa y de aquellas hipocresías.

Mi impetuosidad, mi franqueza, mi desesperación, sólo servía de combustible al fuego de su perfidia. Hubo instantes en que yo estaba tan fuera de mí y ellos tan serenos, tan acordes, tan impasibles, que creí haberme vuelto loco y ser juguete de los desvaríos de mi cerebro enfermo.

Ellos se habían propuesto conseguir que yo me fuera, que yo renunciara a mi puesto sin escándalo, sin dar pretexto a una reclamación o a una protesta y, claro está, a mí me convenía todo lo contrario, proclamar la ingratitud, hacer saber el engaño, descubrir la farsa, echar a rodar las figuras del retablo. Ellos se propusieron, en una palabra, vencerme por aburrimiento, por la presión constante y tenaz de sus garras de acero, y apretando lentamente, sabiamente, un día y otro día, una hora y otra hora, al fin lo consiguieron.

Y sin estridencias, en silencio, obscuramente, salí de Trampatriste después de haber logrado, no sólo la rehabilitación de un partido, sino de conseguir que sus directores pasaran a los ojos de las gentes como hombres sanos, honrados y cultos.

Quedó allí enterrada una labor de tres años, un copioso arsenal de ideas, la vigorosa tarea de un periodista honrado y leal, los servicios sin precio de una conciencia y de un cerebro.

Regresé a Madrid como había salido de él, en tercera y sin un solo céntimo, con la frágil esperanza de que el propietario del periódico provinciano tuviese un rasgo de desprendimiento y no considerase justo proceder conmigo como lo habían hecho sus amigos de Trampatriste, a los que despellejaba tachándolos de vividores y buscavidas en el revuelto mar de la política.

El propietario, no obstante reconocer que mi gestión al frente de su periódico los había salvado a todos, después de incensarme estúpidamente, dándome los últimos duros que me correspondían, me despidió lo mismo que se echa a una criada de servir.

Consumado el crimen, ya no me quedaron fuerzas para soñar, y entonces medité.

VI

Salí de casa del propietario, rojo de vergüenza e hirviente de indignación. Ante mí se abrían de par en par las puertas del desamparo, de ese trágico desamparo que el veneno de la desesperanza ensancha y agranda hasta el infinito, asqueado de mí mismo y de mi oficio, convencido de la ineficacia de practicar esas bellas teorías consagradas en los libros de moral y exaltadas en las páginas de los catecismos.

Trampatriste dejó de ser para mí un pequeño lugar, un caso aislado, para convertirse en una amplia generalidad. Para el periodista español no había ni más garantías ni más recompensas; ni su laboriosidad, ni su talento, ni su honradez supeditada al capricho de empresas y de políticos, podían exigir más.

Sufría tan intensamente al ver frustradas, no sólo mis ilusiones, sino mis aficiones, que llegué a experimentar por la misma fuerza de mi dolor una insensibilidad completa, la misma insensibilidad de la cosas materiales e inanimadas que constituyen el símbolo de nuestra profesión: peldaños de mármol, escaleras, puentes, pedestales... Y sin ironía, porque el verdadero dolor no se produce sino después de haberla agarrotado, pensé en la diferencia, en el verdadero abismo que separa nuestra Prensa de la extranjera, donde

un periodista puede darse el placer de no recibir a un ministro, y éste se ve obligado, no sólo a pedir favor, sino a pagarlo con esplendidez.

Estas reacciones del espíritu son muy peligrosas. Si las condiciones nativas de bondad conducen por distintos caminos a un mismo fin de fracaso, si la práctica demuestra la impotencia de la rectitud, si los golpes dados con fe y voluntad sobre el yunque del trabajo resultan impotentes para forjarse, no ya un porvenir, sino una sencilla y modesta norma de vida, y triunfa en cambio la maldad, las condiciones negativas, ¿para qué persistir en un error tan fácil de subsanar, para qué insistir en sostener una pureza que ni salva a nadie ni nadie aprecia? ¿Merece el vulgo, el público, la opinión, ese informe conglomerado indefinido e indefinible, a medida que avanza todo, más retrasado, más indigno, el menor sacrificio moral o material? Se pueden sondar todos los abismos, pero el de la imbecilidad humana es insondable. Darse a ella, dedicarse a ella, es más inútil y más estúpido que consagrarse a la tarea de encumbrar a sus burladores, a esa taifa de gentes que llaman a su ignorancia ideales políticos, y a su vanidad amor patrio. La ingratitud personal hiere, la ingratitud colectiva mata.

Yo había sufrido las dos ingratitudes, y moralmente estaba muerto. Sentía irresistibles impulsos de atropellar todas las leyes humanas, de rasgarlas, de pisotearlas, de gritar en medio de la calle un credo nuevo, santificando los más fieros instintos, y anunciar después la aparición próxima del verdadero superhombre, atribuyéndole las maldades sólo imaginables a un supercriminal.

Llegué a imaginar hasta el rito de la comunión de mi horrible doctrina. El sacerdote alzaría el cáliz lleno hasta los bordes de la sangre de sus víctimas, y la hostia sería un duro Amadeo.

Me sentía capaz de todo lo malo, de empequeñecerme hasta lo infinito en la virtud y de elevarme hasta lo inconmensurable en la infamia.

Deseaba, reuniendo todas mis facultades, llegar a concebir y realizar algo que fuera al mismo tiempo traición, venganza, herejía, robo y asesinato con todas las agravantes, y me horrorizaba la idea de volverme a uncir al carro de la Prensa española, llegar a codearme, espoleado por mis desengaños, con los que transigen con ella y la nutren a cambio de un destino de seis mil reales, la dádiva miserable de un potentado, el cobro de un bombo, de una majeza o de un *chantage*.

Mi bondad nativa no concebía la maldad sino en grande, y nunca como en aquel momento decisivo de mi vida llegué a despreciar tanto a los que sin valor para cometer un acto de rebelión definitivo contra las leyes del Código, viven bordeándolo y se avienen o pactan con la indignidad, manchando lentamente de sangre sus manos. Mi horror a la miseria, ese horror que, según Lloyd George, es el único motor que impulsa los fieros instintos del hombre a las más rotundas negaciones y a los más repugnantes excesos, lejos de empequeñecerme y de restarme arrestos, engrandecía mi personalidad y prestaba alas a mi fantasía. La fiebre, por otra parte, me vigorizaba físicamente.

Hacía tres horas que andaba y andaba sin cesar, y no sentía el cansancio. Como si tuviera alas, los grandes espacios se empequeñecían, se encogían ante mi vista.

¿Cuántas leguas anduvieron mis pies y qué distancias salvó mi espíritu? Sería difícil, muy difícil, averiguarlo.

Sólo sé que cuando me serené un poco y me di cuenta de mi estado y de mi situación, cuando el imperativo categórico de la realidad se impuso, dieron las

doce en el reloj de una torre lejana, y que allá, en el fondo de la calle donde me encontraba, se oyeron unas voces de mujer, unos lamentos. Por un instante, nada más que por un instante, se sobrepusieron todavía sobre mi nuevo estado mis antiguas creencias y mis primitivos sentimientos y corrí con el corazón oprimido y lleno de emoción, en socorro de quien lo demandaba.

VII

Era una calle amplia, moderna, una de esas calles recién nacidas al tráfico ciudadano en los barrios extremos, y que, a pesar de sus opulentos edificios y de su perfecta urbanización, conservan todavía la quietud, la calma y el desamparo de los campos próximos a la ciudad. Las voces de auxilio, al rasgar el silencio de la noche, imponían. Para orientarme descendí de la acera y fuí a colocarme en medio del arroyo. No se veía a nadie. La soledad era completa. Avancé unos pasos hacia el sitio de donde salían los lamentos, y por entre las raquíticas ramas de los arbolillos vi un círculo rojizo en la parte más baja de la fachada de una casa. Entonces corrí hasta llegar a ella.

En la obscuridad nocturna, apenas rota por las luminarias vacilantes de los faroles del gas, la luz que salía de una de las habitaciones lujosamente amueblada del entresuelo, cuyo balcón estaba abierto de par en par, se proyectaba con vigor sobre las losas de piedra de la acera y sobre los muros del edificio.

—¿Qué pasa?, ¿qué ocurre?—pregunté.

Y la voz de una mujer, que en el centro de la habitación sostenía la cabeza de un hombre tendido en el suelo, respondió aterrada:

—¡Se ha muerto! ¡Acaba de morir!

De un salto me encaramé a los hierros del balcón y entré por él al cuarto en el momento que aquélla lo abandonaba dando gritos de socorro.

Sin darme cuenta de lo que hacía, como un autómata, cerré el balcón y observé, con rapidez vertiginosa, todo lo que me rodeaba.

El hombre que acababa de morir era un anciano; vestía lujosamente y no presentaba herida ninguna.

El gabinete estaba dividido por un bonito biombo que separaba los enseres de un despacho de trabajo de los del tocador. En la habitación contigua había una alcoba.

El cuerpo del muerto estaba en el despacho y frente a la puerta del gabinete.

Sobre la mesa se veían varias cartas y papeles revueltos y una cartera de bolsillo cerrada con las iniciales de su poseedor dibujadas en brillantes. En un ángulo del cuarto y empotrada en la pared, una enorme caja de caudales abierta dejaba ver su interior de acero.

La muerte debía haber sorprendido a aquel hombre trabajando. Sin duda ninguna se había sentido enfermo de pronto y, haciendo un esfuerzo supremo, sólo pudo llegar hasta la puerta, donde cayó para no levantarse más.

Sin perder de vista al muerto me dirigí a la mesa, cogí la cartera que estaba llena de billetes de Banco, la vacié en uno de mis bolsillos y la volví a dejar en el mismo sitio. En seguida me acerqué a la caja de caudales realizando la misma operación con una cartera grande de cuero negro. Cerré la caja, saqué de la cerradura la llave, e inclinándome sobre el muerto al mismo tiempo de aplicar el oído sobre su corazón, la deposité en uno de los bolsillos de su chaleco. En aquel instante hicieron irrupción en el cuarto varias

personas. Eran los criados de la casa. Llegaron consternados, pálidos y se avalanzaron sobre el cadáver, profiriendo lamentos.

Yo dejé que pasara el primer instante de estupor y después, dirigiéndome al que, por las trazas, parecía el menos atolondrado, le expliqué mi intervención en el suceso.

La mujer que abandonó el cuarto al entrar yo en él, corroboró mis palabras diciendo, entre gemidos, que se había quedado traspuesta en el recibimiento esperando a los señores que estaban en el teatro, despertando al golpe producido al caer el cuerpo de su amo, y que al entrar y verlo en el suelo abrió el balcón para pedir socorro.

—¡Pobres señoritos! ¡Qué disgusto, qué disgusto van a tener cuando lleguen! ¡Esto es espantoso! ¡Pobre señor!

—¿Cómo se llamaba?

—Es el vizconde de Tabladillos.

—¿El ex ministro?

—Sí, señor, ex ministro y consejero de Estado—contestó contemplando al muerto, uno de los criados.—La señorita Leonor, su hija, y su marido están en el teatro. El señorito Emilio, hijo también del difunto, salió como todas las noches, y sabe Dios cuándo volverá. Y el hermano del señorito, el marqués de Cien Estrellas, hace días se fué de viaje. El señor estaba delicado; desde la muerte de su esposa no levantaba cabeza; ¡pero quién iba a pensar que muriese así, tan pronto, tan de repente, tan solo..!

El criado había forjado en su imaginación un final más en consonancia con el rango de su señor, una muerte mejor y más cómoda, y no se explicaba bien cómo podía haber dejado de existir de aquella manera tan vulgar, sin las escenas teatrales obligadas, en silencio, soslayando el aparato debido a su alta jerar-

quía. Se adivinaba en él una gran decepción. Podía asegurarse que en su fuero interno, más que dolor, experimentaba un gran desprecio hacia aquel amo que caía en la muerte sin previo anuncio, sin dar lugar a rodearla del brillante aparato que le correspondía.

Todas la miradas estaban fijas en el cadáver del prócer, sobre el cual caían los rayos luminosos de las luces eléctricas de la araña, y nadie se atrevía a moverse ni a hablar. Apoyados en las paredes y en los muebles, haciendo círculo alrededor del muerto, parecía como si estuvieran esperando una orden suya para decidirse a salir de su ensimismamiento. Acostumbrados a obedecer, a moverse como autómatas, a no tener nunca ni iniciativas ni voluntad propia, rendían así, quietos e inmóviles, el último homenaje de servidumbre a su amo.

Aprovechando la exclamación de una de las doncellas, que entre sollozos advirtió que el vizconde parecía dormido, interrumpí la adoración fúnebre para decir que era necesario tomar algunas medidas antes de que llegaran del teatro los señores.

—Yo me tengo que marchar y no hay tiempo que perder. Deben ustedes, ahora mismo, llamar al sereno, despertar a algunos de los vecinos, al que tenga más amistad con los señores, ir a avisar a la Casa de Socorro para que venga un médico y pueda certificar esta muerte repentina, y si es posible, enterarse en qué teatro están los hijos del muerto para irlos preparando a recibir este terrible golpe.

Mis órdenes fueron cumplidas con precipitación, y a los cinco minutos la casa estaba llena de gente que corría de un lado para otro preguntando, comentando, haciendo aspavientos, dando instrucciones, llorando, escandalizando. Por la puerta de la calle, abierta de par en par, se oían, aumentados por el eco, los gritos

de los vecinos que, al salir de sus cuartos, intentaban indagar lo ocurrido.

Yo aproveché aquellos instantes para marcharme. Salí despacio, hablando con los grupos que me encontraba, fingiendo un gran dolor. En el portal, el portero, a medio vestir, como si me conociera de toda la vida, me preguntó:

— Pero, ¿ha visto usted qué desgracia?

— Sí, señor; es un golpe terrible para todos: para la familia, para los suyos, para la Patria.

— Eso es, para la Patria. ¡Lástima de hombre! Tan liberal; porque el vizconde era liberal. ¡Cuántas, cuántas veces lo ha demostrado! Ya ve usted, a mí que no me convence ningún político, porque aquí para nosotros, a mí los políticos... Ya sabe usted ¿eh?; los políticos... Para qué vamos a decir más. Pero éste, éste era un verdadero hombre. Nada de mentiras, al pan pan y al vino vino. No había más que ver cómo daba los buenos días, para comprender lo que era. Y cuidado, que yo no le pedía nada al señor. La colocación de mi hijo salió de él. —Juan—me dijo un día—quiero recompensar tus servicios y voy a meter en el Ayuntamiento a tu hijo. —Y lo metió. Después le hicieron ministro, y yo, claro, le dí la enhorabuena. Me parece que le estoy viendo. Se sonrió y fué y me habló así:

— Bueno, bueno, ya veremos ahora si es posible darte algo a tí que sea compatible con tu cargo.—¡Ah!, el señor tenía una idea muy alta del deber y de la justicia. Me dió una plaza de portero en Hacienda, pero advirtiéndome que tenía que desempeñarla con toda rectitud y escrupulosidad. Yo, es verdad, no iba a la oficina, pero llevaba y traía al señor sus papeles, estaba a su servicio, ¡no faltaba más! Pues así era en todo. ¿Se acuerda usted cuando en el Congreso se armó aquella gresca en contra del vizconde, sobre si se habían hecho o no se habían hecho negocios durante su

mando? Pues todo el tinglado lo armó su liberalismo. Un soplo de uno de tantos de los que venían aquí, y eran recibidos por el señor como iguales; ¡y cuidado que aconsejé veces al señor!—No reciba usted a todo el mundo—le decía—, es usted demasiado bueno.—El se sonreía, con aquella sonrisa de hombre bueno, pero no me hacía caso. ¡Pobre señor, pobre señor!

Me despedí del portero y salí a la calle. En la esquina me encontré con el coche de los hijos del vizconde. Llegaban a su hogar, por donde acababa de pasar la tragedia, alegres y satisfechos. Una voz de hombre pronunció unas palabras que no pude oir y una risa de mujer las contestó con una carcajada chillona, metálica, llena de juventud, de fuerza, de vida.

El cochero arreó los caballos y el coche se perdió en la obscuridad de la noche...

VIII

Regresé al centro a pie, despacio, recreándome con mis propias ideas, seguro de mí mismo y curado por completo de mi desesperación. Parecía como si mis nervios hubiesen recibido una ducha bienechora y fortificante y que mi salud recobraba por segundos nuevos bríos. Aquella risa de mujer que acababa de oir tintineaba en mis oídos empujándome con suavidad, pero con persistencia, hacia el más plácido optimismo, y era en vano que tratase de recriminarme mi acción, que tratase de encontrar argumentos con que rebajarme a mis propios ojos. Más que una mala tentación, más que un caso de locura provocada por la injusticia de que había sido víctima, el hecho que acababa de realizar me parecía una cosa lógica, un fin previsto y obligado, una consecuencia fatal e inevitable. Después

de todo, ¿no era lo que yo acababa de hacer más noble, más honrado, más atrevido, más valiente que las maldades, las traiciones, los robos y los crímenes legales perpetrados a diario por otros?

Durante mi larga caminata se acercaron a mí infinidad de pobres y de pedigüeños, a los que dí dinero en abundancia. Recuerdo todavía el asombro de un niño, sellado con todos los estigmas del hambre y de la miseria, al ver brillar entre sus manos ateridas una moneda de cinco pesetas.

Me miró asombrado primero, como diciendo: éste está loco, y después salió corriendo gritando:

—¡Madre, madre, un duro, un duro!..

A un anciano le obligué a aceptar un billete de cien pesetas con la condición de que tomaría en seguida un coche y de que iría a dormir al Hotel Palace.

—Dí que vas de parte mía, de parte de la fortuna.

Aquel hombre me quiso besar. Lo metí a la fuerza en un simón y el pobre viejo estuvo agitando su mano huesuda y trémula por la ventanilla del coche hasta perderme de vista.

Me harté de comprar periódicos. Todos los vendedores me recitaban la misma cantinela:

—¡Señorito, cómpreme usted el último para irme a dormir!

Y ellos podían irse a dormir y yo tiraba a las alcantarillas aquellas hojas impresas con el sudor y la sangre de tantos y tantos desgraciados, de tantas y tantas víctimas, realizando el doble beneficio de la caridad y de la venganza.

Muy tarde ya, de madrugada, entré en un café. Allí estaban mis compañeros, pálidos, derrengados, sin horizontes, engañando a la debilidad con un café y al espíritu con discusiones sociales y artísticas; creyéndose poseídos de un gran poder y siendo en realidad

juguetes de ambiciones bajas y extrañas e instrumentos inconscientes de todos los crímenes.

Me enteré de sus vidas. Las mismas de siempre. El sueldo mezquino en el periódico. El destinillo inseguro en tal o cual ministerio. La esperancilla de obtener una entrada extraordinaria por medio del favor oficial: una Memoria, una subvención, un sablazo. ¡Miserias!

El más íntimo me relató los últimos chimes. Fulanez había abdicado de sus ideas. Se ha hundido para siempre por un puñado de pesetas. Zutanez ha hecho traición a Furciales. Un destino, ¿sabes? Menganez se ha entregado por un acta. ¡Chico, esto es un asco! El burro de Mínguez está en camino de ser ministro; en cambio, Talavera está muriéndose en un hospital y su mujer y sus hijos andan por ahí pidiendo limosna! y Latorre, ¿te acuerdas de Latorre?

— Sí, hombre, ¡no me he de acordar!, muy buen chico, mucho talento.

— Pues está por ahí sin periódico; cogió dinero de la Embajada alemana y lo echaron de "El Intransigente".

—¿Pero "El Intransigente" no está vendido a..?

— Sí; pero, ya ves tú, no es lo mismo.

— Sí, tienes razón, no es lo mismo. Hay que ser honrado y no tomar dinero, sino dejarlo tomar.

— ¡Claro!, no es lo mismo, no es lo mismo.

— ¿Y Fernández?

— Como siempre. Ya sabes tú que ese se las arregla bien. Ahora vendrá, lo mandó el director a casa del vizconde de Tabladillos que la acaba de *diñar*. No se lo digas a nadie. Seremos los únicos que daremos la noticia. Era un ladrón, un miserable el tal vizconde; pero su muerte causará sensación. Fué ministro de Hacienda en el último Gobierno, en el del empréstito, ya sabes, la *debâcle*...

Mi amigo terminó pidiéndome un duro prestado; ha-

bía tomado ya toda la paga en el periódico y no tenía para comer. Le dí cinco y me despedí de él.

Al llegar a mi casa amanecía. Conté el dinero robado. Los billetes ascendían a la cantidad de seis mil duros. Una fortunita. Me froté las manos satisfecho, y juré no volver a ser periodista. Me acosté silbando una canción y dormí doce horas de un tirón, sin sentir el más pequeño de los remordimientos...

XI

¿Te explicas ahora por qué bebo? No me contestes; no necesito tu absolución. sino la mía, y todavía no me he acostumbrado del todo a la realidad...

Pero son ya las cuatro y yo tengo prisa. Los amigos son los amigos, y los negocios los negocios.

Adiós.

* * *

Me quedé trastornado, un poco imbécil, como cuando se oye leer una obra a un amigo, pensando en todo y en nada, creyendo unas veces que había sido víctima de una pesadilla, y otras objeto de una farsa, de un engaño.

Por fortuna, vinieron a sacarme de aquel estado de inconsciencia unos compañeros, y sus primeras palabras fueron éstas:

— Estabas hablando con ese.

— Sí, estaba hablando con él.

— Estarás enterado de lo que dicen.

— ¿Qué dicen?

—Qué han de decir, la verdad; que ha desvalijado a

media provincia de Trampatriste. El mozo no ha perdido el tiempo. Y no es que esté mal lo que ha hecho; pero no puede tolerarse que quiera pasar por un hombre de conducta intachable. A mí no me saluda desde lo de Muley Haffid. ¡Y qué caray, todos somos iguales!

No protesté, pero llamé al camarero y le pedí una botella de coñac, y mientras me la bebía pensé si no sería mejor, más noble y más honrado, en lugar de seguir siendo periodista, echarse, como mi amigo, a robar.

La muerte de Lord Byrond

Es uno de los primeros días de Agosto del año 1823. Un barco cruza del Mediterráneo al mar Jónico. El barco lleva flotante, en su palo más alto, el pabellón de Grecia, y va perseguido, encarnizadamente, por un navío turco.

El barco perseguidor lanza un cañonazo; la bala, describiendo una parábola que parece trazada sobre el mismo cielo, muere a una distancia inmensa de la nave perseguida.

Sobre el puente del navío griego dos hombres discuten con vehemencia. El uno se expresa con rabia contenida, con respeto. El otro, descubierto, sacudiendo rabiosamente la melena, muestra en las contracciones de su rostro y en las alteraciones de su voz, incomparablemente grave, casi un rapto de locura.

Este hombre, que lleva en los ojos todas las trágicas desesperaciones de un poeta, se llama Lord Byrond.

El otro, el que escucha con rabia silenciosa las locuras geniales de su amigo, es un marino, un valiente: el antiguo pirata Trelarey.

Lord Byrond habla de cambiar el rumbo y de lanzarse al abordaje al navío turco.

Trelarey se opone firmemente. Byrond, yendo sobre

el viejo marino, sujetándole con su mano de hércules, le grita:

— Se pararán las máquinas. Y estrangularé a un capitán turco antes de llegar a Missolongi.

Trelarey, alzando por vez primera su voz ante Lord Byrond, le responde:

— No, no y no. No quiero que la última esperanza de la libertad griega perezca por una locura vuestra. No quiero que el cráneo de Lord Byrond caíga pesadamente hasta el fondo del mar Jónico, No quiero que os maten... Y seguiremos navegando, Lord, no os molestéis.

Lord Byrond se desvaneció por un arrebato de cólera y, cayendo sobre Trelarey, le golpeó contra las barras del puente.

Acudieron los marineros. Byrond, hércules, se revolvió como un tigre. Aquellos hombres de músculos de acero se abrazaron al poeta. Un marinero cayó con el rostro ensangrentado. A otro le dejó inmóvil un puñetazo en el pecho. Otro, atenazado por las manos musculosas del genio, dejó de respirar.

Un terrible marinero escalda logró sujetar á Byrond. Y en la lucha, el respeto había contenido en tal forma a aquellos rudos marineros, que el poeta no tenía en todo su cuerpo ni el más leve arañazo.

Byrond comenzó a tranquilizarse.

Tranquilo ya, se irguió, y cruzando los brazos sobre el pecho, dejó resbalar serenamente su mirada sobre el mar. Vió allá lejos, muy lejos, el navío turco. Lo miró con amargura. Y volviendo la cabeza hacia el grupo de marineros y a Trelarey, dijo serenamente, sin sonreir:

— Ordena tú, capitán. ¿Adónde vamos?

— A Cefalonia, Lord.

Byrond, alzando su voz augusta, completamente musical, dijo dominando al viento y a las aguas:

— Vamos a Cefalonia. Acepto ese refugio, porque no quiero perecer sin luchar por la libertad de Grecia. Por lo demás, la muerte me merece un desprecio infinito. Por dignidad es preciso morir.

Trelarey miró silenciosamente al poeta.

Byrond, apoyado en la barandilla del puente, se acariciaba con su mano terrible la frente ardorosa.

El poeta era bello como el Genio del mal.

Bajo la frente nobilísima, los ojos verdes miraban á lo lejos, sin pestañear, como dos tremendas interrogaciones trágicas.

Byrond volvió lentamente la cabeza hacia la ruta del barco, y viendo allá lejos una isla que emergía entre sedas y espumas del mar Jónico, preguntó sordamente, como hablando consigo mismo:

— ¿Cefalonia...?

— Cefalonia, Lord Byrond— le respondió una voz.

El pabellón griego entró a poco en el puerto cefalónico.

* * *

Frente a Cefalonia se alza Missolongi. Missolongi, capital de la Etolia, es una ciudad pantanosa que sirve de refugio a unos millares de griegos levantados en armas contra el bárbaro dominio de Turquía.

Los turcos sitian a Missolongi. Maurocordatos, el jefe de los sitiados, espera ansiosamente la llegada del poeta inglés. Byrond, en Cefalonia, tiembla de impaciencia. Trelarey tiene que contenerlo centenares de veces.

— No es posible, Lord—le dice.—Si nos diéramos a navegar seríamos inmediatamente aprisionados por los corsarios turcos. ¿No véis el Jónico cubierto de naves enemigas?

— Mentira —responde Byrond—. Yo no veo nada, ni tú tampoco. Y aunque hubiera naves enemigas, ¿qué...? Yo con un hacha entre los dientes sería capaz de llegar a nado a Missolongi.

— Ya sé que sois capaz de todo; pero os ruego que por primera vez en vuestra vida seais juicioso. Pensad que podéis libertar a Grecia.

Lord Byrond hace un gesto de desprecio.

— ¡La libertad de Grecia!

— Sois como los niños, Lord. Salísteis de Dover clamando contra la tiranía turca. Hoy, ya no os importa nada Grecia.

— A mí nada me importa nada—dice Byrond rabiosamente—. Llevo el alma corroída por un cáncer. Jamás amé la vida: desde niño la he mirado como a enemiga poderosa y cruel, a la que es necesario vencer, aunque sea a traición. Odio a la vida y a los hombres; pero no es mi odio el de un sometido que aborrece por cobardía. Mi odio es el de un luchador tenaz que, si no se suicida, es por arrebatarle esa victoria a mi Enemiga constante. Que me mate ella. Verás como acabaré por morir de viejo.

— No, Byrond, no. Moriréis muy joven. Os venís matando desde hace mucho tiempo.

— Mejor. Así será completamente mío el triunfo. Ni Dios, ni la vida: Yo, yo solo.

— Sois rebelde y orgulloso, como el dios del mal. En Inglaterra dudan si sois un hombre o un demonio.

— Pues hasta que resuelvan esa duda, diles de mi parte que me llamo Jorge Byrond.

* * *

El día 5 de Enero de 1824, la nave que conducía a Lord Byron entró, como una bala, en Missolongi.

En la playa de la ciudad los griegos esperaban a su salvador. El poeta fué recibido con inmensas aclamaciones.

El rostro apolino de Byrond, su mirada tormentosa, el cuello de hércules, produjeron un efecto extraño de miedo y admiración. Aquel efecto era el que siempre acompañaba al poeta. Byrond no fué amado por nadie intensamente.

Sus amigos, y lo mismo las mujeres que lo adoraron, sintieron siempre mezclado a su amor, a su admiración, un poco de miedo. En las pupilas verdes del poeta parecía temblar una llama sulfúrea. El rostro de Byrond era digno de un satanás muy bello.

Byrond entró en Missolongi. Acarició a los niños, abrazó a los soldados, amó a las mujeres. Al lado de Maurocordatos se paseó despreciativamente ante las líneas enemigas.

Y pasados los primeros momentos de tranquilidad, Byrond comenzó de nuevo su existencia extraordinaria. Por las mañanas se paseaba por la ciudad hablando incesantemente hasta el agotamiento; por las tardes galopaba, con desesperación, al lado de las charcas verdosas de los alrededores; por las noches, enloquecido por la fiebre adquirida en los pantanos, pasaba su desvelo haciendo, con armas cortas, blancos milagrosos a la luz de luna.

Byrond sentía en su cerebro cada vez más fuego. Llegó a sufrir dolores espantosos. Su elocuencia, siempre elevada, vibró con acentos supremos.

El día 11 de Abril la vehemencia de Byrond llegó casi a la locura. Aquella tarde el poeta disparó centenares de tiros al lado de las charcas. Fué un día triste para los pájaros. Murieron tantos, que las alegres avecillas quedaron para siempre exterminadas en Missolongi.

Por la noche Byrond cayó postrado. Los médicos, para sangrarlo, tuvieron que amenazarle con la locura.

Pero nada podía salvarlo. Se presentó una inflamación cerebral. Y comenzó una de las más crueles y largas agonías.

Los bellos ojos de Byrond vieron frente a frente, sin entornarse, el misterio de la muerte. El poeta no perdió ni un instante su valor de sublevado. Habló de la vida con más rabia que nunca.

En sus delirios, atormentado por caravanas silenciosas de fantasmas, aquel impulsivo, genial, odiado y temido de sus contemporáneos, llamaba, casi con gemidos, a su hija Adda.

La agonía se prolongó horas y días. El enfermo, a ratos, parecía un ángel y, a ratos, un malvado.

El coronel Stanhope acaricia con emoción la frente del genio.

—¿Cómo estás, Byrond, qué sientes?

—Me siento morir. ¿Y mi hija?

—Tu hija está allá lejos, en Inglaterra.

—No, que no venga. Su madre, esa bestia cruel, la ha educado en el odio a mí. Mi hija Adda no ha visto jamás retratos míos. No sabrá nunca como soy ni lo que he sido... ¿Qué dices, Stanhope?

—Ante tu puerta hay una muchedumbre que aguarda día y noche noticias tuyas. Missolongi olvida sus pesares para pensar en los tuyos.

—Lo agradezco. Si pudiera levantarme, iría a luchar... contra esa... infame Turquía.

Byrond hace un esfuerzo supremo para inclinarse. Cae aniquilado. Y se lanza en una de sus trágicas desesperaciones. Ruedan las blasfemias como la aguas de un río que cae de la montaña. La voz de aquel rebelde golpea con sus negaciones los oídos de Dios mismo. Es tal la rabia con que niega, que su voz se rompe, a veces, por su propia violencia, y queda en el aire temblorosa como un cristal.

Byrond grita desesperadamente:

— Cumplirás lo que te mando. Júralo, Stanhope. Que no me entierren donde haya hombres. Que me tiren al mar. No; a la montaña. Que me coman los lobos.

Stanhope procura tranquilizar a Byrond. El poeta, momentos antes de morir, dice serenamente al oído de su amigo:

— Es mi deseo que lleven a Inglaterra mi cadáver; al lado del sepulcro de mi madre, en Nottingashire. Adiós, Stanhope. Ahora es preciso que duerma.

. . . . . .

Murió el poeta. Muchos de sus contemporáneos dudaron si era un hombre o un demonio.

En la duda, repetiremos con emoción su nombre:

— Jorge Byrond.

EL ASESINATO DEL SUEÑO

Macbeth.—*Creí escuchar una voz que me decía: «Macbeth, tú no puedes dormir, porque has asesinado al sueño.» ¡Perder el sueño que destruye la intrincada trama del dolor; el sueño, descanso de toda fatiga: alimento el más dulce que se sirve a la mesa de la vida!*

SHAKESPEARE

TOLOX es un pueblo de la provincia de Málaga. La pobre María padeció desde la niñez la miseria de aquel pueblo, donde lo único consolador era su sol, un sol de lumbre que cegaba y hacía entornar los párpados. El hambre y el sol la envolvieron en una penumbra densa; sus padres, pobres campesinos, gente de la gleba, sacudieron la pereza de su hija María a palos. A los seis años, María tuvo que madrugar: se acostaba a las dos y las tres de la mañana, y al primer vislumbrar de luz, sus padres, que dormían desde el atardecer, dejándola al cuidado de una pequeña, la despertaban a puntapiés.

— ¡María, abre la venta!

— ¡María, limpia las vasijas!

— ¡María, prepara el gazpacho!

— ¡María, haz las camas!

En fin, María, tan pequeña, con un sueño torturador,

iba de un lado para otro, como si sus delicadas piernecillas fueran de acero y sus brazos de hierro.

Los caminantes que se detenían a trasegar un vaso de vino, observando la palidez de la pobre niña, recriminaban a sus padres. Ellos se disculpaban diciendo:

—Desde niños *trabajemos* también nosotros. ¡Y arre que arre hemos llegado a viejos! Los *probes* no podemos descansar.

A los quince años, María se fugó de la casa paterna. Por espacio de dos días durmió a sus anchas en los maizales, alumbrada por la luz blancuzca de la luna.

Cuando despertaba, sus grandes ojos negros, que se asemejaban por lo grandes y rasgados a una interrogación mal hecha, se perdían en una vaga contemplación de lo infinito.

Aguzada por el hambre, entró un día en la ciudad. Málaga brillaba. Un sol de fuego caía sobre las calles, sobre las personas, sobre las casas. La pequeña viajera, rendida de cansancio, sin atreverse a pedir un pedazo de pan, se acurrucó en el quicio de una puerta para dormir. Durmió mucho. Un sopor más intenso que nunca clavaba sus párpados. Si no la hubiesen despertado, la pobre niña seguiría durmiendo.

En los calabozos del Ayuntamiento, donde la llevaron, comió mal y de mala gana. En seguida volvió a dormirse.

La mansa resignación de la niña y su inmovilidad de esfinge, hicieron decir a sus guardianes que era tonta. No hubo para ella una palabra de cariño ni de consuelo. Se la observaba como una cosa extravagante y exótica.

Al ser interrogada, dijo que venía de Tolox, mandada por sus padres, para ponerse a servir.

A los pocos días, entró de niñera en una casa del Barrio Alto para cuidar a un niño de tres meses. Era

una casa modesta. El bufete de abogado en una provincia no deja rendimientos. La servidumbre era escasa. María trabajaba mucho.

Una noche caliginosa de Agosto, después de una faena embrutecedora, María mecía la cuna de su amita, canturreando con miedo esta canción:

Duérmete, niño hermoso,
que viene el coco
y se lleva a los niños
que duermen poco.

Por el balcón, entreabierto, se oía el monótono *cri cri* de los grillos; una ligera brisa oreaba los pañales del infante puestos a secar en la reja. En el techo, sobre la lamparilla, se reflejaba una mortecina luz, color de oro viejo, y las sombras de los pañales se movían en la pared, sobre la cama, sobre María. Cuando la llama de la lamparilla oscilaba, la luz y las sombras del cuarto se movían como impelidas por un soplo misterioso.

La atmósfera era sofocante.

El niño lloraba; estaba ronco y cansado de llorar.

—¡Cuándo se callará!... A María la iba rindiendo el sueño. Sus párpados se cerraban lentamente, y su cabeza poco a poco se iba inclinando sobre su pecho. No obstante, haciendo un poderoso esfuerzo, abría sus ojos y canturreaba:

Duérmete..., niño... hermoso,
que viene... el coco...
y... se... lleva... a... los ni... ños
que... duermen... po... co...

En el cuarto de al lado, detrás de una puerta, roncaban el ama y el amo de María. La cuna crujía, produciendo una especie de gruñido lastimero, y mientras

María murmuraba su canción, los dos sueños se unían dulcemente en una melodía que daba sopor.

La música aquella llegó a hacerse insoportable; oprimía, inducía al sueño. Y el sueño de María era imposible.

La luz seguía oscilando. Las sombras de la estancia se movían como espectros ante los ojos entornados e inmóviles de María. Extrañas imágenes se revolvían con furia en el cerebro infantil de la pobre niñera. Creyó ver pequeñas nubes que se persiguen en el cielo y lloraban como el pequeño. Después soñó que estaba en el campo y que la luna la velaba.

El llanto penetrante del niño volvió a despertarla:

— ¿Qué es eso?—preguntó asustada.

Y una sombra invisible le contestó:

— ¡Dormir! ¡Dormir!

Y todos en la casa dormían profundamente, dulcemente.

Los padres del niño, mientras él lloraba, roncaban en grandes aspiraciones.

María se estremeció sobresaltada, y volvió a cantar:

Duérmete, niño hermoso,
que viene...

La canción movía sus labios y sus párpados se cerraban otra vez. Por fin la venció el sueño. Se quedó dormida. Los lamentos del niño se hacían cada vez más intensos, pero María seguía durmiendo.

¡Dormir! ¡Dormir!

De pronto una voz de trueno surgió en el cuarto inmediato:

— Tráeme aquí al niño. Dame al niño.

María, medio dormida, llevó el niño a la habitación inmediata.

Su ama la regañó:

—¡Eres una bestia, estás dormida!

Y mientras la señora amamantaba a su hijo, María, en medio del cuarto, la contemplaba idiotizada.

—Tómalo, llévalo a la cuna y mécelo; no te duermas.

María cogió a la criatura, la llevó a la cuna y empezó a mecerla.

El niño lloraba en un desconsuelo infinito.

La última orden de su ama resonaba todavía en los oídos de la niñera.

—Tómalo, llévalo a la cuna y mécelo. No te duermas.

Y empezó de nuevo a canturrear al pequeño.

La luz de oro viejo de la lamparilla hacía ondear de nuevo las sombras ante los ojos semicerrados de María.

El pequeño seguía llorando. María volvió a ver en el reposo de la noche los altos maizales, donde durmió a pierna suelta. ¿Por qué ahora y en aquella quietud era un pecado dormir? En su soñolencia no pudo comprender la fuerza que la sujetaba, que la torturaba. Miró a su alrededor y pensó en la manera de libertarse, de volver a los campos bañados por la blanca luz de la luna. Pero por mucho que aguzó su ingenio no se le ocurrió nada.

Al fin esforzó todas sus facultades. Miró la luz de la lamparilla que seguía ardiendo en un titileo mareante y obsesionante.

Los chillidos del niño eran más potentes que nunca. Lloraba con todas sus fuerzas. Entonces, con la rapidez de las concepciones trágicas, descubrió en la luz y en el niño a su enemigo.

Lo comprendió todo. Su enemigo era el niño, que lloraba en la cuna. María rió como una imbécil. ¿Cómo no se le había ocurrido antes una cosa tan sencilla?

Fuera, el canto de los grillos era cada vez más mo-

nótono. Por la entornada ventana llegaba un airecillo fresco y un grato olor a rosas. María rió. Rieron también la luz y las sombras.

A María la subyugó una idea. Ser libre y poder dormir.

Y repitiendo como un estribillo la canción soñolienta, sonriendo con su grandes ojos muy abiertos, María se inclinó sobre la cuna del niño que seguía llorando y oprimió su garganta, la apretó con todas su fuerzas...

El llanto del niño se extinguió en una nota gutural.

María, riendo, riendo, ante la idea de poder dormir, cayó en un sueño profundo, tan profundo como el del niño muerto.

La llama de la lamparilla seguía oscilando, y en el cuarto las sombras se movían como impelidas por un soplo misterioso.

Y María, la pobre María durmió a sus anchas, como había dormido en los maizales, alumbrada por la luz pálida y trágica de la luna...

LA BOLSA DE PAUL VERLAINE

El célebre poeta decadentista se destacó entre las brumas del Sena por su originalidad y sus genialidades. Su melena, su pobre pierna enferma, sus borracheras de ajenjo, y sobre todo y ante todo, sus divinos versos, le abrieron de par en par las puertas de la gloria.

Ni Hugo con todas sus grandezas orquestales, ni Alfredo de Musset con su leyenda romántica y sus bellos poemas, ni el alado Haine, han llegado a ocupar un puesto tan grande en nuestras almas como aquel divino cantor; desgraciado sin par, fonambulesco, satánico y a veces cruel, que rimaba sus versos y ensueños en los tugurios y en los hospitales.

Paul Verlaine es de todos los poetas el que más abismos y horizontes contiene.

Sus poesías están compuestas con cordiales y venenos. Su misteriosa vida nos interesa como un capítulo de novela fantástica, ideada por Hoffman o Poe.

He aquí mal relatada una anécdota curiosa del vate original.

Se la oí contar en los últimos días de su reinado en la tierra a aquel hombre extraordinario que se llamó Alejandro Sawa.

Sawa fué amigo en París del enamorado de la luna.

El maestro le había hecho el regalo de una de sus pipas, una enorme pipa de ámbar y espuma que hoy, por contraste singular, tengo yo en mi poder.

El malogrado autor de la "Historia de una Reina que no quiso reinar sino en los corazones", fué el inseparable del "pauvre Lelian".

Eran los últimos amigos de aquel célebre y glorioso parnaso, que se separaban a altas horas de la madrugada.

— Nunca pude acompañar—decía Sawa—a Paul Verlaine. El cojo melancólico tenía la costumbre de ir encerrando, uno por uno, a todos sus camaradas. Tantas veces como intenté acompañarle a su casa, fracasé. Por espacio de un año, Verlaine, invariablemente, me dejaba en el portal de mi domicilio. Al cerrarse la puerta le oía marchar; su tos seca y los golpes de su bastón señorial se iban extinguiendo lentamente. Aquella desaparición hacía un efecto extraño; parecía la huída de un fantasma, porque con el conjuro de su voz quedaba roto el hilo sutil del arte y la poesía.

Este capricho y el de pedir a todo el mundo dos realitos en plata, llegaron a intrigarme. Paul Verlaine recoleccionaba, con una paciencia de padre benedictino, toda la plata que sus amistades eran capaz de darle.

Las moneditas de dos reales las iba depositando en una bolsa de cuero mugrienta, que guardaba cuidadosamente en las profundidades de los bolsillos de su inmenso "paletó". Y era misteriosa la extraña manía, porque nunca, ni siquiera en los momentos más difíciles, le ví gastar uno de aquellos discos de plata.

Una noche de invierno seguí a mi poeta. Dejé, como todas las noches, que me acompañase, pero inmediatamente después salí a perseguirle a través de la densa niebla. La persecución fué fatigosa. Paul Verlaine

se detenía a cada momento, alzaba su cabeza, y como en un libro parecía leer o rezar en las estrellas. Por un laberinto de calles desembocamos en el Sena. El río, como un manto negro, circundaba a París. Algunas mujeres, parecidas a las brujas de Goya, detenían confianzudamente al maestro. Verlaine, fraternal, las dedicaba uno de sus versos que allí, en aquel puente, en aquella soledad, rimaban con la corriente del río.

Hubo un instante, en el cual creí ser descubierto. Al final del puente, Verlaine oyó mis pasos y se puso a la expectativa. Entonces anduvo más despacio que nunca. Por fin, en una de las calles más solitarias, después de un minucioso reconocimiento, el poeta se paró delante de la boca de una alcantarilla. Sacó su bolsa de cuero, y desde muy alto, con precisión matemática, fué dejando caer una a una en la abertura siniestra las célebres monedas de plata. En el silencio de la noche los realitos tintinearon sus sonoridades metálicas. Verlaine oyó aquella música embelesado...

Al llegar aquí el genial Sawa se erguía en su sillón y dejando correr a rienda suelta su pegaso, componía el más sonoro y bello de sus párrafos oratorios.

— Mi asombro fué tan grande, tan inmenso, que mi vida sufrió un colapso. Desde entonces oigo constantemente aquella música celestial. ¡Oh, el tintineo inolvidable de la plata al hundirse en la negra letrina de París! Mis oídos han guardado aquella sinfonía y yo tiemblo de placer al escucharla...

Por las calles de París, el brujo encantado, después de hacer aquella ofrenda, ambulaba tétricamente envuelto en sus andrajos de mendigo.

UN ENCUENTRO

Eh, tú; grande hombre, eminente cabalgadura!..

Dago atronó la calle de Alcalá con sus gritos. La gente volvió aterrada la cabeza y siguió con curiosidad los movimientos de aquel hombre que en ziszás repentinos y rápidos, sorteando a los transeuntes, corría tras de un señor rubio, muy delgado, casi insignificante, que con paso ligero ascendía por la anchurosa vía hacia la Puerta del Sol.

Augusto Dago, sin dejar de correr, siguió gritando:

— ¡Eh, tú; grande hombre, eminente cabalgadura!..

Cuando el perseguido volvió la cabeza, ya su perseguidor estaba a su lado propinándole un verdadero diluvio de abrazos y de golpes "cariñosos" en las espaldas.

— ¡Caray con D. Pepito! ¡Vaya con D. Pepito! Creía que te escapabas, que te perdías. Te conocí al instante y, la verdad, no me hubiese hecho maldita la gracia perderte. ¡Tenía muchas ganas de atraparte, bribón; de hablar contigo! ¡Vaya, vaya con D. Pepito! Siempre tan distraído, tan ensimismado, tan fuera del mundo, tan "panoli". ¿Te acuerdas cuando D. Nicolás atronaba el aula gritando: "¡Sr. Vergara, Sr. Vergara!, ¿qué opina usted de lo que ha dicho el Sr. Pérez?", y

tú, después de medio siglo, contestabas ante la estupefacción de la clase: "Pues opino que está muy bien", cuando en realidad había estado muy mal, o viceversa?.. ¡Caramba, caramba con D. Pepito! ¡A ver, señor Vergara! ¿Qué le parece a usted este amigo que como un ciclón se le ha venido a usted encima, interrumpiendo sus meditaciones y su paseo?

Y Augusto Dago, oprimiendo entre sus hercúleos brazos el cuerpo enclencle de su amigo, reía estrepitosamente, causando la admiración de los numerosos y desocupados paseantes.

La primera impresión de Vergara fué de extrañeza, después de sobresalto. A pesar de aquellas muestras de cariño y de aquellos detalles de su vida estudiantil, él no conocía a aquel hombre. ¿Quién sería? ¿Cómo se llamaría?

Se conformó con saludarle fingiendo un gran contento.

— ¡Hombre, tú por aquí! ¿Qué es de tu vida? Hacía ya mucho tiempo que no nos veíamos, ¿verdad?

— ¿Pero te acuerdas? De hoy es la fecha. Yo, en cuanto terminé la carrera, eché a correr y todavía no he parado... Hace... Verás. Pues hace la friolera de diez años que no nos veíamos.

Vergara hizo un esfuerzo mental para retrotraer su memoria a aquella fecha...

— Diez años, ¡eh! Dices que diez años...

Dago, comprendiendo que su amigo no lo había reconocido, que no se acordaba de él, exclamó:

— Muy bien, me parece muy bien. ¿Conque no sabes quién soy, conque no te acuerdas de mí, de tu buen amigo Dago, de Augusto Dago; D. Augusto, como me llamábais todos en son de broma!

La situación de Vergara, a pesar del ¡ah! obligado y lógico en estos casos, se hizo más difícil con aquella explicación. No recordaba el nombre ni la fisonomía

de aquel señor. Ningún suceso de su vida estudiantil, de su larga y laboriosa vida de estudiante, se sumaba a aquel apellido ni a aquella figura. Vergara sinceramente declaró su olvido.

—¡No le recuerdo a usted; no me acuerdo de... usted. ¡Como hace tanto tiempo!

— ¡Ah! ¿Pero me vas a hablar de usted? ¡No lo consiento, no lo puedo consentir, no lo tolero!

— Bien, bien; pues no me acuerdo de tí.

Entonces Dago, cambiando de tono, haciendo sus palabras confidenciales, susurró al oído de Vergara:

— ¿No te acuerdas de la calle de Leganitos? ¿No te acuerdas de Manuela?

Vergara, al oir aquel nombre de mujer, retrocedió dos pasos para contemplar mejor el rostro y la figura de aquel hombre que se interponía en su camino, exhumando su pasado.

— ¡Haz memoria, olvidadizo, gran tunante!

Y la cara de Vergara, contraída en un gran esfuerzo mental, se iluminó al fin.

— Si, ya; ahora recuerdo. Debí reconocerte al instante.

Hubo una pausa.

El temperamento de Dago, su vehemencia meridional, falsa, abiertamente insincera, esperaron una explosión de regocijo, una alarma de los sentidos, una fuga de palabras sin instrumentar que iniciasen la fusión; pero Vergara, abstraído, concentrado en sí mismo, evitó la farsa.

— ¡Diez años—exclamó con amargura—; cómo pasa el tiempo!

Las palabras de Vergara pusieron término a las expansiones cómicas de Dago. Parecía que todo aquel tiempo se había solidificado en un instante, poniendo entre los dos amigos un enorme bloque de hielo.

Augusto Dago, más serio ya, más comedido, se

conformó también con hacer una invocación lúgubre al pasado.

Comprendió que entre Vergara y él se había abierto un abismo infranqueable. El abismo que cavan las horas en las dantescas rocas de la vida. Pasan los años, y a medida que pasan más abajo quedan los recuerdos, hasta que, al fin, se pierden sepultados por otras y otras moles de piedra. . . . . .

. . . . . .

— Yo me casé...; me casé con Manuela. Tengo tres hijos.

— ¡Qué disparate!

Y Dago, para enmendar la espontánea y brutal exclamación, repuso:

— Bueno; es un disparate que tarde o temprano cometemos todos. Yo no me he casado. Soy hombre práctico, tal vez un poco egoísta. Pero para triunfar, para vencer, los afectos son carga muy pesada. Primero es lo primero. Después...

Reanudaron la marcha: ascendían despacio, envueltos entre el torbellino de la muchedumbre, concretando sus vidas en unas cuantas palabras.

Dago, aventurero, cínico y desaprensivo, había hecho fortuna.

— Reaccioné a tiempo, chico: nada de romanticismos, ni de ensueños; nada de amor. Y te advierto que no soy malo. Muchas veces, ¡muchas!, he tenido que esforzarme para no dejarme llevar de mis sentimientos. Esto fué al principio. Después la experiencia me ha enseñado que hice bien. Los errores y las faltas de los demás me han puesto en el buen camino. Esos hombres que parecen fatalmente condenados, a pesar de sus grandes dotes, de su talento y de su laboriosidad, a sufrir siempre, a no salir de un mediano pasar, o a estar sumidos en la miseria, no hacen nada más que purgar sus debilidades. No hay misterio ni fatalidad.

El buen camino está lleno de espinas. Los brazos de una mujer amante, tan blandos, tan caritativos, tan llenos de promesas, pueden hundirnos. Dejarse caer en ellos, cómo dejarse llevar por otro cualquier sentimiento o placer, es hipotecar por un instante de felicidad la felicidad de muchas horas, tal vez la de toda una vida... ¿Tú habrás triunfado, verdad? Tenías talento, cultura, voluntad... Porque supongo que aquellos ensueños, aquellas fantasías de amor, fundadas en la honradez, habrán desaparecido.

Vergara no contestó. En la Puerta del Sol se despidió de su amigo.

— Es muy tarde, me esperan en casa. Ya nos veremos. Me alegro mucho de haberte vuelto a ver. Y como un sonámbulo, Vergara se encaminó a su hogar. Un mundo de ideas cruzaron por su cerebro. Sueños de ayer, ilusiones y ansias, con realidades de hoy. Alegrías triunfales de ayer, con tristezas, preocupaciones y miserias del instante.

Llegó á su casa. En el interior de la pobre habitación lloraba un chiquillo.

Vergara se dejó caer en un viejo sillón. Se sentía fatigado, molesto; un desasosiego interior, inexplicable, hacía vibrar sus nervios.

Le interrogó su mujer.

— ¿Te pasa algo? ¿Te ha ocurrido algo? Parece que traes mala cara, que tienes mal humor. ¿Estás enfermo?...

Y Vergara, sonriendo, se excusó:

— No, no tengo nada. Estoy como siempre...

EL TESTAMENTO

I

El reloj de Alberto Castellanos marcaba las cuatro en punto de la madrugada.

Era invierno y en su pobre buhardilla hacía un frío polar. La vela se consumía lentamente entre titilares inquietantes que rimaban con sus sacudidas nerviosas. A las seis debía tener terminado el trabajo: la copia del testamento de un opulentísimo banquero judío, muerto trágicamente en una de esas emboscadas nocturnas del vicio y de la decrepitud.

El banquero judío, para desesperación del pobre escribiente, había tenido, en medio de su reblandecimieto medular y de su amnesia, memoria para todo.

Su testamento era un modelo de previsión. No faltaba un detalle, ninguna observación rigorista a sus innumerables mandas. Y el pobre Antonio anotaba cantidades y sumas, sin ver nunca el final a aquella copia maldita.

El monótono tic tac del reloj, puesto al comenzar el trabajo encima de la mesa, lo adormecía. El pulso se rebelaba también a seguir. De la letra de los primeros pliegos al último, que trabajosamente emborronaba,

había la notable diferencia de lo bueno y justo a lo malo y digno de reproche.

Alberto Castellanos maldecía a aquel hombre tan previsor y formulista.

— Es para lo único que sirve en este mundo la previsión y la formalidad —se decía entre dientes—: para fastidiarlo a uno. Un hombre desordenado no hubiera hecho testamento, y de hacerlo, lo hubiera hecho más corto, sin estas largas parrafadas, en el que el más insignificante detalle ocupa pliegos y más pliegos.

Acabó de copiar la parte relativa a uno de los herederos más beneficiados, y para adquirir fuerzas y calcular el tiempo que tardaría en terminar el trabajo, hojeó el manuscrito.

¡Aquéllo era interminable! Después de los parientes más cercanos, a cada uno de los cuales el testador le hacía una regalía y le daba un montón de consejos, venía una lista larguísima de nombres con las cantidades designadas a los menos favorecidos.

Antonio leyó en voz alta, para espabilarse, uno de aquellos capítulos:

«A Isidoro Dunatelli, portero de mi casa de la calle de los Suspiros, se le entregará de presente, y al mes y medio de mi fallecimiento, la cantidad de 35.000 pesetas, más media docena de sillas de las existentes en el desván número 4 de mi palacio de la calle de los Leones, rotuladas con la marca de fábrica de los señores Servet Hermanos (Barcelona). El heredero de la casa de la calle de los Suspiros respetará en la portería de ésta a Isidoro Dunatelli lo menos un año más, a partir del día en que se lleve a efecto mi sepelio. Si Isidoro Dunatelli asistiera a mi entierro, en lugar de media docena de sillas, se le entregará una docena justa.»

El escribiente, después de leer esto, arrojó con rabia el mamotreto escrito encima de la mesa, y desesperadamente comenzó a mesarse los cabellos.

—¡Bien decía Flaubert —exclamó— que la imbecilidad humana no tiene límites! Este banquero, este señor...—A fuerza de escribir su nombre se le había olvidado el apellido y tuvo que coger el testamento para recordarlo—. ¡Este señor Letamendi era un majadero!

Y después de lanzar este apóstrofe con sonrisa de hombre superior, decidido a reanudar su interrumpido trabajo, lió con calma un cigarrillo.

— Letamendi era un majadero —volvió a decir echando una bocanada de humo—; es capaz de repartir toda su fortuna peseta a peseta, y son varios los millones que el muy ladrón reunió en su larga vida. ¿Letamendi? Me parece haber leído antes de ahora este nombre; me suena a mí esto de Letamendi. Sí, indudablemente, yo he leído u oído este apellido; sí, sí, Letamendi. Me suena...

Rió irónicamente. ¡Claro, no lo había de leer antes, no le iba a sonar si llevaba toda la santa noche leyéndolo y escribiéndolo!

Pero su memoria dictaba las sílabas de aquel nombre asociándolo a hechos de su vida pasada; a escenas familiares muy remotas, casi extintas en la penumbra del tiempo, a pesar de que la vida de Antonio Castellanos no era tan larga como la de Matusalén, ni mucho menos. Pero treinta años, y quince muy agitados en el desorden de una juventud sin freno, mezclan las sensaciones, las confunden y las pulverizan.

Alberto había llegado a olvidarse muchas veces de su risueña infancia, cuando su padre, en las largas noches invernales, le adormecía con el relato fantástico de sus correrías y aventuras juveniles, allá, al amor de una buena lumbre, en la rústica casa castellana...

— Vamos con el Sr. Letamendi.—Y medio dormido, arrastrando perezosamente la pluma sobre el papel de oficio, comenzó a escribir de nuevo.

Encima de la mesa el reloj seguía articulando su tic tac monótono, adormecedor.

II

Decididamente se dormía; no podía más. Los párpados, enrojecidos por la vigilia, le pesaban horriblemente, como si tuviera sobre ellos todos los millones del banquero judío. Las letras y las cifras del maldito testamento se hacían ininteligibles. Los párrafos más vulgares se le antojaban inscripciones egipcias, dignas de ser descifradas por un nuevo mister Johanes, o por el célebre protagonista de Gautier en el "Secreto de una momia".

Había terminado de copiar el último capítulo referente al último sobrino de un antiguo servidor (que hasta para éstos tuvo memoria el Sr. Letamendi), y empezaba con la interminable lista de los pequeños legados, cuando el reloj, implacable con su sueño y con sus prisas, le advirtió que eran las seis de la mañana, hora en que su jefe el notario iría en busca de aquel montón de papel, obsesionante en su blancura.

Resignado a oir las invectivas e improperios de su jefe, como buen fatalista, esperó tranquilamente su hora.

—¡Bah! Una regañeta de más o de menos no era cosa para apurarse.

Y siguió escribiendo y comentando la pesadez de aquella prosa apelmazada y la previsión del Sr. Letamendi, que por las trazas no pensó nunca que su testamento tendría que copiarlo un pobre empleado de notaría con un corto sueldo y un sueño más largo que la vida de un pobre.

El trabajo y el reloj avanzaban; el primero tocaba a

su fin; el segundo, con gran asombro de Alberto, que esperaba a las seis en punto la aparición de su jefe, había llegado a marcar las siete.

Al llegar al "post escritum", Alberto dió un salto en la silla y se restregó con fuerza los ojos para leer mejor.

El banquero judío había llevado su previsión a lo increíble. En su última disposición legaba al escribiente que hiciera la primera copia de su testamento la bonita suma de 25.000 pesetas.

— Es —decía— la última sorpresa agradable que pienso dar.

Alberto bendijo la memoria del banquero judío, terminó la copia y salió corriendo de su casa. Al llegar a la del notario entregó a éste triunfalmente su trabajo; pero su jefe se lo rechazó diciéndole que ya no le hacía falta.

El notario, tan previsor como el Sr. Letamendi, había leído la famosa cláusula, presentando un escrito reclamando las 25.000 pesetas como autor de la primera copia.

— Cuando le entregué a usted el testamento creía que era necesaria la copia para hacer la reclamación; por eso le exigí que la tuviera copiada a las seis de la mañana; pero después supe que no hacía falta.

— Pero es que la primera copia la he hecho yo.

— El Sr. Letamendi fué poco previsor y no exige que se confronte la letra del reclamante con la de la copia. El primero que lea la cláusula y haga la reclamación, sin molestarse en ese trabajo mecánico que usted ha realizado, se lleva el premio. Las 25.000 pesetas las cobraré yo...

Alberto Castellanos, desde aquel día, cuando copia algún testamento, critica con dureza las faltas de detalle, las faltas de previsión. El detalle y la previsión han llegado a constituir en él una verdara manía.

LA AGONIA DE GOETHE

I

Dice Paul de Saint Víctor que Goethe esculpió su "Iphigenia" en purísimo mármol helénico. Esto no es de una extraordinaria novedad, porque todo el que ha visto un busto de Goethe, o ha leído uno cualquiera de sus versos, sabe que el altísimo poeta de Weimar es un noble griego rezagado.

Cierto que la misión de representar a la Grecia inmortal entre los hombres es virtud digna de un Dios; pero, con todo, el más alto mérito de Goethe no es el de ser embajador de la gracia helénica. Goethe es el autor de "Fausto", y este endemoniado y gran doctor no tiene nada que ver con ningún héroe griego.

El espíritu de Goethe tiene de Grecia la serenidad, el concierto, la medida. Hasta tal punto es para mí tranquilo el espectáculo del poeta alemán, que cristalizo mi sueño del Danubio, diciendo: las aguas del río azul son tan serenas como el espíritu de Goethe.

De esta influencia ancestral poderosísima de Grecia sobre Goethe, solamente quiso librarse éste en horas muy contadas de su existencia. La mayor parte de las heroínas del poeta y muchos de sus héroes son griegos de la Arcadia. Iphigenia, por ejemplo, es más que

una pastora del Taigeto; es una belleza helénica de tan alto linaje espiritual, que muy bien pudiera un día parir a un héroe o consagrarse a los dioses para ser su sacerdotiza preferida.

La "Iphigenia en Tauridi" es de Goethe, pero pudiera igual ser de Sófocles.

Exceptuando a Fausto, todos los heróes y heroínas de Goethe son hermanos. Carlota, Eugenia, Margarita... tienen el mismo fondo moral. Si Carlota y Eugenia no dejan jamás a un lado su virtud, fué porque la vida se plegó a sus nobles y tranquilos sentimientos. Y ser honrada así, es fácil. Margarita, en cambio, sintió su nativa honradez, rota, tronchada al choque con la fatalidad. Aquel apuesto y endemoniado doctor Fausto tuvo la culpa. Si el maldito doctor fuera tan sencillo y tan fuerte como el marido de Carlota o el de Eugenia, la dulce Margarita sintiera un amor más suave, sus besos hubieran tenido menos fuego, su pobre cabecita de trenzas rubias no hubiera perdido para siempre la razón. Todas las nobles doncellas de la tierra que han leído la historia de Margarita del "Fausto", han perdonado ya a la pobre niña antes de que el ángel le dé la absolución. La triste niña, perdonada por Dios, estaba ya salvada en el corazón de los hombres.

Seguramente que el octogenario poeta de Weimar, cuando agitaba suavemente los dedos en el aire con aquel movimiento suyo peculiar, se acordaba de las trenzas de Margarita y creía tenerlas entre sus manos y jugaba con ellas. Goethe, entristecido ya por la muerte de su amigo fraternal, Schiller, sólo sonreía cuando pensaba en la hija de su alma, la desgraciada Margarita.

La frase inmortal de Goethe moribundo, *Luz, más luz,* fué porque las sombras de la muerte se tendían ante los ojos del poeta y le ocultaban la cabellera de oro de Margarita.

No morirán nunca en el recuerdo de los hombres la cabellera huracanada de Medea, la de la dulce Berenice, las trenzas amarillas de Offelia, de Julieta, de Margarita. Todos los grandes enamorados históricos besan—es claro—la boca y los ojos de sus enamoradas; pero quizá sienten un placer más dulce cuando hunden su rostro en la cabellera adorada y aspiran su perfume y lo retienen luego hasta sentir el placer agudo, la amenaza punzante de la asfixia. Acaso la belleza más intensa de la tierra se halla repartida entre el mar y las cabelleras de las mujeres. El mar, sereno, parece el cielo desprendido. El mar, aborrascado, son bosques y montañas que se hunden y vuelven a surgir, canteras que ruedan y retumban, frondas que se encrespan, animales fabulosos que luchan y se devoran, praderas vastísimas que se cuartean, que se rajan, y praderas verdes de cristal, formadas por millones de esmeraldas que se funden.

En el gran poema de Goethe echo siempre de menos el mar. Mefistófeles y Fausto, en sus grandes correrías por el espacio, no cruzan sino lejanamente sobre las aguas. Y es triste esto, porque el poeta apolino de Germania hubiera dado una sensación inmortal de la poesía de las olas.

Algo de sensación nos da, sin embargo, la cabellera de Margarita. Allá, en la época inocente, en Strasburgo, la cabellera de Margarita tiene la serenidad de un remanso; pende tranquila, no se aborrasca ni se encrespa. Es como un diminuto brazo de mar entre las rocas, o como una ola fugitiva que quedó sin fuerzas sobre la playa.

Margarita al torno, después de conocer a Fausto, siente sus trenzas tendidas sobre los hombros como dos hermosas serpientes que le silban dulcemente a los oídos. En la cabellera de Margarita loca hay toda la fuerza trágica de un mar muy cruel donde acaba de

consumarse un naufragio. ¡Triste naufragio, y cruel e injusto el de la virtud de Margarita!

II

Goethe fué uno de los hombres más intensamente amado por las mujeres. Cierto que con Byrond y Edgard Poe forma el poeta alemán la trinidad de varones célebres más guapos de la tierra. Goethe era alto, de proporciones estatuarias, supremamente elegante. Su rostro pálido, de frente alta y pura, tenía la corrección y la serenidad de un César romano. Su melena ondulada, de hebras castañas y sedosas, orlaban las sienes y caían sobre su cuello alto y redondo de mármol puro. Sus maneras eran reposadas y serenas como las de un griego de Atenas. Dice la Historia y la Poesía que la voz de Goethe era tan rica en gratas sonoridades que, desde los tiempos vivos de la "Iliada" inmortal, los versos de Píndaro y Homero no volverán a ser cantados tan bellamente. Dicen más la Historia y la Poesía: dicen que las discusiones acaloradas que sostenían los dos amigos fraternales—Goethe y Schiller—tenían la riqueza musical del órgano inmenso de la Catedral de Colonia. La garganta de Schiller poseía también sonoridades muy bellas.

Es muy curiosa la historia de la amistad de los dos genios alemanes. Antes de conocerse, se odiaban. Schiller, más impetuoso y más joven, procuraba ofender gravemente a Goethe con sus frases candentes. Goethe, más sereno, aparentaba un desdén que no fué sincero nunca. Hacía que no se enteraba. Solamente cuando alguien le recitaba las frases mortificantes de su enemigo, las sienes del Júpiter de Weimar palidecían y sus grandes ojos pardos, como dos óvalos de ágata,

se tornaban inmóviles, fijos en un punto lejano y desconocido.

De este modo siguió la enemistad algunos años.

Pero un día, Schiller tuvo el capricho de visitar Weimar. La Atenas germánica, con su emperador Carlos Augusto, recibió al poeta con verdadero entusiasmo. Schiller se quedó espantado del respeto, de la idolatría que aquellas gentes de espíritu elevado profesaban a Goethe. Schiller, hombre de vehemencias un poco locas, no pudo resistir a la tentación y pidió a las gentes de la Corte que le presentaran a su enemigo.

En una Academia de ciencias se conocieron. Señalados uno y otro por admiradores de ambos, quedaron un momento de pie en sus escaños, contemplándose. Goethe, erguido, imponente, mirando a Schiller sin pestañear. Schiller, un poco inclinado hacia adelante, con los ojos entornados, observando con asombro aquella estatua viva.

Schiller fué el primero en avanzar.

—¿Y quién soy yo para ser enemigo de ese hombre?— dijo.

Desde entonces la amistad de los dos grandes poetas fué tan noble y estrecha, que ni la misma muerte logró enterrarla.

Dice un moderno crítico alemán que la amistad paternal que Goethe profesó a Schiller fué el sentimiento que con más fuerza conmovió siempre al autor de "Fausto". Hasta tal punto es esto verdadero, que en cierta ocasión en que Goethe hizo un viaje a Suiza, con el único objeto de recoger datos para un poema que había de titularse "Guillermo Tell", como se convenciera de que la figura del héroe de las libertades suizas merecía, por su calor de humanidad, ser copiada en un drama más que cantada en un poema, le escribió a Schiller:

—Ponte inmediatamente en camino para Weimar.

Allí nos reuniremos y te haré entrega de los datos que he recogido en Suiza acerca de la vida y milagros de Guillermo Tell. Tú, con tus vehemencias nobilísimas, con tu témperamento ardiente y excitable, con tu imaginación de brasa, entenderás mucho mejor que yo la valerosa figura del héroe suizo. Tú eres un hombre grande, Schiller, y estás obligado a hacer obras grandes también.

En Schiller hacían un efecto extraordinario estas alabanzas. Le dejaban medroso y encogido considerando la grandeza mental y moral de aquel gran poeta que se las prodigaba.

Muchos críticos crueles han acusado a Goethe del pecado de egoísmo. Hablan de su serenidad de mármol, de su frialdad en los afectos, del sacrificio que hacía de todas sus emociones, en holocausto a la eterna tranquilidad de su cerebro. Esta es una acusación poco fundamentada. El día que murió Schiller, Goethe lloró como un niño y, desde entonces, dedicó las horas más intensas de su vida sentimental al culto de aquella amistad, contra la cual, como ya he dicho antes, no pudo nada la muerte. Porque aquella amistad ni se extinguió con la muerte de Schiller, ni, años más tarde, con la de Goethe: vive y vivirá todavía mucho tiempo en el recuerdo de los hombres.

III

Confieso que mi temperamento es muy a propósito para ser conmovido profundamente por todas las tragedias. En la calle, en el teatro, en todas partes donde el choque de las pasiones produce el drama, siento mis nervios descentrados y mi corazón late con más violencia. Es, pues, muy lógico que me sienta verda-

deramente emocionado cuando pienso en la muerte de Goethe.

Goethe murió octogenario. No existió, pues, en su muerte la circunstancia trágica de la juventud. Pero como Goethe poseía una salud indestructible, murió con plena conciencia y sintiendo que por momentos se le obscurecía aquella poderosa mentalidad que desde la juventud no tuvo más momento de desmayo que los que precedieron a la muerte.

Por eso es de una intensidad trágica, tremenda, quizá única, la última exclamación del poeta, que veía escapársele el tesoro de su genio.

—*Luz, más luz*—, exclamaba Goethe en la agonía, girando sus inmensos ojos de ágata, aquellos ojos que, según el testimonio de madame Stein, fueron los más hermosos del mundo.

¡CASUALIDAD!

Sonó el timbre. Alvaro se estremeció. Aquellas lujosas escaleras de mármol, con barandillas de acero pulido, caladas primorosamente en dibujos de gracia y belleza insuperables, lo habían acobardado.

Su timidez, ante la puerta blasonada, era tan grande que lo invitaba a huir antes de dar tiempo a que se abriera.

Lo detuvo una esperanza.

La marquesa se excusaría; sin duda no estaba propicia a concederle la audiencia que iba dispuesto a solicitar.

Se abrió la puerta. Un criado de librea, majestuoso, preguntó a Alvaro lo que deseaba.

Como si la tierra se abriera bajo sus pies, Alvaro tartamudeó:

—Deseo ver a la señora marquesa; anuncie usted al Sr. Romeral, pintor.

Alvaro esperaba del criado una excusa cualquiera; el clisé corriente: "La señora no recibe". O esta otra: "Déme usted el recado que desee".

En realidad, cualquiera de aquellas tres soluciones hubieran parecido aceptables al visitante.

Alvaro Romeral, arrepentido de su decisión, lo que

deseaba era verse pronto en la calle, respirar el aire a sus anchas, desechar de sí aquella angustia que le causaba una opresión terrible en el pecho, hasta sentir ahogarse.

El criado, después de hacerlo pasar, cerró la puerta.

Alvaro no salía de su asombro.

Las riquezas acumuladas en el recibimiento pasaron inadvertidas. Las consolas de estilo Luis XVI, los jarrones de Sajonia, las arcas con incrustaciones de acero, las arquetas antiguas, los bargueños, el enorme perchero, todo, absolutamente todo, se esfumó y perdió en la nube espesa de su miedo insuperable. No se dió cuenta de nada hasta que oyó la voz del criado, que decía:

— Tenga usted la bondad de pasar; la señora marquesa lo espera.

* * *

El visitante de la señora marquesa era pintor; un artista de mérito indiscutible, postergado por la fatalidad y condenado por ella a la más espantosa miseria.

Carácter hosco, desabrido; conducta ejemplar, susceptibilidad exquisita, todos los requisitos, en fin, indispensables para morirse de hambre, aunque se almacene una cantidad enorme de méritos positivos.

Aquel día tuvo un arranque, y resuelto a todo, a pedir limosna inclusive, decidió visitar y pedir protección a la señora marquesa.

La marquesa tenía fama de pródiga. Protegía a los artistas. En sus salones se agrupaban las mejores obras de los pintores contemporáneos.

* * *

Lo recibió muy afable, en un saloncito encantador.

Alvaro se inclinó respetuosamente, buscando las palabras con que empezar a hablar.

— Señora... yo soy...

Advertida de su cortedad, la marquesa lo atajó:

— Sí, sí; usted es el pintor que me han recomendado tanto; está bien, voy a enseñarle la miniatura que hay que arreglar. Me han dicho que en esta clase de trabajos es usted una eminencia.

Alvaro no pudo contestar; primero, porque su lengua se enredaba y tropezaba, y luego, porque la marquesa había desaparecido en busca de la joya. Comprendió que la marquesa estaba equivocada, y que una confusión le daba motivo para demostrar su arte.

Inmediatamente reflexionó y decidió callarse.

La marquesa volvió a entrar en el saloncito, llevando en la mano un medallón de oro con su retrato en miniatura.

— Como verá usted, está muy estropeado; ha saltado el esmalte en varios sitios, y mi cara parece estar picada de viruelas. Quiero que esas picaduras que me hacen tan fea desaparezcan sin estropear el original. Hubiera preferido hacerme un retrato de tamaño natural, pero el tiempo apremia y ya es imposible. ¿Podrá estar arreglado pasado mañana?

Alvaro no atendía a la marquesa; la observaba detenidamente, extasiado en la contemplación de su belleza.

Cuando la marquesa repitió la pregunta, haciendo un esfuerzo se serenó:

— La señora marquesa será servida.

— ¡Mire usted que tiene que ser pasado mañana mismo!

— Pasado mañana lo tendrá usted en su poder.

— ¿De verdad?

— De verdad.

La marquesa oprimió el botón de un timbre. Se presentó un criado.

— Acompañe usted a este caballero...

Y Alvaro se vió en la calle sin saber lo que le ocurría, con el precioso medallón en las manos.

* * *

El pintor no había retocado nunca una miniatura. Decidió hacer, en lugar del trabajo encargado, un retrato de la marquesa.

Felizmente trabajó durante cuarenta y ocho horas, al cabo de las cuales el lienzo reflejó con parecido indiscutible la hermosa figura y el hermoso rostro de la dama.

Satisfecho de su obra, Alvaro escribió una carta excusándose, pidiendo perdón por su atrevimiento.

La respuesta fué categórica. El marqués enviaba delicadamente a Alvaro, como premio a su trabajo, una cartera de piel de Rusia con unos cuantos billetes de mil pesetas.

Aquel dinero y aquel retrato labraron la fortuna de un artista pobre.

Alvaro Romeral es hoy el pintor favorito de la aristocracia. No cree en los postergados, y a la fatalidad la llama casualidad.

LA CARTA DE AGUSTINILLO

Agustinillo correteaba por las calles de su barrio en la mala compañía de otros niños de su edad. De todos, él era el más liliputiense, el más «micro», el más flacucho y desmayado: el que menos *chichas* tenía.

Esto, físicamente, porque en travesuras, Agustinillo era todo un gigante. ¡Hasta fumaba cigarrillos de cacao!

Era juez en los juegos, mediador en las reyertas y maestro Ciruela en las altas discusiones. Era, además, general en jefe, cuando de formar ejércitos se trataba, el primero en la cola del «paso», novio en las bodas, padrino del muñeco en los bautizos y cabecilla en las pedreas.

Agustinillo era, en fin, el terror del barrio, el imprescindible en todas las travesuras y en todas las zambras.

Faltar Agustinillo a una partida de marro o a un encuentro entre policías y ladrones, significaba lo mismo que ir a la derrota, al desastre.

—¡Si hubiera estado aquí Agustinillo!— decían melancólicamente los pequeños Trepoff cuando les tocaba perder...

Aquella tarde, por cierto muy fría, a pesar de ser

fiesta, y por añadidura vísperas de Reyes, Agustinillo no jugaba tan alegre como en otras ocasiones. Siendo jefe de bandidos se dejó prender de un «chiquilicuatri» por haberse quedado atónito delante del escaparate de un bazar.

Aquella derrota acabó de entristecerle.

— No juego más—dijo.—Estoy cansado.

La noticia consternó al cenáculo infantil. Los más osados se atrevieron a rogar:

— Anda, hombre. ¿Quieres jugar a los Reyes? Tú eres Gaspar, y nosotros íbamos a pedirte cosas. ¿Quieres?

Agustinillo, sentado en la acera, decía que no a todo.

Sus negativas y su melancolía disolvieron el cónclave, que los chicos, como los grandes, huyen de toda tristeza y de todo dolor.

Quedaron con él tres o cuatro «mayores», que le adoraban como a un ídolo y le oían como a un oráculo.

Entonces la iniciativa fué suya:

— Vamos a ver los juguetes— dijo.

Y se dirigió calle abajo a otras más céntricas, donde las tiendas reflejaban sus luces en el empedrado.

¡Cuántas cosas! ¡Si aquello parecía un sueño! ¡Muñecas! Muñecas en profusión, de todos tamaños: grandes, grandes, y pequeñitas, pequeñitas.

— Mira, aquella se parece a la Nati.

— ¿Es tu novia?

— ¡Quiá!— repuso Agustinillo con desprecio.— Regañé con ella un día jugando a los papás y a las mamás. ¡Es muy orgullosa!

El mundo de porcelana y de hoja de lata era muy curioso. Un ferrocarril corría a toda velocidad a estrellarse contra un espejo; un clown hacía sus graciosas piruetas encima de una minúscula rata, y todo un mobiliario de rica seda se sumergía sin hundirse en un

lago cristalino, por donde nadaban sin menear las patas un rebaño de cisnes. Al lado de un mausser moderno, una cimitarra refulgía su brillante acero, y un niño de teta daba el biberón a su nodriza.

Con todo, aquel montón de seres y cosas resultaba muy agradable y «chic» a los ojos de nuestros pequeños protagonistas.

—Yo he pedido a los Reyes un traje de torero y unos cuernos.

Agustinillo rió picarescamente.

—¡Cómo que creerás tú que los Reyes van a traerte lo que pidas...!

—Sí, señor; para eso en cada tienda hay un buzón, para que se les escriba pidiéndoles lo que más te guste.

Agustinillo volvió a sonreir.

—¡Vamos, quita! ¡No seas panoli!

El muchacho protestó:

—Mira si será verdad, que el año pasado... ¿A que no sabes tú lo que pedí el año pasado...?

—¡Qué sé yo!

—Pues tampoco lo sabían los Reyes. Pero como les escribí, me lo llevaron.

—¿Qué pedíste?

—Un gorrión de verdad.

—Pues eso no lo venden en las tiendas.

—No, pero como van en camellos, los cogen de los árboles. Los Reyes son así.

Agustinillo, ante aquel argumento, se quedó pensativo. ¿Sería verdad que los Reyes magos no se habían muerto todavía? Agustinillo recordaba que el abuelo solía decirle:

—Los Reyes magos se morirán cuando yo cierre los ojos. Y el abuelo había muerto. Se lo llevaron en una caja negra, muy maja...

—Oye, ¿entonces para qué entran en las tiendas tantas mamás?

El preguntado se encogió de hombros.

— ¡Shis! ¡Qué cosas pregunta éste!

Noel llenó hasta los bordes el saco de la fantasía infantil. Los pequeñuelos se despidieron, prometiéndose solemnemente enseñarse los juguetes de los Reyes al día siguiente muy temprano. Agustinillo fué el único que no hizo cábalas. Estaba cada vez más triste.

* * *

Llegó a la buhardilla, que estaba muy alta. Los pobres tienen en la tierra este anticipo de cielo. Su madre lloraba en un rincón. El papá, acodado en la camilla, parecía una estatua, y sus hermanillos dormían ya.

De la luz y de la alegría de la calle, pasó a la obscuridad y a la tristeza.

Esperó unos momentos, pensativo.

Su madre, comprendiendo con esa intuición genial de la mujeres lo que quería, le dijo:

— ¡No hay pan, Agustín; acuéstate!

El niño obedeció.

Una lamparilla chirriaba en el extremo de la habitación central, ofuscando de vez en cuando las tinieblas.

Agustinillo, sin llorar, sintió una opresión muy fuerte en el pecho.

— ¡No hay pan!— se decía;— ¡no hay pan!

Se acordó de lo que momentos antes le había dicho su amigo: «Los Reyes llevan lo que se les pide». La duda le retuvo todavía unos momentos. Por fin se decidió. Cogió un papel y se puso a escribir. La noche avanzaba; debía ser ya muy tarde. Por fin, después de mucho trabajo, terminó la carta:

«Quelidos Reyes, no quielo juguetes: yo, quielo pan.

Agustinillo.»

Salió sigilosamente; la lamparilla se apagó.

Al llegar al bazar las piernas le flaqueaban.

Una emoción intensísima se apoderó de él. La cara del buzón, al echar su carta, se sonrió.

Corriendo retornó a la buhardilla. Nunca había tenido tanta esperanza.

Abrió la ventana y colocó encima de las tejas rojas sus dos zapatitos agujereados, rotos. Después, muy cansado, se acostó...

Pasaron sobre la tierra los Reyes magos y repartieron dadivosos sus juguetes.

Ningún año habían sido más pródigos. Gaspar, Melchor y Baltasar agotaron todo, hasta las reservas...

Agustinillo se despertó sobresaltado y corrió a la ventana. Sus zapatitos rotos estaban vacíos. Los rayos del sol hacían brillar como lágrimas las gotas de rocío.

El pobre niño sufrió una decepción; la primera. Los Reyes habían muerto para él. El abuelito tenía razón.

Y sonrió tristemente, pensando en los juguetes del bazar.

EL KAISER A LOS POSTRES DE UN BANQUETE

I

TERMINADA la cena, las descargas de las botellas de champagne llevaron la conversación hacia las rudas y sangrientas luchas de la guerra europea.

En el hotel provinciano donde se celebraba el banquete en honor de un personaje madrileño, todo era quietud.

La clientela, esa clientela tranquila y vulgar de los hoteles provincianos, compuesta de gentes pueblerinas, comerciantes, propietarios comarcanos y corredores de comercio, se había retirado a descansar, y solamente en el cuarto donde se celebraba el ágape quedaba un soplo de vida.

Fuera, en el amplio comedor general, y arriba, en las habitaciones, todo era silencio, obscuridad y calma.

En un rincón del pasillo, y velando por sus intereses, dormitaba la dueña del hotel.

La dueña del hotel, como casi todas las dueñas de los hoteles provincianos, era viuda. Sin duda es un duro y cruel oficio el de hostelero, ya que casi todos ellos entregan su alma a Dios prematuramente.

La viuda, dormitando y envuelta en sus negras to-

cas, parecía un pájaro de mal agüero, caído, derribado, roto por un balazo en medio del corazón.

Detrás de la viuda durmiente se destacaba la blanca silueta del cocinero, espiando el efecto que sus drogas culinarias habían producido en los comensales. Y allá en el fondo del estrecho pasillo, y como si cabalgasen encima del aire, relucían las dos esmeraldas de los ojos de un felino...

Los comensales eran los de siempre, los eternos comensales de provincias que en aquel y en otros actos parecidos se nos antojan petrificados en sus puestos. Eran el alcalde, el jefe del partido, los dos concejales de turno, los diputados provinciales (éstos muy alhajados), el señor senador, los veteranos de la agrupación política y el periodista local. En la cabecera de la mesa, y cabeceando un sueño de dos noches a consecuencia del viaje, el festejado, con cara de mártir, aburrido, pero con toda resignación.

No hubo discursos, por seguir la moda que así estatuye esta otra, y las descargas de las botellas de champagne llevaron la conversación hacia las rudas y sangrientas luchas de la guerra europea.

II

Mientras se vaciaban las primeras botellas, los comensales se dolieron muy compasivamente de la sangre vertida. ¡Aquello era un dolor!

— Un desaguisado inhumano— sentenció el alcalde.

— Un caso que ponía, y una vez más, de manifiesto hasta dónde es capaz de llegar la innata ferocidad de los hombres—agregó el senador.

— Estamos en plena barbarie y en pleno saqueo—

añadió uno de los diputados y corroboraron estas palabras sus colegas.

— Sí, en realidad—pensó en voz alta uno de los concejales—, lo que sucede no tiene precedentes.

— La lucha actual—dijo por último con aires de suficiencia el periodista—se lleva a cabo con la ferocidad salvaje que ponían las antiguas mesnadas en la conquista de los más ricos botines. Hay una diferiencia: que aquella ferocidad está ayudada por todos los adelantos de la ciencia moderna. Es una visión ancestral alumbrada por los potentes arcos voltaicos de la civilización y del progreso...

En este punto luminoso saltaron los corchos de la segunda tanda de botellas, y mientras se apuraba la ronda, del dolor humano se pasó al dolor artístico.

El periodista local relató las heridas hechas a lo bello.

— La catedral de Rheims, destrozada, mutilada, su fachada es uno de los más maravillosos tipos de la arquitectura de la Edad Media...

— ¿Ha dicho media?— preguntó uno de los veteranos políticos, un tanto sordo, a su compañero de mesa.

— Media, sí; edad.

— Media edad.

— No, señor; Edad Media.

— ... La estatua de Nuestra Señora de Albert, derribada. ¿Y en Ipres? ¡Uno de los monumentos más importantes del mundo hecho cenizas!... ¿Y en Lovaina? ¡La iglesia y la Universidad convertidas en pavesas! ¿Y en Malinas? ¡La iglesia metropolitana, otra maravilla del arte, rota, deshecha, desaparecida!... Y, en fin, Yermente, Visé, Dixmude, Nieuport, Ipres, Amberes, Peroyse, Brujas, Lieja, Ramscapella, Monlaud, Duffel, Contich, Dinant... ¡Todo un mundo de arte, todo un sueño magnífico de piedra y mármol, derribado, truncado, convertido en ruinas, como si las plantas de los

soldados del kaiser quisieran borrar las huellas de la verdadera, de la única grandeza histórica de los pueblos: la de su arte!...

La tercera y última tanda de botellas puso sobre la mesa la figura del emperador germano

El periodista se encaró, decidido, resuelto, con el festejado. El champagne iluminó la inteligencia del representante de la Prensa local.

Todos los comensales estaban pendientes de las palabras del orador.

— Pero todo eso, con ser tan horrible, no me asombra ni me indigna tanto como la sangre fría, el «tupé» de Guillermo II. ¿No les asusta a ustedes la impasibilidad de ese hombre, el desprecio que demuestra hacia la vida de sus soldados y a la de los ajenos, su continente altivo, como si el peso de tan monstruosa responsabilidad no recayera sobre su frente y sobre sus hombros?... Póngase cualquiera de ustedes en su lugar, en su sitio, y midan por sus sentimientos y por sus temperamentos el estado de ánimo, la depresión horrible que sobre sus conciencias y sobre sus almas gravitaría en semejante caso, y díganme con sinceridad si sufrirían sin desfallecer la horrible, la abracadabrante prueba... Sí, dentro de la monstruosidad de esta guerra, lo más monstruoso para mí es la actitud de ese hombre, destinado a sobrellevar solo, sin compartir con nadie, el remordimiento, las vacilaciones, las tempestades morales de la lucha sangrienta, donde se juega el porvenir y la felicidad de todo un pueblo... Ni aun pensando en una hipertrofia total y absoluta de la sensibilidad, me explico que no haya estallado de dolor, bajo la férrea coraza del guerrero, el corazón del hombre... Si las heridas vistas en un sér cualquiera, desligado de nuestro afecto, causan tanta o más impresión que las propias heridas, ¿cómo ese hombre puede saber que la mitad de su pueblo está convertido en una

inmensa llaga sangrienta, sin pestañear, sin exhalar una queja ni derramar una sola lágrima?... Yo he pensado muchas noches en las noches del emperador y he sentido miedo. ¿Qué sueños serán los suyos, qué pensamientos llenarán su frente cuando el manto de la noche cubra de negruras la tierra que pisa y a su alrededor se haga el silencio?... Esto es más que una tempestad bajo un cráneo; esto es, sencillamente, un temporal deshecho, todas las furias de la Naturaleza desencadenadas y rugientes. ¿Y ese hombre no se ha vuelto loco? ¿Es posible soportar las presiones de tantos y tantos sentimientos, de tantos y tantos dolores, de tantas y tantas angustias, de tantos y tan encontrados intereses, sin inclinar la cabeza sobre el pecho abrumado, fatigado, confundido, traspasado por la duda y empujado por el miedo?...

A pesar de la pesadez de la digestión, el auditorio experimentó una gran sacudida.

La dueña del hotel despertó sobresaltada; el cocinero corrió hacia el fogón, no sin antes pisar al gato, que soltó un maullido estridente. En el gran reloj de pared del comedor general sonaron las doce, y en el portalón retumbó el golpe rudo de un aldabonazo.

III

—¿Entonces usted cree —preguntó uno de los comensales— que Guillermo II es un ser excepcional?

— Yo creo que para soportar tan pesada carga, para aguantar una tensión espiritual tan intensa sin rendirse, es menester sufrir una grave lesión cerebral.

El festejado, libre de la mirada del orador, aprovechó el momento para levantarse.

El señor senador, sentado a su derecha, como co-

rrespondía a su alta jerarquía, lo imitó, y sonriente, para borrar con sus palabras el efecto producido por la triste y trágica visión, preguntó al personaje:

— ¿Qué le parece a usted la teoría?

Y el festejado, sonriente también, repuso:

— Me parece un poco fuerte y un poco irrespetuosa para aceptarla después de tan apacible velada y a los postres de un banquete...

EL CABALLERO DE LA MADRUGADA

Todos los amaneceres, invariablemente, al salir de la redacción de «La Mañana», me encontraba en la calle del Barquillo con un caballero de porte magnífico, elegante y altivo, casi casi majestuoso. Con paso firme, el talle recto y la cabeza muy erguida, cruzaba a mi lado y se perdía en la lontananza de la calle.

Desde el primer encuentro la figura de aquel hombre me interesó vivamente, y en mi imaginación compuse tres o cuatro novelas fantásticas, de las cuales él era el protagonista.

Desde luego, aquel gran señor se retiraba a su palacio, después de haber pasado la noche en un Círculo aristocrático y de haber asistido a todas las diversiones mundanas.

Sin miedo a error ninguno, aquel caballero era un aristócrata de rancio abolengo, tal vez algún descendiente de una familia Real, un privilegiado de la Fortuna, sin más preocupación que la de gozar amplia y libremente de sus rentas y de la vida...

Tiritando de frío bajo mi raída capa, agobiado por el embrutecedor trabajo de la redacción, yo envidiaba a aquel altivo señor que se cruzaba conmigo, haciéndome pensar en las irritantes desigualdades sociales.

— Viene de gozar y va a descansar —me decía—; en cambio, yo vengo de sufrir y voy a helarme a mi humilde camaranchón.

En mis días negros, trágicos, desesperantes, al cruzarme con aquel señor, llegué hasta la blasfemia. ¡Qué erguido, qué majestuoso! ¡Cómo se conoce que sobre él no pesan ni las agobiadoras fatigas del trabajo ni las amargas preocupaciones de la miseria!

Una madrugada, en contra de mi costumbre, salí acompañado de la redacción por un grupo de periodistas. En la calle del Barquillo nos cruzamos con el que yo ya había bautizado, poniéndole por nombre «El caballero de la madrugada», y mi estupefacción fué grande cuando vi que mis compañeros, al tiempo de saludarle, le cedían respetuosamente la acera. Pero mi estupefacción fué mayor, cuando a mis preguntas respondieron mis camaradas:

— ¡Ah! ¿Pero usted no conoce a ese señor? Pues ese señor es D. Alfredo Vicenti, director de «El Liberal».

En efecto; el caballero de la madrugada era D. Alfredo Vicenti, el maestro de periodistas, el poeta exquisito, aureolado por la fama y respetado por su honradez y por su caballerosidad intachable.

D. Alfredo se cruzaba conmigo después de haber trabajado durante toda la noche en la redacción de «El Liberal», después de haber trasladado a las blancas cuartillas una de aquellas prosas brillantes en las cuales no se sabía qué admirar más, si su construcción perfecta o la profundidad y certeza de sus pensamientos y de sus ideas.

Pero el infatigable trabajador, uno de los pocos caracteres de la España decadente, daba muestras de su temple pasando ante mí, recto, estirado, muy pulcro, con su altiva cabeza erguida, pisando varonilmente, dejando a su paso una sensación de fuerza moral y física confortadora.

Mi admiración por D. Alfredo, que ya era muy grande, creció más. Y una madrugada, al cruzarme con él, le cedí respetuosamente la acera y destoqué en su honor mi cabeza.

El caballero de la madrugada, sin conocerme, me devolvió el saludo.

Pasado algún tiempo, alguien me preguntó quién era aquel señor, y yo respondí sin titubear:

— Un gran caballero, un gran aristócrata.

Y eso era y eso fué el maestro D. Alfredo Vicenti: un gran señor, un gran caballero de raza, que poseía un enorme patrimonio ideal, allá en las lejanas y bellas regiones del espíritu...

UN VIAJERO EXTRAÑO

La civilización y el progreso, aunque otra cosa parezca, no han hecho más que regular la vorágine de la vida. Desde que el ferrocarril y el buque de vapor determinaron, encerrando en el cuadro de un horario o en las hojas de un almanaque, el tiempo justo de una expedición, han disminuído considerablemente los encantos y las sensaciones del viajero. La seguridad ha espoleado a los hombres, y hoy los menos arriesgados, los espíritus más cobardes y menos curiosos, van de un lado para otro en atisbos del mundo.

Justo es consignar que estas facilidades hacen un gran bien material que son motivo de riqueza, que tal vez sirvan de lazo de unión, de intercambio de ideas y de sentimientos. Es decir, que en este orden, todas las facilidades existentes merced al progreso son dignas de aplauso y de alabanza.

¿Pero podemos decir lo mismo en el orden espiritual?

Confesemos que es un poco molesto encontrarse en un vagón de ferrocarril con la cara y las maneras de un burgués, de un comerciante, de un títere cualquiera. ¡Adiós poesía del viaje y adiós para siempre el encanto de lo imprevisto y de lo desconocido!...

Antaño el hombre que se exponía a los azares de un

viaje era un ser superior: por lo menos, un temperamento.

Hoy viajamos todos.

¡Y cómo viajamos!

Desde el comerciente que duerme a pierna suelta, haciendo alarde de su costumbre de viajar, hasta el escritor y el artista que se mueven con la premeditación y la alevosía de visitar los Museos y las Bibliotecas extranjeros, subvencionados por el Gobierno, hay toda una galería de hombres rutinarios, incapaces de exponerse por curiosidad o a impulsos de su temperamento a un choque con lo imprevisto.

Y eso no es viajar.

Viajar sin aventurar nada, con la garantía de no sufrir retraso ni deterioro físico, sabiendo con antelación el nombre del hotel, su precio y su «confort», las horas que se han de emplear en la comisión del encargo ó del negocio, y hasta las gentes que vamos a visitar, es sencillamente mover el cuerpo de un lado a otro, dejando en paz y en gracia de Dios el espíritu.

Confieso que me indigna oir hablar de París y de Londres a tanta gente. Me indigna porque no puedo negar la veracidad del hecho. Indudablemente han estado en las populosas ciudades: lo atestiguan las etiquetas de sus baules y de sus maletas.

Correr mundo era una cosa noble. Había impulso, fuerza, ansia de nuevos paisajes y horizontes. Había, sobre todo, un sentimiento gallardo, un sello de estirpe.

El español aventurero recorría tierras extrañas y lejanas llevando por todo tesoro su corazón. Corazón de león, donde se reflejaba la potencia y el poderío de una raza admirable. ¡Historia de nuestros conquistadores, de nuestros bravos, de nuestros héroes!

Hoy...

Yo he conocido al último descendiente de la España grande.

Fué en medio de todas las rutinas del progreso: en una ancha y populosa calle de la corte, a la hora del crepúsculo, cuando se aduermen y aflojan los resortes de la vida y el cansancio rinde nuestra voluntad.

Nos encontramos casualmente.

Nos saludamos.

Saludé yo con la pereza del hombre aburrido y con la frase española y poco cortés de: —Hola, ¿adónde vas?

Y él, el maravilloso descendiente de aquellos bravos, contestó con sencillez, tendiéndome su mano:

— A Paris.

Y dijo aquello como yo hubiese podido decir:—A mi casa.

— ¡A París a estas horas! ¿En qué tren?...

Sonrió y repuso.

— En ningún tren.. Voy a París a pie; es decir, iré unas veces a pie y otras andando...

Terció su sombrero flexible de anchas alas, requirió un gran garrote que traía al brazo y siguió su interrumpido paseo a París.

Yo le ví alejarse con asombro y con envidia. Se perdió entre la muchedumbre que a aquella hora iba a cenar...

LA SERENIDAD DE UN BANQUERO

Dicen que el multimillonario yanqui, mister Castell-Foix (no sé si es cuento, a mí me lo contaron, y yo, lector amable, te lo cuento), debía la consolidación de su fortuna a un rasgo inconcebible de sangre fría.

Mister Castell-Foix, entre sus muchas y variadas habilidades, tenía la de afeitarse admirablemente. Tan a la perfección ejercía de barbero de sí mismo, que su rostro, completamente rasurado, terso como un cristal, más que producto de la siega con un acero, parecía limpio por un depilatorio. Ni sombra de vello se podía ver en aquella cara blanca, ligeramente sonrosada en los pómulos, como buen bebedor que era el mister a la cerveza y al «whisky and-soda».

El multimillonario yanqui de nuestra historia vivía solo como un hongo. Habitaba en el último piso de la casa donde estaban instaladas las oficinas de su Banco, un cuarto de grandes dimensiones, donde tenía su cama, su mesa de despacho, un baño y varios útiles para hacer gimnasia.

La primera cosa que hacía todas las mañanas mister Castell era afeitarse. En esta difícil operación ponía sus cuatro sentidos. Su estuche de navajas era sencillamente colosal. Entre ellas poseía un «berduguillo»

con el puño de marfil, cuajado de piedras preciosas: rubíes, granates, zafiros, turquesas y, sobre todo, de perlas: perlas rosas, albas, doradas, perlas de los más peregrinos colores, suficientes para encantar a veinte princesas caprichosas, y para poner en delirio a la musa heráldica y enigmática de Roberto Montesquieu.

El mister usaba tan singular herramienta para la última «pasada».

Castell-Foix era muy ambicioso. Sus jugadas de Bolsa habían sido muy comentadas y sentidas en el mundo de los negocios.

En una ocasión arriesgó todo el capital del Banco en una jugada, a consecuencia de la cual se resintió su crédito, y una mañana se vió amenazado por sus clientes, que iban en peregrinación a retirar sus fondos.

Mister Castell-Foix no se inmutó. Recibió la noticia sin hacer un gesto, sin pestañear. Ordenó a su secretario que hiciera pasar a una Comisión a su fantástico cuarto.

En presencia de sus clientes, mister Castell, con admirable sangre fría, después de pedir mil excusas, comenzó a afeitarse. La navaja se deslizaba, se deslizaba por su piel con una seguridad pasmosa. Ni una sola alteración de pulso; ninguna vibración nerviosa interrumpió su tarea.

Los comisionados se miraban atónitos.

—Es imposible —decían— que este hombre nos haya arruinado.

Su «posse» fué perfecta; su acierto, absoluto.

Al terminar de afeitarse, hizo con unas pesas enormes unos cuantos movimientos gimnásticos. Después se bañó.

Inmediatamente, cogiendo una preciosa pistola de combate, que conturbó el ánimo de los comisionados, rogando a uno de ellos que diera las voces de mando,

hizo sobre un blanco inverosímil tres certeros disparos.

Cuando mister Castell-Foix estuvo en disposición de hablar, sus visitantes se deshicieron en excusas.

Nadie quiso retirar sus fondos...

Sin la serenidad de mister Castell-Foix, su ruina hubiera sido segura. Lo salvó su sangre fría, porque por la tarde de aquel día famoso para la leyenda británica, la jugada de Bolsa del impasible banquero tocó a su fin, y reingresó en su caja duplicado el capital del Banco.

LOS DOS ESFUERZOS

I

León de la Calle y José Modesto se conocieron en la Universidad madrileña dos años antes de terminar sus carreras.

Fué un día de revuelta estudiantil.

La excitación de los ánimos juveniles caldeaba la galería central, por donde bullían en grupos compactos, murmuradores y amenazantes, los revoltosos, preparando una contraprotesta por las arbitrarias y contundentes medidas de la víspera, que había sido un día movido.

José Modesto, apoyado en la antigua balaustrada pintada de orín, que daba al patio, ajeno a aquel ajetreo de vivac, leía con fervor las páginas amarillentas de un pequeño libro, por su pequeñez exterior indigno de figurar en la galería de los de texto.

De pronto, una voz robusta, abaritonada, de timbre simpático, sobresaliendo imperiosa del coro general, llegó hasta José Modesto que, inmediatamente y como si hubiera estado aguardándola, dejó la lectura, disponiéndose a observar los movimientos de León de la

Calle, ya rodeado de un compacto grupo de estudiantes.

José y León se conocían de vista; pero no se trataban.

José, de carácter serio y concentrado, huía del torbellino y del bullicio estudiantil. Llegaba a clase todos los días a la hora en punto para evitar la espera ociosa, y en cuanto terminaba aquélla salía de la Universidad sin detenerse un solo minuto, procurando no hacerse notar, esforzándose en pasar inadvertido de todos.

León, en cambio, cuando iba a clase llegaba a la Universidad una hora antes y salía de ella cuando se aburría, después de haber desesperado a los bedeles del Claustro, de haber sembrado el terror entre las modistillas de la calle de San Bernardo y de haber regocijado a sus compañeros, sobre los cuales ejercía un gran ascendiente.

La popularidad de León sólo podía compararse con la impopularidad de José. Este no tenía ningún amigo; León contaba con la amistad de todos sus compañeros, excepto con la de José, que sin tratarlo lo admiraba y hasta sentía por él una intensa simpatía. Simpatía que era correspondida por León, que experimentaba un vivo deseo por atraerse a aquel muchacho, tan brusco, tan taciturno y misterioso, a pesar de su actitud, de todos respetado.

José aquel día había adelantado su llegada a la Universidad para saber si, al fin, habría o no habría clase. Después de enterarse de que los catedráticos estaban celebrando una reunión para dar una respuesta a las peticiones de los estudiantes, decidió esperar su resultado. Por la Prensa sabía que el día anterior la fuerza pública había apaleado a sus compañeros y que éstos respondieron a la agresión, apedreándola e hiriendo a unos cuantos guardias.

José, bien informado de todo con gran ecuanimidad

e imparcialidad, falló "in menti" el pleito con toda justicia.

La llegada de León de la Calle fué acogida por unos con entusiasmo y por otros con endebles muestras de hostilidad. Las opiniones estaban divididas. Los más radicales y revoltosos aprobaban aquella revuelta en todas sus partes; una minoría la desaprobaba por completo, y otros, no estando conformes con la protesta inicial, se mostraban, en cambio, indignados con los procedimientos de fuerza empleados la víspera por sus profesores y los encargados de velar por el orden.

León de la Calle, alma del movimiento, que él había preparado y dirigido para vencer, por medio del terror, la mala voluntad de sus profesores y aprobar por ese medio el curso, se encontró desorientado en medio de sus compañeros, cada uno de los cuales gritaba un parecer o emitía una opinión, pretendiendo que se realizara.

León comprendió que era preciso unir todas las voluntades y llegar a un acuerdo antes de que los catedráticos resolvieran encauzar de nuevo la protesta, si no quería verse derrotado por sus mismos amigos. Y con un grupo de incondicionales, teatralmente, calculando el efecto que su decisión causaría, se dirigió en busca de José, que seguía observando los movimientos y actitudes de aquel muchacho que tanto y tanto le interesaba.

Hubo un instante de extraordinaria expectación. Por el patio y las galerías corrió la noticia de aquel gesto de León de la Calle, y los estudiantes esperaron impacientes el resultado de aquella entrevista, seguros de que la opinión de José Modesto, por su seriedad y por sus prestigios, sería digna de tenerse en cuenta.

León de la Calle, como si hubiera tratado toda la vida a José, le tendió la mano y le rogó, después de

hacer de él un elogio caluroso, que emitiéra su pensamiento.

José, en voz muy baja, con una gran sencillez, dijo lo que pensaba:

—Los estudiantes no tenían razón; no había por qué adelantar los exámenes. Aquella petición era injusta. En cambio, era preciso rechazar enérgicamente la conducta seguida por las autoridades el día anterior y pedir de ellas una explicación concreta y categórica.

León oyó el dictamen, volvió a estrechar la mano de José, y obligando a sus compañeros a formar un corro a su alrededor, se asomó a la balaustrada del patio, reclamando silencio para hablar.

El discurso, basado en la ecuánime y justa opinión de José, produjo en el auditorio un efecto mágico. Una nutrida salva de aplausos premió el brillante exordio, en el que, después de hacer historia del movimiento estudiantil con suma habilidad, se relegaba a segundo término la causa inicial del hecho para fijarse en los acontecimientos de la víspera.

A partir de allí, las ovaciones se sucedieron. Y cuando León terminó su discurso, un alarido inmenso, un grito unánime aprobó las conclusiones y premió la osadía y la brillantez oratoria de León.

Momentos después la Universidad era teatro de una cruenta lucha, de la que resultaron dos estudiantes muertos y varios heridos.

Por la tarde se verificó una imponente manifestación.

La Prensa elogió la cordura y la sensatez del estudiante León de la Calle, que, haciéndose cargo de las circunstancias, había transigido con todo menos con el atropello incalificable de que habían sido objeto sus compañeros, pidiendo una explicación, que debía haberse dado en el acto para evitar los luctuosos sucesos...

León de la Calle fué durante mucho tiempo un ídolo popular.

Lo querían y lo admiraban sus condiscípulos y lo temían sus maestros.

Al final del curso, y después de verificarse los exámenes, León de la Calle y José Modesto se encontraron a la salida de la Universidad.

León estrechó la mano de su amigo José y le preguntó:

— ¿Qué tal esos exámenes?

— He conseguido aprobarlas todas, nada más. ¿Y usted?

Y León de la Calle, con orgullo, repuso:

— A mí me han dado nota. Sobresaliente en todas, nada más.

II

Terminada su carrera, León de la Calle abrió bufete é ingresó en un partido político de los de turno.

José Modesto siguió estudiando. Lo estudiaba todo. Trabajaba en silencio, poseído de una intensa fiebre de saber.

De cuando en cuando, León iba a visitar a José a su modesto hogar, sostenido con la mísera pensión de su madre y los pequeños ingresos que el infatigable estudiante se proporcionaba con pleitos de menor cuantía.

León de la Calle, compadecido de su situación, le ayudaba, encargándole el estudio y la resolución de algunos asuntos.

Un día, ese día fijo que llega siempre en la vida de los hombres, León de la Calle fué nombrado abogado

de una causa célebre. José Modesto estudió el famoso pleito y redactó la defensa.

León de la Calle obtuvo con ella un éxito ruidoso.

A los pocos meses, su partido le dió un acta.

Su «debut» en el Congreso constituyó un nuevo triunfo.

José Modesto seguía trabajando y estudiando. En silencio, y con la ayuda material de León, publicó un libro lleno de saber y, al decir de un grupo de intelectuales, de un valor inapreciable.

En torno de José se agruparon unos cuantos jóvenes, dándole el nombre de maestro. Al poco tiempo, el libro de José Modesto se tradujo en todos los idiomas del mundo. En Francia tuvo un éxito ruidoso, y una Comisión de literatos y de filósofos invitaron a José Modesto para explicar un curso en la Sorbona.

José aprovechó la invitación para estudiar. Recorrió primero Francia, y después, como un peregrino de la ciencia, el mundo entero.

Cuando regresó a España, su madre había muerto y León de la Calle era ministro.

A pesar de su laboriosidad incesante y de las obras que escribía, la vida de José era cada vez más angustiosa. No obstante, siguió estudiando.

Y un día, cuando José y León remontaban ya el segundo curso de la vida, José Modesto murió de repente de un colapso al corazón. La muerte le sorprendió en la mesa de trabajo, con la pluma en la mano. Las últimas palabras que escribió fueron éstas:

«En mi patria sobran hombres de movimiento, hombres de alta tensión, y faltan hombres reposados de tensión media y continua.

Hay un esfuerzo ficticio, engañoso, un esfuerzo de simulación: hay un esfuerzo concentrado, hay un esfuerzo puro...»

Y no escribió más. La muerte dejó incompleta la

obra de aquel esfuerzo puro, constante, silencioso y concentrado.

III

Cuando León de la Calle salió aquel día del Parlamento, donde una vez más había triunfado, y se enteró de la noticia, exclamó en voz alta, para que lo oyeran los que lo rodeaban llenos de admiración:

—Lo siento mucho. Es una verdadera lástima. Pensaba haberlo hecho diputado en las próximas elecciones. Porque esto se va; este Ministerio está herido de muerte. Con mi discurso de hoy le acabo de dar la puntilla. ¿No creen ustedes que lo he dejado para el arrastre?...

LO TRÁGICO

El ansia ancestral de luchas y aventuras de D. Anselmo Hermida Gutiérrez, oriundo de Galicia, se estrelló ante la anaquelería comercial, allá en la Habana, donde arribó en su infancia. Su último gesto de conquistador fué saltarse a la torera, y con una sola mano, el mostrador donde los marchantes derramaban a montones el oro, y tras el cual fué dejando el marusiño romántico sus energías y sus sueños de gloria y nombradía. A pesar de los trajines comerciales y del corto espacio que a sus imaginaciones exaltadas dejaba el hueco del mostrador y el anaquel, D. Anselmo Hermida no aventó del todo las cenizas de su amor por lo extraordinario, alimentando su fuego interno, los días dedicados al descanso, con sendas lecturas de historias y leyendas españolas. Y cuando regresó a España multimillonario, todavía brillaban en sus ojos unas chispas luminosas orladas de rojo, y en su pecho varonil, fuerte y amplio, ceñido, si no por fiera coraza guerrera, por la pechera de una camisa de fino hilo, admirablemente planchada (de gran señor), alentaba también el brío juvenil de sus ahogados romanticismos.

Pero D. Anselmo estaba convencido de que su vida,

su sino, no iba por aquellos derroteros, y además de que a su edad no sentaban bien ya las aposturas marciales, las bravezas con que su fantasía soñara.

Limitóse a gustar las mieles del amor ardiente y lánguido de su amada esposa, una criolla espléndida tallada en bronce, y a la adoración de su única hija, delicada criatura en la que, además de su pasión paterna, había puesto sus esperanzas de abuelo. Porque D. Anselmo suspiraba por la aparición de un varón que pudiera recoger, para alentarlo y hacerlo llamas, aquel fuego intenso de sus soñaciones.

— ¡Ah! —decía acariciando las finas hebras de hilo de la negra cabellera de su hija— si hubiera sido varón, ¡quién sabe!...

Mas detrás de aquel suspiro replicábase:

— Nada, nada de tonterías, Anselmillo, nada de quimeras; a vivir en paz y en sosiego, ya que para esto naciste; a disfrutar sin penas y sin quebrantamientos lo que honrada y ¡ay! tranquila y sosegadamente, sin luchas y sin emociones, ganaste.

Sólo quedó de aquella ansia ancestral, de aquel intenso impulso hacia lo extraordinario, una afición puramente expectativa a lo trágico.

D. Anselmo, ya que no había podido vivir sus delirios, quería verlos representados por otros para poderlos sentir, para poder llegar al goce de las emociones intensas.

Para satisfacer su capricho, hubiera sido capaz de pagar a peso de oro el simulacro de una gran batalla, la lucha sangrienta y feroz cuerpo a cuerpo de dos terribles e irreconciliables rivales, un acto heroico, un crímen espeluznante y cruel... Cualquier cosa, con tal de conseguir, ya que no el intenso aroma de lo trágico, sus esencias diluídas y en segunda o en tercera persona. Y D. Anselmo se hizo aficionado, más que aficionado, un grande, un inmenso apasionado de la fies-

ta nacional española. Las corridas de toros lo atraían como un abismo; la exposición de los toreros ante la fiera astada hacía latir su corazón fuertemente, lo emocionaban hasta la congestión. Sentado detrás de su barrera, D. Anselmo con sus gritos y denuestos espoleaba la temeridad de los diestros cobardes.

—¡Al toro, al toro! ¡Más cerca! ¡Aquí no venimos a presenciar bailes ni pantomimas! ¡Hay que acercarse y exponer la piel!

Don Anselmo, llevado de sus ansias de emociones intensas, llegó hasta la exageración y no se conformaba con presenciar las corridas de cartel, sino que espiaba los primeros y trágicos ensayos taurinos de los novilleros, esos simulacros crueles del toreo en los que la ignorancia hace brotar, como en los trigales en la primavera, las rojas y sangrientas amapolas.

Con los ojos fuera de sus órbitas y el corazón palpitante, seguía sin perder detalle las suertes de la lidia, vibrando de emoción cuando advertía que la falta de recursos del diestro y su sobrada temeridad, arrojaban una gran cifra de probabilidades para que sobreviniera la espantosa catástrofe, el acto trágico que lo emocionaría, que haría latir todas sus fibras en un supremo espasmo.

Malhumorado ante el fracaso de sus ilusiones, cuando D. Anselmo regresaba a su casa sin haber conseguido saciar sus ansias de emociones, se daba por vía de carrera de consolación a la lectura de las trágicas catástrofes taurinas. La muerte del *Espartero* y otras muertes parecidas se le antojaban el único fin honroso de la torería andante.

—Estos toreros de hoy—decía con desprecio,—no tienen corazon, han degenerado.

Y añadía:

—Por supuesto, todo ha degenerado; de la España heroica a esta España de hoy existe un abismo: todos

los hombres, hasta los profesionales del valor, mueren tranquila y santamente en la cama. A pesar de esto, D. Anselmo, obsesionado por su delirio trágico, volvía a la Plaza en busca de la catástrofe emocionante y violenta.

La tranquilidad de su hogar, su misma felicidad y bienestar, lo empujaban más y más a romper la monotonía de su vida, a buscar con verdadero ahinco el suceso sangriento y cruel que hiciera precipitar con violencia la sangre en su corazón, un estremecimiento, una convulsión de los nervios para que vibrase todo su ser.

Y por fin una tarde de sol brillante, luminosa como un ascua encendida en la obscuridad, una tarde en que se fundió espiritual y materialmente en el aire todo el oro de la luz latina, D. Anselmo pudo lograr su extraño y morboso capricho.

Al llegar la hora de dirigirse a la Plaza, D. Anselmo se despidió cariñosamente de su esposa y paternalmente de su hija. Ambas, radiantes de hermosura, felices y contentas, desde el balcón del palacio le dieron su adiós. D. Anselmo, desde el lujoso coche, agitó el pañuelo, un pañuelo rojo con el que se adornaba para asistir al espectáculo nacional. La contemplación del color del pañuelo era como un emblema, como un anticipo de aquella sangre que al brotar de la herida debía hacerlo feliz.

Al arrancar los briosos caballos, D. Anselmo experimentó un sobresalto intenso, un calofrío punzante. Indudablemente —pensó— esto es la corazonada, esta tarde va a ocurrir algo digno de verse y de sentirse.

Impaciente, nervioso, vibrando de emoción, se sentó en su barrera y aguardó la salida del primer toro.

La lidia se desarrolló normalmente. Ni un trance apurado siquiera. Los toreros defendieron su piel, burlando al noble animal, que fué a la muerte ciego de co-

raje, con la bravura fiera e indomable de la inconsciencia y de la ignorancia.

Y así, en medio del desencanto y del aburrimiento, transcurrió la corrida. ¡Un nuevo pesar, una nueva traición para los que ansiaban emociones trágicas!

El regreso fué triste. D. Anselmo, no obstante, no se indignó como de costumbre. Pesaba sobre su corazón una opresión extraña. Sin saber por qué se había apoderado de él una gran tristeza. Apenas prestó atención al animado y brillante desfile, y contrariando su costumbre, en lugar de ir a la cervecería a refrescar, dió orden al cochero de que lo llevase a su palacio.

Don Anselmo, sin esperar que el lacayo abriese la portezuela, descendió del coche, atravesó el amplio vestíbulo y subió, sin encontrar a nadie, las amplias y señoriales escaleras.

Apresuradamente, D. Anselmo se dirigió a sus habitaciones y abrió la puerta con violencia, quedándose en el dintel como petrificado.

Alrededor de la cama su esposa y toda la servidumbre lloraban ante el cadáver de su hija. Un rayo de sol fuerte y luminoso hacía más intensa la negrura de la cabellera de la infeliz criatura y la palidez de su rostro.

Don Anselmo sufrió una emoción intensísima, punzante, cruel. Y como un sonámbulo bajo un estremecimiento convulsivo, se acercó al lecho, besó a su hija y enjugó sus lágrimas en el pañuelo rojo, en aquel pañuelo para él como un emblema, como un anticipo de la sangre que al brotar de la herida debía hacerlo feliz.

Y D. Anselmo, desde aquel día, comprendió la verdadera, la intensa, la amarguísima tragedia de la vida, que nos envuelve, que nos espía a todos y a todos nos hace víctimas de sus macabros y siniestros misterios, cuando más alejada de nosotros la creemos.

Semidioses y fracasados

En las bellas páginas de «Iluminaciones en la sombra» del admirable iluminado Alejandro Sawa, se perciben, al lado de las espléndidas galas de su espíritu, en un «ritornello» doblemente trágico, porque está velado por el pudor de un orgullo justo y consciente, las úlceras terribles que producen al penetrar en las carnes los hierros al rojo vivo de la miseria.

En la obra póstuma de Sawa, fruto maduro e inconfundible, cosechado en el campo único de los semidioses, se refleja la inquietud punzante y martirizadora de la desgracia y de la pobreza, en pugna siempre con la felicidad y la riqueza espirituales.

De todas las luchas ésta es una de las más cruentas, y los desgraciados semidioses que, según expresión de Mendés, están demasiado lejos de nosotros para que los amemos como a hermanos, y demasiado cerca para que los adoremos como a maestros, pasan por el mundo nostálgicos y tristes, asaeteados siempre, cuando no por las ansias de perfección en su arte, por los deseos de normalizar sus vidas dentro de los cánones amables.

Suprimid el valor del talento, que purifica y fortalece

sin amenguar la fiebre de ideal, e imaginaros los desgarramientos que sufrirán los hombres en ese pugilato bárbaro, obstinándose en realizar una ascensión sin alas.

En ella empieza por romperse una de las leyes fundamentales de la mecánica de vivir, y los consagrados a ese ministerio a sabiendas, dejan de buscar la satisfacción de sus deseos con el menor esfuerzo.

Cuando llega la realidad y el convencimiento del fracaso se patentiza, se humaniza, ya es tarde para la rectificación. Los días han hecho su camino y el arado del tiempo ha abierto surcos muy profundos en el corazón.

No se puede retroceder ya, y esa tiranía fatal de andar un largo camino en el que se sabe imposible un fin y un descanso, acaba de vencer la voluntad y de agotar las energías.

Entonces, del caído todos hacemos mofa. Para unos era un fatuo repleto de pretensiones; para otros, un infeliz, un pobre hombre sin inteligencia; para la mayoría, esa mayoría de los fallos inapelables—¿por qué habrá cosa más inapelable que la injusticia?—, un equivocado.

El último responso es un suspiro de satisfacción de los compañeros. ¡Uno menos en la competencia! ¡Y con cuanta fruición sorben para adentro los queridos compañeros!...

Los tesoros de idealidad, los esfuerzos realizados, hasta los aciertos indiscutibles, no son nada. No son nada tampoco los sacrificios; no son nada las santas emulaciones.

Y, sin embargo, lo mismo en las vidas de los semidioses, en las vidas de los semigenios, como señala Ruben, sin voz para repetir, como en la página de Hugo, a las puertas de lo infinito: «Abrid: yo soy el Dante», que en esas vidas truncadas, en esas vidas de

fracaso, se derrochan enormes fortunas de virtudes. Y si el dolor es verdad que purifica sólo por sus sufrimientos, esos seres debieran tener nuestra simpatía y nuestro amor.

Al menos, a los semigenios les queda el premio de su consagración póstuma, el reconocimiento tardío, pero glorioso, de su valer, donde las huellas sangrientas de su paso por la tierra se borran.

Para el fracasado, la misma conmiseración es un insulto. Pero, sobre todo, ese suspiro de la camaradería ramplona es terrible: ¡Uno menos en la competencia! Y es terrible, porque ese suspiro se engendra en el mismo sitio que la adulación para un triunfador.

Apartémonos de esa siniestra senda; pero tengamos para ellos, para los fracasados, nuestras más puras simpatías y nuestras más sinceras y fervientes oraciones. Al fin y al cabo, el fracaso es una tragedia, y los fracasados, hombres que, en lugar de escribirla o hacerla, la viven...

LA PROTESTA

MAURO *Alvaro de Bellamar, duque de San Humberto:* así decían las tarjetas de aquel hombre; unas tarjetas enormes, duras, rígidas, con un tinte ligero de ámbar, como la corteza del aloe.

El duque de San Humberto, con sus grandes barbas rubias rizadas a la moda asiria, su figura estatuaria, la frente alta y pura y la serenidad imponente de sus ojos azules, parecía el héroe de una leyenda germánica.

Era diplomático y joven. Se contaban de él verdaderas originalidades.

Residía en Madrid. Desempeñaba un puesto muy distinguido en el ministerio de Estado. Sus gustos le hubieran conducido quizá a las Embajadas españolas de Oriente, pero sus aptitudes en aquella época eran más útiles en el departamento central, y el duque posponía sus gustos al interés de la Nación.

La residencia del duque era suntuosa. En Madrid hacía una vida retirada. Salía muy poco. Asistía a contadísimas fiestas. En cambio podía vérsele muchos días de la semana dirigirse a pie por Recoletos hacia el Museo del Prado.

El desprendimiento de aquel hombre era asombroso: esto lo saben bien bastantes artistas de España, los

cuales debieron muchos días de tranquilidad a su munificencia.

* * *

Sonó el teléfono. El ministro llamaba con urgencia al duque de San Humberto.

Mauro abandonó su asiento, y por la galería veneciana del ministerio de Estado se dirigió al despacho.

—¿Se puede?

—Pasa, Mauro: ¡Hola, chico! ¿Cómo estás?

El ministro y el duque se abrazaron.

—¡Muchacho, tú no quieres ni verme! ¿Te he hecho algo?

—No, hombre; es que no me gusta molestarte.

—¿Molestar tú? Si somos nosotros los que te molestamos a tí. Ahora, por ejemplo, necesito de tu persona incondicionalmente...

El duque y el ministro eran amigos desde hacía veinticinco años.

El ministro, con esa llaneza un poco vulgarota y simpática de los próceres políticos de España, explicó al duque de lo que se trataba.

—Necesitamos un representante especial en la Exposición internacional de Bellas Artes en Roma. Tu cultura, tus timbres nobiliarios y hasta tu prestancia física te convierten en el embajador único. Conque, aceptado, ¿verdad?

—Aceptado—contestó sonriéndose Mauro.

* * *

El duque de San Humberto salió para Roma. Llegó a la capital italiana el mismo día de la apertura de la Exposición.

Mauro, como representante de España, quedó a una altura insuperable. Habló en francés, en alemán, en inglés; entonó un himno en italiano a la belleza romana, y saludó en español a los artistas compatriotas suyos.

El éxito de Mauro fué completo.

El representante español se hizo famoso en Roma. Los periódicos publicaron su retrato. Los artistas acudían a él sin temor con peticiones de todas clases, que el duque satisfacía en el acto. La fama de su desprendimiento se extendía.

Una mañana, muy temprano, el duque se dirigió al palacio de la Exposición. Entró en el pabellón de España. Atravesó unas cuantas salas solitarias, ante el asombro de los vigilantes, y llegó a la gran rotonda destinada solamente a los paisajes. La cultura artística del duque era muy honda. Empezó, pues, a estudiar aquellos muros con gran minuciosidad. Al otro extremo de la sala contemplaba al duque una pareja interesantísima: un anciano muy limpio, con grandes barbas blancas, y una joven delgada, triste, con unos ojos negros, grandes, cordobeses. La pareja hablaba entre sí, señalando al duque.

Una voz cansada, lenta, hizo volver la cabeza al representante de España. Respondió cortésmente al saludo respetuoso del viejo. Y se dispuso a escuchar la petición.

Se trataba de lo siguiente: El caballero anciano presentaba en la Exposición un paisaje de pequeñas dimensiones. El paisaje se titulaba: «Un amanecer en Cristianía». El cuadro había sido colgado del muro a tal altura, que debido a ésto, a su pequeño tamaño y a sus tonos apagados, no se veía.

El duque se hizo señalar el paisaje. Lo observó con gran calma. Pensó en lo difícil, casi imposible que era cambiar de lugar el cuadro, y deseando al mismo

tiempo que aquella obra de arte fuera apreciada por el público y la crítica, exclamó:

—El cuadro no es posible cambiarlo de lugar; pero se me ocurre una idea para hacerlo destacar a los ojos de la gente. Véndame usted ese lienzo.

El artista se inclinó respetuosamente.

—¿Qué precio señala usted a su obra?

El artista calló.

Mauro Bellamar sacó su cartera, extrajo un cheque, y con su estilógrafo de oro trazó unas cifras: cien mil pesetas.

El artista, asombrado, no sabía qué decir.

Mauro ordenó a un bedel que colgase del cuadro un cartelito con la siguiente inscripción: «Vendido: veinte mil duros».

Al día siguiente, un periódico daba cuenta del acto del duque de San Humberto. En la reseña, un hombre sin delicadeza y sin honor hacía una alusión velada a la hija del artista anciano.

Mauro no pudo contenerse, y en el mismo palacio de la Exposición obofeteó al periodista.

El lance fué inevitable.

El periodista abofeteado eligió la pistola como arma de combate.

Cuando se lo comunicaron a Mauro, éste hizo un gesto de asco.

—La pistola es un arma poco decente—dijo.— Me batiré, pero será necesario protestar.

Y protestó.

Perfilado ya ante su enemigo, el duque escuchó las tres palmadas inmóvil, imponente, con el arma baja y los ojos clavados sin pestañear en su adversario.

Sonó un disparo. La bala rozó el hombro del duque. Este dió un paso hacia el juez de campo, y le hizo entrega de su pistola cargada.

Luego, como en una recepción del gran mundo, es-

trechó la mano de aquellos señores y se metió con sus padrinos en un coche.

El desprecio al adversario se comprende, aún más si se tiene en cuenta que el duque de San Humberto era en Europa uno de los más famosos campeones de arma de fuego.

EL TRASATLANTICO

Había desembarcado en Santander de un vagón de tercera clase. Detrás de mí, como una carretera polvorienta, llena de horribles baches y de empinadísimas pendientes, quedaban diez años de mi vida, una agonía prolongada en lucha sin tregua con la terrible lepra de la miseria decente, en mí caballeresca, romántica, que es una de sus más graves manifestaciones.

Iba a embarcar por primera vez. Mi pensamiento todo estaba concentrado en el trasatlántico, que se mostraba gallardo, altivo, balanceándose coquetón en medio del puerto.

Estuve contemplándolo un gran rato. La limpidez de la atmósfera ayudaba mi examen. El trasatlántico me parecía cada vez más hermoso, más capaz, mejor dotado. Los rayos del Sol caían sobre sus impecables dorados, haciéndolos reverberar. ¡Qué limpio está todo! ¡Qué bien dispuesto! ¡Y todavía hay gentes por ahí que se quejan, que hablan mal de estas grandes Compañías! ¡Todavía hay españoles que narran en plañideras las penalidades de los emigrantes y claman mejoras y exigen un trato más humano! ¿Qué querrán?, o, como dicen que dicen los clásicos, *¿qué quedrán?* Y me reí, me reí con ganas de aquellas exigencias pensando en

mi infortunio, en los chamizos madrileños, en los días sin pan pasados como Job en un inmundo estercolero.

El trasatlántico brillaba ante mí como un ascua, y seguía pavoneándose allá en medio del puerto con el orgullo que da la fuerza, la limpieza y el bienestar.

Decididamente, pensé, las gentes no saben lo que es sufrir, no tienen ni idea del infortunio, no conocen los horribles tormentos que infieren las penalidades aliadas con el hambre.

Para mí, héroe a la fuerza en el gran poema de la miseria y del dolor; para mí, hombre avezado a toda clase de rigores, el trasatlántico era como un paraíso flotante, una isla salvadora en medio del naufragio de mi vida...

Las horas que faltaban para embarcar se me hacían siglos. Me encontraba mal sobre la tierra, teniendo a la vista el trasatlántico que tantas y tantas comodidades y bienandanzas me brindaba.

Por fin—me decía—voy a vivir, a vivir realmente, como una persona, racionalmente, sin apremios, sin las exigencias diarias, sin pensar en el mañana, sin sentir las terribles angustias de la incertidumbre.

Y al pisar las tablas del bote que me condujo a bordo del trasatlántico, mi alma se ensanchó inconmensurablemente y en mi pecho entró, como nunca había entrado, con fuerza, con libertad, una gran bocanada de aire, del aire puro del mar, que fué para mí como la primera aspiración hecha en una vida, en un mundo más amable que aquel otro que dejaba en la tierra.

* * *

Antes y después que yo llegaron al trasatlántico hasta mil emigrantes, todos españoles, en su mayoría vascos, astures y de las provincias de Levante. Al ce-

ceo andaluz se unian las cadencias gallegas, suaves y melancólicas; de vez en cuando irrumpían en el concierto, produciendo una desafinación, los acordes rotos del deshablar típico y característico de los hombres del Norte.

Al subir la escalerilla me flojearon las piernas. Acontece muchas veces, cuando las sensaciones y los sentimientos se encuentran y aglomeran, cuando los sentidos han dictado a la voluntad una dirección y se ha puesto en práctica una idea, que al ejecutar lo pensado nos advierten el error las partes materiales de nuestro cuerpo. Mis piernas se rebelaban, sin duda ninguna, a mi espíritu y me advertían el fracaso. Pero mi espíritu se impuso, y aunque a regañadientes de mis piernas, llegué a bordo.

¡Que desilusión!

Atardecía. Un aire molesto y frío azotaba mi rostro. Sobre cubierta, separados por ranchos, más que como hombres, como manadas de animales, yacían mis compañeros de viaje.

El trasatlántico empezó a perder mucho ante mis ojos. Bajé al sollado para colocar mi mísera maleta y tomar posesión de mi petate. Un vaho horrible, un hedor fortísimo, insoportable, me hizo detener en mi descenso. Y esta vez, no sólo flaquearon mis piernas, esta vez se sublevó también, con fuerza inusitada, mi débil estómago. El sollado del magnífico trasatlántico era una pocilga inmunda.

Tiré, más que dejé, mi equipaje en el primer petate que encontré desocupado, y corrí para llegar cuanto antes a cubierta, yo no sé si con la idea de arrojarme al mar o si para poder respirar un poco de aire. No tuve tiempo nada más que para asomarme a la borda. El trasatlántico comenzó a moverse, y muy pronto, apenas perdí de vista la costa, empecé a sufrir horriblemente.

Me mareé. Sobre cubierta era imposible permanecer porque las olas la barrían de punta a punta y de lado a lado. Abajo, en el sollado, me ahogaba. En cuanto el trasatlántico levó anclas, todo el pasaje fué a resguardarse en él y la atmósfera era irrespirable, Y llegó un momento en que no supe cuál de las dos angustias, que como dos enormes tenazas al rojo me oprimían, me causaba más dolor, si la de mi alma o la de mi estómago.

Sólo recuerdo que en una de mis huídas a cubierta, a pesar de la prohibición hecha por los marineros, una mano de hierro me asió fuertemente por un hombro, haciéndome rodar las escalerillas del sollado, y que una voz de trueno me grito:

— ¿No le han dicho ya que no se puede estar aquí?

* * *

Terrible sufrir miseria y hambre, sentirse desesperado e impotente en medio de una populosa ciudad, desamparado de todo y de todos; pero es más terrible, mucho más terrible pasar por todo eso en la inmensidad del mar, a bordo de un trasatlántico, confinado a la nada o, lo que es peor, considerado como un viajero de tercera clase, como un emigrante.

Los diez años de penalidades pasados en tierra los hicieron buenos y amables los doce días de travesía.

Y al llegar a la Habana, al pisar los muelles, al convencerme de que todo aquello no había sido una pesadilla, despedí al trasatlántico con una maldición. Y no lloré porque ya no tenía lágrimas; pero me reí, me reí con fuerza de mí mismo por haberme considerado un hombre avezado al infortunio, un héroe del gran poema de la miseria, ¡sin haber hecho un viaje a bordo de un trasatlántico español!..

¡EL DESASTRE!

I

Eran las tres de la tarde. Un sol espléndido bañaba las calles de Madrid.

En la plaza de Colón ví cruzar los primeros coches, que, como estuches abiertos, engalanados con áureas mantillas y bellos mantones de China, todo luces y todo color, mostraban las más hermosas joyas de la juventud femenina española.

Los transeuntes, como acuciados por un violento deseo, asaltaban las plataformas de los tranvías, que llegaban ya á las paradas abarrotados de gente. El movimiento era inusitado. Madrid entero se apresuraba á acudir cuanto antes á la Plaza de Toros.

Una alegría intensa, jocunda, extraordinaria, como si cada rayo de sol vaciara sobre la tierra un concentrado perfume de juventud, de vida y de victoria, se esparcía por las calles, impregnando la atmósfera.

Reía la luz, reía allá arriba el cielo azul, impecable en su colorido, como si un artífice ciclópeo, de una sola y limpia pincelada, lo hubiera acabado de pintar al temple; reía la tierra recién regada, exhalando un

vaho ardiente de hembra lujuriosa; reían las casas, de donde los rayos lumínicos, al chocar con los vidrios, arrancaban destellos brillantísimos, haciendo de cada cristal un joyel de diamantes; reía el aire, acariciante como una cosquilla... Reía todo: reían las personas y las cosas como si Madrid fuese un enorme cascabel y en él se hubiera refugiado la alegría y una mano hercúlea lo agitase sin cesar con fuerzas sobrehumanas. Hasta la sierra, tocada por las luminarias del sol, se mostraba menos hosca, Sobre las nieves de sus cumbres parecía haberse extendido un enorme rebaño de tigres ahitos en reposo, cubriéndola con sus pieles como bajo un manto protector.

Me detuve aturdido en medio de la plaza para orientarme en aquel hormiguero humano, en aquella corriente desenfrenada.

Concentrado en mi pena, asaeteado por mis cruentos dolores morales, creí que las gentes se habían puesto de acuerdo para burlarme y mortificarme.

No comprendía cómo en aquellos instantes en que tan intensos eran mis sufrimientos, podía haber nadie con ganas y humor de risa y de diversiones.

Tan ensimismado estaba en mi dolor, tan absorto en mis cuitas, que la realidad la veía borrosa, como en un sueño. Fué preciso que me despertara el peligro.

De pronto y cuando me disponía á vengarme de todo, de la luz, del aire, de las risas y de los gritos, me encontré asido por una docena de brazos. Ante mí, amenazando arrollarme, los caballos de un coche, refrenados violentamente por el auriga que los guiaba, se debatían furiosamente.

De un salto salvé el peligro. Algunos transeuntes pronunciaron palabras que no oí y el cochero lanzó una exclamación de mal gusto.

Corrí á la acera y rozando las paredes de las casas comencé á descender la calle de Hortaleza, por la que

desfilaba, apretujándose, atropellándose, un verdadero enjambre humano.

A medida que descendía, la muchedumbre iba creciendo y con ella las voces de júbilo y el ruido de la fiesta.

En la red de San Luis la aglomeración era extraordinaria.

A pesar de mis preocupaciones admiré aquel cuadro de luz, pleno de vida y de movimiento, que lejos de perder belleza mirado bajo el prisma de mi infortunio, adquiría más relieve, más valor, al reflejarse en mis retinas mojadas por las lágrimas.

Antes de entrar en la calle de Jacometrezo el cuadro se completó; por la de Fuencarral desembocó á todo correr en la de la Montera un coche conduciendo á una cuadrilla de toreros.

La gente prorrumpió en un alarido salvaje, mezcla de sorpresa y admiración, é hizo calle al coche, que se perdió en el torrente humano, dejando á su paso una estela de oro en el aire.

Yo seguí el coche con la vista mucho rato, hasta que desembocó en la Puerta del Sol, donde, al fundirse el oro de los alamares con la luz dorada de la lejanía, se extinguió como un ramillete de fuegos de artificio.

Hasta aquel momento no había pensado en la contrariedad de no encontrar á la persona que iba á buscar; no había pensado tampoco en la violencia que aquel paso me causaba. ¿Cómo me recibiría el señor Celada, el irascible usurero? ¿Accedería á mi petición? ¿Lo encontraría en sus oficinas?

La posibilidad de no encontrarlo dió alas á mis piernas.

Casi corriendo salvé la distancia que me separaba de la calle de Jacometrezo, entré en casa del señor Celada y subí las escaleras precipitadamente.

Las oficinas estaban cerradas. No obstante, llamé á la puerta con la esperanza de que hubiese algún empleado dispuesto á atender mi urgente demanda.

Pero la puerta no se abrió. Al cabo de un rato, para mí un siglo, por la mirilla, una voz de anciana decretó la sentencia.

—No hay nadie; no se abre á nadie hasta mañana.

Todavía insistí diciendo que se trataba de un asunto urgentísimo,

—Pues no hay nadie. Si quiere puede dejarme el recado...

—Pero el señor Celada—repuse con viveza—, ¿no volverá?

—Aquí no.

—¿Quiere usted decirme su domicilio?

—En su casa no recibe á los clientes.

—Pero, señora, ¿no le he dicho á usted que se trata de un asunto urgentísimo? ¡Mi padre se está muriendo, señora, y es preciso que yo vea al señor Celada hoy mismo, esta tarde misma!

—Será inútil; pero puesto que lo quiere saber, el señor Celada vive en el piso superior de esta casa.

Salvé los pocos escalones y llamé con violencia en la puerta. Esta no se abrió tampoco. Por la mirilla una voz indagó mis deseos.

—Quiero ver al señor Celada.

—Pues el señor Celada está con toda su familia en los toros. Hace un momento que acaban de salir.

—¿Quiere usted decirme a qué hora volverán?

—Las señoras no cenan en casa. El señor no sé si las acompañará. De todas maneras, será difícil, si vuelve, que reciba a nadie.

Tras estas palabras se cerró la mirilla y yo, consternado, empecé a descender las escaleras. ¿Iba a volver a mi casa sin dinero y sin llevar la medicina que había recetado el médico a mi padre? ¿Iba a volver a mi

casa lo mismo que había salido? Recriminaba mi impotencia, haciéndome aquellas preguntas para encontrar, acuciado por ellas, una solución, para darme a mí mismo valor. Y amontonaba obstáculos y negruras en mi ánimo con objeto de no desfallecer en mi intento. Al llegar al portal tomé una resolución: esperar allí, a pie firme, hasta la hora que fuera el usurero. De allí no me movería hasta verle entrar, hasta hablar con él; hasta contarle mi horrible situación. El usurero no tendría más remedio que escucharme, que compadecerme. Tal vez volviese en cuanto terminase la corrida. ¡Malditos toros! Y si no venía después de la corrida, vendría a cenar y si no, a dormir. De allí no me movería.

Pero ¿y si mi padre se agravaba? No me había encargado mi familia que volviese pronto?...

Y al mismo tiempo que pensaba esto recordaba la cara dura y el aire glacial del usurero y de nuevo la duda, el miedo, el fracaso se apoderaba de mí.

Sí, debo marcharme; aunque lo vea y haga un esfuerzo para hablarle, para hacerle la petición, me dirá que no.

Mi amor propio, mi orgullo, me empujaban fuera del portal; la necesidad, el cumplimiento de mi deber me retenían.

Sí, me quedaré, debo de quedarme; es imposible regresar a mi casa sin recursos, sin una solución satisfactoria...

En esta indecisión, observé que desde un portal de la acera de enfrente un hombre me llamaba por señas.

II

Inmediatamente reconocí a un capitán retirado que era también cliente del Sr. Celada, y crucé la calle.

Nos saludamos.

El capitán, después de soltar una rotunda interjección, se expresó así:

— Hace media hora que le estoy llamando, pollo. Estaba viendo que me iba usted a levantar la caza. Porque usted estará esperando al Sr. Celada, ¿verdad? Pues a ese caballero no hay que esperarlo en el portal de su casa. Hay que tener picardía. El usurero es un zorro y antes de entrar en su madriguera toma precauciones. Es necesario cogerlo desprevenido y por la espalda. Ya no debe de tardar. Vendrá en cuanto terminen esos malditos toros. Parece mentira que la gente tenga humor de fiestas con lo que esta pasando. Los cerdos de los yanquis nos van a dar una buena dentellada... ¿Le va usted a arrear un sablazo muy grande? Le recomiendo que no le pida mucho, se defendería diciendo que no lleva dinero encima. Aunque esto sería mentira; ese usurero lleva siempre sus buenos billetes en la cartera. ¡Y ya puede, ya puede llevarlos! ¿Usted sabe lo que gana? Un dineral, un verdadero dineral. Es un negocio que no tiene quiebra. Después del oficio del torero, el de este tío es el más lucrativo. ¡Así está España! Y después de soltar una interjección rotunda, continuó diciendo:

— Esto se va, esto se liquida, pollo. Aquí ya no queda nada. Nuestra leyenda de bravos y de héroes está en manos de unos cuantos generales de salón, ignorantes de todo, y mucho temo que se pierda también. ¡Parece mentira que con lo que está ocurriendo tenga este pueblo humor de risa y de jolgorio! Porque debe

usted saber si no lo sabe, pollo, que nuestra escuadra está embotellada y que allá las cosas no van tan bien como nos dicen y nos quieren hacer ver los periódicos. ¡Los periódicos! ¡Qué grandes responsabilidades están contrayendo con el porvenir los periódicos! Los yanquis nos darán un disgusto; yo conozco bien aquéllo: hice completa la otra campaña. Y crea usted que los cubanos nos odian. Nuestros políticos no han hecho más que disparatar y enviar gente allí para que se enriqueciera robando. Nos odian, créalo usted, pollo, los cubanos nos odian. Vendrá el desastre, ya lo verá usted, pollo, el desastre es inevitable...

El capitán soltó otra interjección, y observando que yo no lo escuchaba, añadió:

— No se apure usted, ese hombre no tardará en venir. Primero lo abordaré yo; estoy aquí desde las tres de la tarde y tengo mis derechos. ¡Ah! el derecho y la justicia ante todo...

La espera se hacía interminable y yo me consumía de impaciencia.

Una angustia cruel me apretaba el pecho y la garganta.

Presentía un mundo entero de desdichas. Los sucesos más cercanos se esfumaban en mi imaginación como si sobre ellos hubieran caído todas la horas de un siglo. Si me hubieran preguntado cuándo había salido de mi casa, no hubiera acertado a responder. Tan pronto creía que acababa de abandonarla, como pensaba que hacía muchas horas, muchos días que la había dejado y que al volver no encontraría a nadie. Tan pronto sentía con toda intensidad el aguijón de la impaciencia y experimentaba deseos de regresar, corriendo a mi hogar, como me abandonaba resignado a la inmovilidad y a la espera, como si mi vida no tuviera ya otro objeto que aquel de esperar, de esperar siempre una cosa que deseaba y temía al mismo tiem-

po. El capitán, cogiéndome bruscamente de un brazo, me arrastró al fondo del portal, exclamando:

—¡Ojo, pollo!, ya está ahí ese hombre y conviene que no nos vea. Ha llegado la hora del zafarrancho. ¡Valor y a él! Como hemos quedado, lo abordaré yo primero; el zorro va caer en la trampa. ¡Buena suerte!

Y al decir esto, el capitán saltó de una acera a otra, deteniendo al usurero cuando se disponía a trasponer el portal de su casa.

Como un sonámbulo, empujado por una fuerza misteriosa, crucé la calle esperando a alguna distancia a que el capitán hiciera su petición.

El usurero, después de reponerse de la sorpresa, trataba de zafarse de su interlocutor con una negativa. Su voz chillona y desagradable y las palabras de súplica del capitán llegaron hasta mí.

Por fin, el usurero, ante la insistencia del peticionario que comenzaba a enfadarse y a alzar el diapasón, metió los dedos en uno de los bolsillos de su chaleco y extendió después la mano al capitán. Yo avancé unos pasos primero y corrí después alcanzando al señor Celada en los primeros tramos de la escalera.

—Usted dispensará si le molesto— balbuceé—; pero...

—No hay pero que valga—repuso fuera de sí el usurero—, porque no estoy dispuesto a escucharle.

Y siguió subiendo la escalera.

Ante el brutal recibimiento sentí que toda la sangre se me agolpaba en la cabeza y que la cara se me encendía de vergüenza.

Vacilé un instante, dudando si debía estrujar entre mis brazos al usurero o marcharme y, después, ciego de ira, me dirigí tras él dispuesto a todo.

El perseguido se dió cuenta de la situación y se detuvo. Yo me encaré con él y completamente descom-

puesto, sin saber lo que hacía ni lo que decía, tartamudeé con rabia:

— Vengo porque mi padre se está muriendo...

No pude continuar. Mi voz se rompió en mi garganta y me esforcé en vano para emitir las palabras que como un torrente desbordado pugnaban por salir, juntas todas, fuera de mi pecho.

La expresión de mi cara hizo comprender al señor Celada la gravedad del caso y trató de tranquilizarme.

— Haber empezado por ahí... Dice usted que su padre...

Afirmé con la cabeza y expliqué al usurero mi situación.

—Bien, bien, ¿y qué cantidad desea? Haré un esfuerzo por complacerle, aunque como comprenderá usted, estas no son horas, no voy a estar siempre a merced de las desgracias ajenas. Tome usted cien pesetas y venga mañana a formalizar la operación.

Balbuceé las gracias y salí a la calle.

Empezaba a obscurecer y se iniciaba el desfile de la fiesta.

Por la Red de San Luis bajé a la Puerta del Sol, dirigiéndome a una farmacia de la calle de la Gorguera.

En la Puerta del Sol era imposible dar un paso. En las aceras, desbordantes de gente, se formaban corrillos en los que se discutía con gran calor las faenas de los toreros que habían tomado parte en la corrida.

A pesar de la animación, del ruido y del movimiento, el desfile no era alegre. Sobre las personas fatigadas por el ajetreo del día en el comienzo del período de laxitud, flotaba un ambiente de tragedia. Y al cruzar de nuevo la Puerta del Sol para dirigirme a mi casa, me enteré de la horrible noticia.

La escuadra de Cervera, al intentar salir de Santiago de Cuba, había sido derrotada. Los vendedores de

periódicos alternaban los pregones de la noticia del desastre con el de las reseñas de los toros.

Al conocer el hecho sentí un vivísimo dolor; compré, para cerciorarme, una de aquellas hojas impresas, donde se estampaba la ignominia, y acercándome a un farol, leí precipitadamente el trágico relato.

A mi alrededor bullía la muchedumbre. Continuaba el desfile de la fiesta.

Al terminar la lectura encontré delante de mí al capitán que reía estrepitosamente y se tambaleaba con furia.

Estaba borracho.

Se acercó a mí, y como reanudando la conversación interrumpida en el portal de la calle Jacometrezo, dijo:

— ¿Lo ve usted, no se lo decía a usted?

El desastre era inevitable, ya ha llegado, ya está aquí. Porque esto es el desastre, pollo, ¡el desastre! ¡el desastre!...

Y se alejó tambaleante pronunciando la fatídica palabra.

Yo apresuré el paso.

Un mundo de ideas invadía mi cerebro y un mar de sentimientos mi corazón.

A mis desdichas y a mis desgracias unía las desdichas y las desgracias de mi Patria, sintiéndolas por igual, condensándolas en la terrible palabra del capitán:

—¡El desastre, el desastre, esto es el desastre!

Al llegar a mi casa me pareció que regresaba de hacer un largo viaje, y antes de entrar me detuve unos momentos para reponer las fuerzas que empezaban a faltarme.

Me flaqueaban las piernas y mi respiración era fatigosa.

En la puerta de la escalera me recibió un amigo. Yo,

adivinándolo todo, no quise oir el discurso que como embajador de mi infortunio intentó pronunciarme, y con la rabia de la desesperación repetí hasta enronquecer las fatídicas palabras del capitán:

— El desastre, el desastre, ¡¡esto es el desastre!!

De mariposa a gusano

En todas las literaturas del mundo se ha hecho el capítulo del hombre obscuro, del *quídam*, del desheredado y del desvalido que, tras la brega incruenta con la miseria, consigue, al fin, vencer, entrando triunfante en el inexpugnable fuerte de la riqueza, del lujo y de los placeres.

Esa transformación de gusano a mariposa va siempre, invariablemente, acompañada de la escena tragicómica, en la cual el neófito hace la primera comunión en los altares del nuevo credo social que abraza.

Así como los primeros vuelos del gusano son torpes porque no sabe todavía usar bien las alas, los primeros pasos de los hombres embutidos en los trajes de etiqueta son pesados, tardos y ridículos.

Los escritores de todos los tiempos han hecho tropezar con los muebles de los salones a los tímidos principiantes, y Honorato de Balzac nos ha dado, como ninguno, la sensación cruenta del sentimiento hostil con que son recibidos, entre burlas y críticas acerbas, por los privilegiados de la fortuna, del nacimiento y de la herencia.

La lucha de clases, sin embargo, no sólo se muestra y se manifiesta en esas esferas. Y es más cruel,

mucho más cruel indudablemente, el descenso que la ascensión.

Modernamente, las Asociaciones obreras y los gremios sindicalistas han creado de hecho una aristocracia del trabajo. La hiel que tuvo que devorar Edgar Allan Poe en la escuela de Clarke, en Richmond, donde, como dice Rubén, los hijos de la fofa aristocracia del lugar le miraban por encima del hombro, haciendo escarnio de su modesto origen, no es tanta ni tan amarga como la que tiene que tragar en su calvario el hombre empujado por la desgracia al descender a los infiernos de la miseria.

En los choques morales de las alturas, el convencimiento y el orgullo del propio valer, ya contrastado, y los beneficios materiales, son un lenitivo, pero en los encuentros espirituales del descenso, todo son espinas.

La amputación es más dolorosa que la transformación.

En los lujosos salones, la voz de la mariscala Lefevre, azotando el rostro de las altivas hermanas de Napoleón con el relato de sus heroicas hazañas de cantinera, triunfará siempre: en cambio, en las profundidades y en las negruras del tajo, la exposición de las riquezas y de los honores perdidos acrecentarán tristezas y nostalgias, avivando el odio y atizando la crueldad de los desheredados.

Lo primero es el triunfo lleno de prerrogativas y de honores, talismán poderoso, único, para hacer prosélitos; lo segundo es el fracaso, el vencimiento huérfano de toda justicia y de todo calor.

Un Dante moderno escogería ese suplicio para hacer purgar sus culpas al más encarnizado de sus enemigos.

***

Por el infierno de mi vida, donde maduraron tantos dolores, pasó un día el terrible caso.

***

Había regresado de una de mis peregrinaciones, de un viaje muy largo por el mar Atlántico y por el mar de mi espíritu, y me encontraba en Almería, tan forastero de mí como de las gentes de aquella bella tierra. Tierra doblemente bella para mí, porque pienso y creo que nuestra verdadera patria no es la impuesta por la fatalidad del nacimiento, sino la que escogemos nosotros en primer término, y, después, aquella donde, fatalmente también, se abren al amor los ojos de nuestro corazón.

Llegué y me recibió hosca y fría la miseria, con una cara más dura que de costumbre, y fueron vanas mis súplicas y mis zalemas para contentarla. Implacable y cruel, después de tomarme cuenta de mi tiempo y de forzarme a hacer una liquidación total de mi escaso numerario, me persiguió tenaz, ensañándose en mí alevosamente.

De fracaso en fracaso, recorrí toda la escala de las pretensiones. Nunca un pretendiente subió tantos tramos y nunca tampoco bajó tanto ni tan rápidamente.

Y un día, un amanecer claro y radiante en el que había tanta luz y tanta belleza en los cielos y en la tierra como negruras y fealdades en mi espíritu, encaminé mis pasos al muelle, dispuesto a solicitar trabajo al primer capataz que me encontrase.

Conmigo hicieron el camino los trabajadores del puerto, hombres avezados al rudo trajín, fornidos, pero descoyuntados de miembros, y, según la fama, tan contrahechos en lo moral como en lo físico.

De algunas de sus hazañas era yo sabedor.

Sus miradas curiosas fueron como la iniciación del terremoto que me amenazaba. Al principio creyeron que se trataba de un señorito vicioso.

—¡Bah! El borrachuelo regresa a su casa después de una juerga.

Mis ropas y mi cara debían de dar esa sensación, pues lo mismo amustian y relajan los placeres que los snfrimientos y las penas excesivos.

En realidad, yo retornaba de una bacanal, de hacer muchos excesos, de emborracharme con mis propias lágrimas.

Los ojos de los obreros, a medida que me aproximaba al puerto, me inquirían más insistentemente, con más viva curiosidad, y, después de mirarme, sus facciones se tornaban más torvas, más fieras. Entre ellos y mi persona, cuanto menor iba siendo la distancia material, se iba haciendo mayor la separación espiritual. Y cuando, ya en los tinglados del malecón, se disipó por completo la duda y como un rayo corrió la noticia de que el señorito solicitaba trabajo, se hizo a mi alrededor un vacío cruel, y las miradas de los rudos obreros, como dardos, se clavaron en mí, infiltrándome en la sangre el veneno de una hostilidad mortal.

Un capataz jaque y bromista, encargado de la carga del mineral, para mofarse de mí, me colocó en uno de sus buques. La carga del mineral es el trabajo más rudo y penoso. A él sólo se consagran los hombres peor dotados, los más torpes. El peso de las espuertas es enorme. El polvillo del hierro se incrusta en los ojos y hace sufrir horriblemente. Casi todos los cargadores de mineral se quedan ciegos. Además de una gran fortaleza física es preciso una gran resignación. El mineral de hierro enrojece la piel, y a las dos horas de trabalo el cargador desaparece bajo una espesa capa de polvo.

— Tú—dijo el capataz a uno de sus hombres—, lleva al señorito al segundo petate de proa y colócalo en el último escalón.

Y añadió irónicamente:

—¡Ah! Y poned cuidado en la faena, porque si no el señorito se va a manchar.

Rió el chistoso, rieron estrepitosamente la gracia los que le rodeaban, y yo, inclinando la cabeza sobre el pecho, avergonzado ante las miradas burlonas de las gentes, seguí al obrero, que ya había echado a andar.

Pegado al muelle de levante, un barco inglés en lastre mostraba su enorme mole. Para llegar a bordo habían colocado, de trecho en trecho, andamios a la borda que daba a tierra. En los escalones aguardaban los cargadores, ya preparados para comenzar la faena. Me coloqué en mi sitio y esperé.

Llegó el primer carro lleno de mineral, atracó al costado del barco y empezaron a subir de mano en mano las espuertas. Inmediatamente comprendí lo penoso, lo fatigoso, lo horrible del trabajo.

Los compañeros, a los esfuerzos que tuve que hacer para sostener la primera espuerta, cruzaron una mirada de inteligencia, como diciendo:

— El señorito no aguanta ni media hora.

Antes de ese tiempo tenía las manos ensangrentadas.

El esparto de las espuertas me las había destrozado, y era un verdadero martirio soportar el roce brusco en la carne viva.

Aunque hacía calor, el ferral levantaba el polvo de hierro, que se incrustaba en los ojos, produciédome un vivísimo escozor.

Detrás de un carro venía otro y otro, sin interrupción, sin dar lugar al más pequeño descanso. Era imposible detenerse para reponer las fuerzas, ni siquiera para enjugarse el sudor. Los carreros, desde abajo,

nos azuzaban para que nos diéramos prisa, pues ellos trabajadan a destajo y tenían interés en hacer muchos viajes.

— ¡A ver! Esa fila de la izquierda, que se duerme.

Pronto corrió la voz de que un señorito estaba trabajando, y comenzaron las vayas y las burlas.

De andamio a andamio preguntaban:

— ¿Dura todavía el señorito?

Y de proa a popa la pregunta era contestada, intercalando chistes, cuando no ofensivos, de mal gusto.

Todo el odio de clase se manifestaba brutal y sin trabas, reivindicativo y cruel, gozoso de poder, a mansalva, hincar el diente en el caído, vengarse en él hasta la saciedad. La rabia contenida rompía el dique y, con furia inusitada, se estrellaba en mí.

Yo comprendía, sufría y callaba. ¿Acaso no llevaba yo también parte en aquel odio, en aquellos rugidos bárbaros contra los de arriba? ¿No era yo también una víctima de la injusticia social, como lo eran los que me insultaban? ¿No renegaba yo también, y entonces, y en aquella hora, con más violencia que nunca de los señoritos?

Y cerraba los ojos para no ver, y contraía los músculos de mi cara, apretando los dientes para evitar que el dolor me arrancara una queja, para sostenerme en el andamio y transformarme en un obrero y poder unir mi voz a las voces humanamente salvajes de aquellos parias.

Enloquecido por la rabia, la vergüenza y el dolor, hipertrofiado, soporté durante todo el día las fatigas de la terrible jornada, y haciendo un esfuerzo supremo descendí del andamio gallardamente, despacio, en un alarde magnífico de seguridad y de fuerza.

Abajo me esperaba un obrero. Otro, señalándome, le dijo:

— ¿No buscabas al señorito? Pues ahí le tienes.

El obrero se me acercó, midiéndome de abajo arriba con la mirada.

— ¿Tú no sabes que para poder trabajar aquí se necesita ser socio de nuestra Sociedad?

— No, no lo sabía; el capataz nada me dijo ni me exigió para darme trabajo.

— El capataz nada tiene que ver con esto; pero tú, si no te haces socio de nuestra Sociedad, no trabajarás, ¿sabes?

Las cuadrillas de obreros desfilaban a nuestro lado, y en conocimiento de lo que ocurría, se alejaban comentando el caso con calor.

Un rumor sordo, como el zumbido de un moscardón gigantesco, llegaba amenazante a mis oídos.

— ¿Que no trabajaré?

— No; no trabajarás.

— ¿Y quién lo va a impedir?

— Yo; todos...

Sonreí tristemente e intenté marcharme, evadiendo la respuesta. Comprendí que mi negativa exasperaría a mi interlocutor, y al mismo tiempo que mi dignidad no debía allanarse o obedecer una orden hecha en aquel tono.

Pero apenas había dado dos pasos, sentí sobre mis hombros unas manos que me detenían, y giré rápidamente haciendo frente a mi enemigo.

— ¿No me contestas, señorito?

— No; no te contesto.

— ¿Me amenazas?

— Tómalo como quieras.

— Te advierto que conmigo no se juega.

Y al decir esto último me dió un golpe en el pecho.

Yo aproveché el instante en que su brazo hacía el movimiento y estampé en su cara los cinco dedos de mi mano.

La bofetada sonó como el chasquido de un látigo.

Mi adversario se tambaleó unos instantes y, después, rehaciéndose, cayó sobre mí como una tromba.

Apenas hubo lucha. Salí rebotado al primer empujón, midiendo con mis costillas la tierra, y antes de que el obrero pudiera echarse de nuevo sobre mí, nos separaron.

La cara de mi contrincante estaba llena de sangre, y las gentes creyeron que lo había herido.

Aquello me salvó, porque todos supusieron que tenía un arma, y nadie se acercó a mí por temor.

Se conformaron con insultarme desde lejos.

—¡A ese, a ese! ¡Ahí va el señorito del pan pringao! ¡Criminal! ¡Bandido!...

Yo apresuré el paso. Estaba seguro, segurísimo, que la mancha roja de la cara del obrero era sangre de mi mano, sangre mía, de mis propias venas, que manaba de mis heridas en abundancia.

EL ARTE Y EL IDEAL

Un día, al atardecer, cuando regresaba de un trabajo manual embrutecedor, en el Parque Central de la Habana me detuvo una bella mujer.

—Dispensadme—me dijo—, quiero haceros una pregunta.

Yo me avergoncé: mi traje desaliñado y lleno de manchas, mi roto calzado y mi cara y mis manos sucias no se prestaban, a decir verdad, a entrevista alguna, y menos con una mujer hermosa y desconocida. Además no hay cosa que agrie más el carácter que el trabajo. Los moralistas, al decir que el trabajo ennoblece, o eran unos *bagos* o unos idiotas, ya que se olvidaron de decir que en ocasiones mata.

Aquel día, la ruda faena había dejado en mi frente una profunda arruga de odio, y en mi carácter, antes alegre, había germinado, después de hacer un surco muy hondo, la semilla negra de la tristeza. Hablando en plata, en aquella triste tarde tropical con sus celajes de lágrimas, no estaba el horno para bollos, ni para entrevistas galantes.

No obstante, haciendo un poderoso esfuerzo y mitigados mis dolores por la contemplación de los bellos ojos de aquella hermosa mujer, respondí cortésmente que estaba dispuesto a complacerla.

—Séame sincero; usted no es un trabajador: usted es un artista.

Confieso que me quedé estupefacto; adivinar a un artista bajo el difraz de un obrero sucio, es el colmo de la perspicacia.

—No se asombre—continuó diciendo la bella en su encantador dejo cubano—: yo le conozco a usted de Madrid, y en una ocasión que no olvidaré nunca, por las huellas profundas que aquel día quedaron grabadas en mi espíritu. Lo ví a usted en el Museo de Arte Antiguo, en el Prado. Discutía con dos amigos acaloradamente y hasta recuerdo sus palabras. Decía usted:

«—Goya es un gran pintor, sin duda alguna, yo no lo discuto; conoce admirablemente la técnica de su oficio, pinta muy bien; pero a mí sus cuadros se me antojan todos una caricatura. Ese hombre que van a fusilar, vestido de balleta amarilla, en vez de darme la sensación de dolor y espanto que el caso requiere, me hace gracia, me mueve a risa. ¡Fijarse bien!—decía usted a gritos—, ¡fijarse bien, parece una caricatura de Xaudaró!».

Sus amigos se indignaron. Uno de ellos, el más joven, cogiéndole por un brazo, entre bromas y veras quería echarlo de la casa santa, por profanador; el otro amigo, con las manos en la cabeza, daba muestras de indignación mal reprimida; usted siguió andando por las amplias salas buscando con los ojos un cuadro. De repente, ante un óleo del Greco, «El padre eterno sosteniendo a su hijo», se detuvo, diciendo a los amigos que le seguían: «—He aquí, lo que es un pintor, un artista y un cerebral: ¡Descubríos!».

En estas sencillas palabras puso usted tal cantidad de fe, que sus amigos, respetuosamente, ante aquel admirable lienzo, se quitaron los sombreros. Yo, confieso ingenuamente que hubiera dado todos los tesoros del mundo y todas las felicidades de la tierra

por haber sido en aquel instante hombre y haber podido rendir también de aquella manera un homenaje de respeto y admiración al colosal artista Domenico Theotocópuli.

¿Recuerda usted aquel día y este hecho?

—Señora, no solamente lo recuerdo, sino que evoca en mí toda una época de mi vida.

—¿Entonces, el obrero de hoy es el artista de ayer? ¿Qué vendavales trágicos lo han arrojado a usted a estas playas?

—El fracaso, señora; la vida que es muy dura, la fatalidad: tal vez ninguna de estas tres cosas; o si usted me entiende, las tres cosas reunidas.

—¿No pinta usted?

—Sí, señora; pinto puertas y ventanas para comer; he sustituído la paleta por los cubos. La paleta, tal como yo la entiendo, no da dinero; la brocha me proporciona un jornal de tres pesos oro. Y aquí, como en toda la tierra, lo que priva ahora es el oro.

Además, me he hecho obrero por convicción. Estudiando de cerca la vida de esos hombres, me he convencido que es digna de admiración y de respeto. Hacer arte hoy es una cobardía. La mitad de la gente no lo entiende; la otra mitad no lo conoce, y me sobran muchas mitades para decir que muchos lo profanan.

—¿Cree usted inútil el arte?

—Al revés, creo que es el eje del universo. Lo que no quiero es que haya artistas, que existan obras de arte para un puñado de privilegiados. El arte es muy caro: un artista necesita la admiración y el dinero de su generación; un artista, para mí, es más, mucho más que un rey, no de un rey de estos tiempos de ahora, que tienen todo mi desprecio, sino de un rey de la antigüedad, y en ocasiones es tanto como un Dios. Yo quiero, señora, trabajar por la emancipación del trabajador, sin distinción de clases, para que un día se abran

para ellos las puertas del arte y de la felicidad. Un pueblo esclavo no puede ser un pueblo de artistas, y yo tengo la convicción de que cuando todos los hombres seamos grandes artistas, seremos todos felices. El arte es grande; yo no he conocido a ningún artista malo; podrán tener defectos, pero tocad a un artista en el corazón y hallaréis un manantial inagotable de amor, de bondad y de ternura. Un verdadero artista, señora, es siempre justo.

—¿Es decir, que se ha hecho usted político y, por añadidura, socialista?

—Odio con toda mi alma a los políticos de profesión que, hasta la fecha, han desgobernado a los pueblos. El socialismo es una secta y yo no soy sectario, ni consentiré nunca que mis ideas y mis convencimientos sean rotulados con una etiqueta política. A pesar de conocer que es uno libre como el pájaro en la jaula, pongo por encima de todas las libertades, la libertad individual.

—Pero para obtener las reivindicaciones hace falta unión, organización, supeditación.

—Me amoldaré, hasta conseguir mi objeto, a estas leyes; pero predicaré siempre lo contrario.

—¿Está usted decidido a hacer esa obra?

—Sí, señora; estoy decidido.

—¿Habla usted convencido o pone en sus palabras las hieles y las amarguras de algún desengaño?

—Señora, he sido lo suficientemente sincero para confesar mi fracaso. Yo no hubiera sido nunca un gran pintor; convencido de esto, en lugar de aferrarme a pintar sin condiciones, he preferido serme útil a mí mismo y a mi patria haciéndome obrero. Que los fracasados en todos los órdenes del saber y del arte imiten mi ejemplo. Con esto no se darán los casos que hoy se dan de estupidez, oyendo llamar gran artista a *Zutano*, gran escritor a un imbécil vulgar y perio-

dista y político a cualquier niño *zangolotino* e ignorante.

—¡Es usted muy original!

—Gracias, señora; preferiría ser un hombre honrado.

—Entonces es usted un honrado original o un original honrado. ¿Me visitará usted? Le entrego en esa tarjeta mis señas. Tal vez me gane para su obra.

—Mi obra no es para esta tierra; la reservo para mi patria. Marcharé a España después de estudiar sobre el terreno cómo trabajan las gentes de por aquí; luego iré a los Estados Unidos, a Inglaterra; quiero conocer a los obreros que levantaron el puente de Brooklin y endurecer mi corazón con la contemplación de esa formidable escuadra de hierro inglesa. Viviré en los muelles, en los tugurios; estudiaré y trabajaré.

—¿No pintará usted más?

—Con los pinceles, nunca más; quizá con la pluma haga algo; esto me servirá también para la propaganda.

—Si es así, desde hoy, a pesar de haber desdeñado siempre esos temas por antiartísticos, leeré todos los trabajos relacionados con esa noble causa. Esos temas, tratados por usted, van a ser muy originales.

—Tal vez por esa razón fracase. Ya veremos.

La bella desconocida, influída por mi manera de hablar, me tendió la mano varonilmente. Yo la estreché con fuerza entre las mías; pero arrepentido instantáneamente dejé de apretar e inclinándome rocé con mis labios la fina piel de sus dedos.

LAS HOJAS SECAS

Paseando un día por un camino sembrado materialmente de hojas secas, de hojas marchitas, muchas, la mayoría de ellas pisoteadas y llenas de barro, se me ocurrió rehabilitar a las pobres hojas caídas del vate famoso, y que después han ido escarneciendo los muchos poetas cursis que en el mundo son y han sido.

¿Por qué se ha de condenar a estas hojas a la cadena perpetua de la sensiblería?

¿Es que no es posible encontrar en ellas algo que en lugar de hablar de ilusiones perdidas, y de melancolía, y de dolor, y de tristezas, nos hable de esperanzas, de cosas fuertes y rotundas?

Indudablemente que sí. Y el empeño no es arduo.

Estas hojas otoñales, secas, sarmentosas, pueden hablarnos de la fortaleza de su vida, de sus grandes y jocundas borracheras de sol y de luz: de las orgías del aire, del canto de la Naturaleza. Son fuertes las anchas hojas, que crujen bajo nuestros pies en la otoñada y que cuando más muertas las creemos, se levantan y huyen, a pesar de su senectud, en locas correrías, como si estuviesen sedientas de nuevos horizontes y de nuevas aventuras.

Caen unas en el lodo, como caen los grandes en

las profundidades de la miseria y del dolor; revolviéndose, resistiéndose, extinguiéndose al fin sin un lamento, sin proferir una queja: con orgullo. Y el orgullo es fortaleza, es virilidad.

Otras, con más suerte, se deslizan a un arroyo, y del arroyo a un río, y del rio al mar. Al mar inmenso que ruge, pero que las impulsa a nuevas playas.

Las más son recogidas en montón y se extinguen en llamas, en un aquelarre infernal de calor y fuego, como postrer sacrificio a sus vidas. Y el fuego es redentor, el fuego nos habla de cosas rojas y fuertes, tal vez de venganzas implacables, pero necesarias...

Han sido injustos los poetas con las hojas secas, porque dejando el terreno siempre escabroso de las comparaciones y de las bellas formas imaginativas, estas hojas han abofeteado a muchos rostros, y en las noches obscuras han puesto pavor con sus ruidos acabadabrantes en el ánimo de muchos valientes.

¿La aridez del paisaje? ¿La tristeza de su desnudez? ¿La melancolía de la luz en las tardes otoñales?

Sensiblerías

Tras la decoración, en la decoración misma, quedan los troncos y en ellos los gérmenes de la vida nueva. Y la vida es lo más fuerte, lo más viril, lo más rotundo.

EL HAMBRE Y EL SEXTO SENTIDO

Os acordáis de los versos del vate francés?..
Los bravos cadetes de Gascuña exclaman a dúo: ¡Tengo hambre!; y Rostand hace decir al gran Cyrano de Bergerac:

«Acércate, Beltrán, viejo flautista;
desata de tus flautas el estuche;
toma uno de los pífanos que encierra,
y ante ese vil atajo de glotones,
modula viejos aires de la tierra...»

El gran poeta necesitó de toda su poesía, de la remembranza azulada de la patria, del encanto musical y de la alta fuerza espiritual y moral de su Cyrano, para hacer el milagro de callar a un centenar de hombres hambrientos.

¡Figuráos el esfuerzo que se necesitará desarrollar para poner silencio en medio de las vulgaridades de la vida ciudadana, donde todo son acicates a la animalidad, donde corre desbordada la prosa de la vida, a los seres sin pan!

Borrado, extinguido de la mente el ritmo alado de la poesía; adormecida o apagada la llama del amor y de la fe, debatiéndose en el vacío, luchando sólo con el enemigo pasivo y silencioso de las leyes codificadas, Homero mismo fracasaría en el intento.

Esos jueces que condenan a los sinventura por hurtar de las repletas arcas de un comerciante el haz de trigo cocido que reclama su deseo, aliado con su debilidad, serán sabios en leyes, pero ingorantes de la vida.

La materialidad en el hambre es lo de menos. Las fuerzas físicas tienen una resistencia enorme. Pero ¿y las fuerzas morales? ¿La preocupación de no tener qué comer? ¿El deseo, que es otra necesidad, otra hambre en la misma hambre?

Las graduaciones de la miseria son múltiples; las graduaciones del hambre, infinitas. Y esas muertes por inanición en medio del lujo y de los placeres de las grandes ciudades, esas muertes que arrancaron del poderoso cerebro y del alma grande de Henri George sus más terribles y admirables anatemas, son mundos inasequibles de sensaciones.

Se engañan esos buenos médicos de las Casas de Socorro y de los Hospitales cuando certifican la muerte de un ser por inanición. Claro está que las víctimas del hambre mueren con los estómagos vacíos. ¡Pero se les ha examinado a esos cadáveres el corazón! ¡Ah!, el verdadero vacío de esos hombres no está en sus vientres, sino en sus almas.

A muchas personas hambrientas, recogidas en el arroyo todavía con vida animal, se les ha proporcionado alimento, y, sin embargo, han dejado de existir a los pocos instantes de ingerirlo.

¡La debilidad!—se exclama—; ¡El desgaste!; ¡el estómago no ha podido resistir!.. La ciencia lo explica todo. Pero si los muertos hablaran, la ciencia bajaría, al peso del rubor, la cabeza.

Yo he leído la prosa de un sabio doctor explicando lo fácil que es al organismo humano privarse de alimentos durante un número grande de días. Sin embargo, en la práctica de la vida, que está fuera de los

experimentos científicos, ningún ser puede resistir el tiempo marcado como *máximum* en los cánones de la medicina.

Y esto prueba que en el hambre lo menos acaso es lo material, el pan y el agua, y lo más, los estados espirituales por los cuales ha de pasar el hombre que se ve privado de lo más necesario.

Si para cada centenar de hambrientos hubiera un Rostand o un Cyrano de Bergerac, los sabios doctores se ahorrarían de hacer muchos diagnósticos por inanición.

* * *

La primera vez en mi vida que me quedé sin comer no me hizo impresión ninguna. Fué por castigo y castigo merecido. Me educaba en un colegio de curas, por los cuales he sentido desde muy pequeño una antipatía intuitiva irresistible, y un día pagué la caricia de un pellizco de uno de mis ensotanados maestros, un pellizco de los llamados de monja para mayor escarnio y sarcasmo, arrojándole un tintero a la cabeza.

La mancha era de las imborrables, y fuí expulsado, con todas las agravantes, del convento-escuela.

Recuerdo muy bien la enorme sensación que causó el suceso en mi casa y hasta en el vecindario. Mi madre lloraba como una Magdalena. Mis hermanos me miraban con miedo. La servidumbre se hacía señas expresivas, como diciendo: «He aquí a un futuro criminal.» Porque ese maleficio del instinto es moneda de ley, credo sagrado entre ignorantes. Sin embargo, ¿hay algo más humano, y al mismo tiempo de resultados prácticos más admirables, en la vida corriente y moliente, no en la que crea para su uso la moral de texto, que defenderse de los que nos hacen daño?

Yo no sé si iré, cuando me muera, al cielo; pero si no voy, solamente por haberme vengado en la vida de los que me hicieron daño, me abrasaré en las llamas del infierno muy a gusto y satisfecho. ¡Pero que tengan cuidado Satanás y los demonios a sus órdenes, porque en cuanto pueda y ellos se descuiden, les volaré un tintero a la cabeza!...

Al llegar mi padre, hubo consejo de familia primero, y después se me llamó para imponerme el castigo.

Yo no hablé; a las preguntas que me dirigieron contesté enseñando el cardenal que me había hecho el cura en el brazo.

Mi padre examinó el morado, me miró después fijamente a la cara y dictó la sentencia:

—¡Castigado sin comer!

Ni una voz, ni un golpe, ni siquiera una recriminación.

Mi buen padre era un caballero y un hombre de talento.

Y me quedé aquel día sin comer.

Primero tuve esperanzas de que mi madre, mis hermanos o mis criadas me levantaran el castigo, como había ocurrido otras veces. Después, porque todo el mundo aquel día había tomado mi travesura en serio, me consolé pensando en la cena.

Tuve hambre, sí, pero fué un hambre muy benigna, un hambre material; más que hambre—la experiencia me lo ha enseñado después—, lo que sentí fué un gran apetito. Deseé con más impaciencia que de costumbre que se encendieran las luces y que se pusiera la mesa. Eso fué todo. Y cuando llegó la hora, es decir, mi hora, comí como un Heliogábalo.

Mi padre, que era un caballero y un hombre de talento, me dejó repetir de todos los platos...

* * *

Quedarse sin comer y tener hambre ya hemos dicho que es terrible, y además lo volveremos a decir en su correspondiente lugar.

Pero hasta llegar a ese día aciago, hay que andar una larga y muy penosa travesía. Lo de menos es quedarse sin comer, digámoslo así, de pronto, después de una época en la cual nos hemos alimentado bien. Lo grave es el proceso. Lo grave es comer todos los días y quedarse con ganas; lo espantoso es malcomer por espacio de mucho tiempo. Esta es la verdadera, la trágica hambre, la que mata, la que lentamente va minando el organismo y haciendo de él, en lugar de una máquina, un guiñapo.

Sin esta prolongada antesala del hambre, un día, dos días, tres días sin pan, casi casi carecerían de importancia.

A fuer de español tengo la virtud de la sobriedad, esa sobriedad española que es miseria hidalga, y con esto está dicho que he sido sobrio, cuando no abstemio, a la fuerza.

De aquella cena, en la que repetí de todos los platos, a las comidas en las que no se podía repetir porque apenas si se podía empezar, hubo grandes lagunas de lágrimas.

Y de esas comidas tristes, silenciosas, amargas, hasta llegar al instante de llorar de rabia y de desesperación ante los platos vacíos, hay muchos enteros, planetas inexplorados todavía de dolor y de sentimiento.

Cuando llegó el día sin pan, lo de menos era el no comer nada, sino el no haber comido lo suficiente, la evidencia absoluta de volver a comer para quedarse con hambre.

Un instante de desmayo, un momento de vacilación en tan negras circunstancias, son fatales.

Un proverbio alemán dice que la pobreza es el sex-

to sentido. Si falta éste, se va al robo, al asesinato o a la muerte.

Yo he estado sin comer en la Habana tres días seguidos. Sólo bebía el agua helada que facilitan gratis en los cafés por orden gubernativa. Lo que menos me dolió fué el estómago, y nunca como en aquellos tres días de agonía tuve menos ganas de comer. Lo único que me atormentaba era la preocupación y, sobre todo, el deseo. Un deseo obscuro, un deseo sin límites, porque lo deseaba todo y no quería particularmente nada...

En cambio, he sentido hambre, mucha hambre, un hambre voraz e insaciable, un hambre feroz, oyendo pedir pan a mis hijos.

Y yo os juro que el hambre es terrible.

¡Ay!, si no fuera por el sexto sentido del proverbio alemán, qué pocos capitalistas habría en el mundo...

EL MADRID DE LAS SEIS DE LA TARDE

El Madrid de las seis de la tarde es sencillamente una maravilla.

Para saborear sus encantos es preciso antes conocer bien a Madrid... haberse quedado sin comer unas cuantas docenas de veces después de haber pernoctado en las sillas de hierro de la Castellana unas cuantas noches. Eso como aperitivo o primera lección, porque después es necesario, para darse cuenta exacta del gran panorama madrileño, haber gustado de todos sus placeres y de todos sus beneficios.

Hay personas que viven en Madrid mil años y no lo conocen; personas que no lo conocerán nunca, y que tal vez al leer estas líneas se crean que me he vuelto loco.

No obstante, estoy en mis cabales.

El Madrid de las seis de la tarde, bien visto, es como un ramillete de cuentos orientales, y si esto no os dice nada, porque no sepáis qué cuentos sean esos o creáis que son cuentos míos, añadid a ellos—que yo no los quito—un par de docenas de narraciones de Jean Lorrain...

Lágrimas y risas, infortunios y triunfos, contrariedades y satisfacciones, esperanzas y desesperanzas,

deseos y hastíos, aciertos y yerros, virtudes y vicios, todos los elementos que componen, lo mismo en las regiones de las nieves eternas que en los trópicos, el deleznable armazón de la vida, surge a las seis de la tarde, a la hora del infierno madrileño, como vapor diabólico, muy tenue y muy transparente, de debajo del asfalto de la Puerta del Sol.

Imagináos una cosa. Imagináos que tenéis un don divino y que por medio de él, como en una pizarra, podéis ir leyendo en la frente de todo el que pasa sus pensamientos. Imagináos más, que podéis sentir también las distintas emociones, los mismos estados de ánimo de todos los que a esa hora transitan por la Puerta del Sol.

Bueno, reventaríais, pero no podríais negarme, y claro que antes de reventar, que habíais asistido a un bello espectáculo.

Pues eso, tan difícil, se puede conseguir conociendo bien a Madrid, sin exposición ninguna; sin exposición después de conocerlo, porque el aprendizaje es feroz y peligrosísimo. ¡Cuántos, cuántos sucumbieron en él, cuántos y cuántos sucumbirán todavía!...

Madrid, a las seis de la tarde, cuando el sol se oculta detrás de los edificios un tanto fatigado de su diario trabajo, no tiene comparación posible con nada. Sonríanse ustedes de un desfile de fiesta en París presenciado desde el Arco del Triunfo; guaséense de todas las Cytés de Londres y de todas las plazas (incluso las de toros) del mundo, y den ustedes de paso un golpe en la nariz a la célebre acera del Louvre, en la Habana. Madrid, a esa hara, es único y definitivo, es verdaderamente extraordinario. Y el Madrid de esa hora no ha cambiado, tal vez no cambie nunca. Y no es eso que los cursis llaman el todo Madrid, es el Madrid vario, mejor todavía, el Madrid movible, fluctuante. Es tanto, por lo menos, como el mar y sus arenas.

Es el Madrid de las seis de la tarde...

Si un mal día se me ocurre la idea de hacer un verso, se lo dedicaré al Madrid de las seis de la tarde.

Desde las esquinas de las calles de Preciados, Carretas, Alcalá, Carrera de San Jerónimo, Mayor y Arenal, contemplé el maravilloso y único espectáculo de este admirable Madrid del crepúsculo Y es siempre en mis infinitas nostalgias de peregrino, una de las cosas que más invoco; ¡tal vez porque siendo lo más bello es también lo más fantástico, lo más ideal!..

LA TRAGEDIA DE LOS ALMANAQUES

Un espíritu tan sutil como práctico, saludándome afectuosamente, con más vehemencia que solía hacerlo de costumbre, me dijo un día de los postrimeros del año..., mostrándome encima de su mesa de trabajo gran número de bonitas estampas y de lujosos cromos de papel:

—¡Mira, mira, cuántas promesas! ¡Mira, mira, qué hermosos embajadores de la dicha!

Y como yo, algo absorto ante su alegría infantil le demostrara no comprenderle, replicóme:

—¡Ah!, ¿pero tú no te das cuenta de lo que ésto significa para mí, para tí también, ya que eres mi colaborador y mi amigo? Confiesa tu ceguera; no seas vano.

—La confieso. No me explico cómo pueden alegrarte estos dibujos chillones y estos cartones, teniendo como tenemos tantos problemas difíciles que resolver, tantas cuentas sin saldar, tan poco dinero y tanto frío y tan buen apetito. Todo eso bien vendido, si es que consigues comprador, no llega a una docena de reales.

—¡Majadero!

—Bueno; tú te has vuelto loco, pero, ante todo, no insultes. ¿Sabes lo que me acaba de decir el editor?

—No lo sé, ni me importa; ante las groserías de

ese monstruo, yo tengo hoy las alegrías de mis almanaques. Estos almanaques demuestran mi popularidad; demuestran, además, mi importancia. Estos cromos, ¡solemne imbécil!, quieren decir mucho. Ve a casa de un olvidado, de un pobre, y observa: si tienen almanaque, es porque se lo ha regalado el chico de la tienda de comestibles; en los hogares miserables ni eso. El año pasado, acuérdate, nadie nos regaló almanaques. Ahí tienes el taco que compraste tú, haciendo un sacrificio, clavado con un enorme clavo en la pared. ¡Míralo! Parece un corazón sangrando.

Estos cromos quieren decir mucho. Estos cromos son nuestra liberación, nuestra entrada triunfal en el mundo de los elegidos...

Confieso que después del discurso de mi amigo empecé a convencerme de la importancia que podían tener en nuestra vida aquellos almanaques.

La observación estaba bien hecha.

— Sí, no te quepa la menor duda—volvió a decirme—, al refranero español habrá que añadir este nuevo axioma: «Año de muchos almanaques, año de pocos achaques».

Y mi amigo empezó a reir, a reir a carcajadas, contento, satisfecho, seguro de su felicidad y de su prosperidad próxima.

Empezaba yo a repasar los anuncios incrustados en las estampas y a leer los nombres de los que habían tenido un recuerdo para nosotros, cuando sonó un fuerte campanillazo en la puerta. Abierta ésta por mi amigo, entró la portera:

— Señoritos, ustedes me perdonarán, pero todos esos almanaques que les trajo mi hijo no son para aquí, sino para el piso principal, para el amo... Fué un error.

Un rayo que hubiera caído en medio de la habitación no hubiese producido tantos estragos.

Salió la portera, y entró la tristeza.

Mi amigo se dejó caer en su sillón de trabajo, frente a la mesa, extenuado, roto, herido para siempre.

Desde aquel día no hubo en aquel semblante más sonrisas, ni en aquel cuerpo parte sana. Se fué consumiendo poco a poco, lentamente. Sólo al morir, sus labios se entreabrieron para murmurar esta frase:

— ¡Se han llevado mis cromos, mis estampas, mis almanaques!..

EL USURERO

«Shylock, judío, una libra de la carne de este hombre te pertenece; el Tribunal lo reconoce así y te la otorga. Pero el pagaré no te da derecho a una sola gota de su sangre. Prepárate a cortar la carne; pero cuidado con que derrames sangre, ni que cortes un miligramo más ni menos de una libra, pues si la balanza se inclina más a un lado que a otro, se confiscarán todos tus bienes y morirás.»

GUILLERMO SHAKESPEARE.

COMENTANDO Schlegel «El mercader de Venecia», dice que Shylock no es un judío vulgar, que tiene una individualidad original muy marcada; pero que, sin embargo, en cada una de sus frases revela el judaísmo.

Conformes. Shylock es una síntesis; la concreción más admirable que se ha hecho y que se hará de la raza judía. Confieso que Shylock me da una gran sensación de grandeza.

Shylock es un carácter, y su perversidad, su avaricia, llegan a lo sublime.

La maldad—no es paradoja—, cuando llega a ciertos grados se convierte en virtud. Lo malo no es lo extremado; lo malo es lo intermedio, lo vulgar.

Entre las garras de Shylock, la esencia espiritual del hombre de presa, caracterización sin par de una raza admirable, y estos pobres usureros «cristianos» de ahora, prefiero mil veces el personaje del genio inglés.

La conducta de Shylock tiene un motor de fuerza histórica enorme, y al mismo tiempo una cantidad acumulada de energías de vida y humanidad sin medida.

El odio es santo, y el odio de Shylock para los crueles perseguidores de su raza, no sólo disculpa sus crímenes, sino que los realza. Pero ¿y estos prestamistas de hoy tan mezquinos, tan pequeños, tan bajos, tan vulgares?

Y es que Shylock es el usurero y es el sello de marca de una estirpe; pero también es el arte, y estos prestamistas cristianos son lo real, las escorias de la vida, pero la vida. Y yo no he aprendido a odiar ni amar en los libros, sino en la vida.

Los escritores no son más que unos hábiles falsificadores y viven de eso, de falsificar más o menos bien los documentos humanos...

* * *

Una de mis mayores antipatías era—y sigue siendo fiel a ella mi recuerdo—un señor que se llamaba don Nicasio Celada, usurero de oficio, disfrazado de administrador y habilitado, explotador de las tres cuartas partes de los militares, empleados civiles, jubilados, viudas y huérfanos que cobran haberes pasivos.

Las amplias oficinas de la calle de Jacometrezo eran para mí un potro de tormento. El Sr. Celada, frío, impasible, sin conmoverse ente los relatos de hambre y miseria de sus pobres víctimas, me producía un malestar y una repulsión grandísima.

Con su voz chillona, de un timbre desagradable y molesto, iba despachando a su numerosa clientela, negando u otorgando el anticipo que se le pedía a gritos, descubriendo las lacras que se le referían con trémolos de angustia, hiriendo la susceptibilidad y el rubor de los solicitantes.

En la amplia sala, donde formando cola esperaba la parroquia silenciosa y cohibida, la voz del usurero era como el silbido agudo de una hoja de acero hendiendo el aire antes de herir.

Yo temblaba de pies a cabeza cuando me tocaba el turno.

Muchas veces, para evitar que D. Nicasio me hiciera la negativa a gritos delante de tanta gente, cedía mi puesto a las señoras que me sucedían. El Sr. Celada, sobre todo si las señoras eran guapas e iban bien vestidas, se ablandaba, endulzando un tanto su carácter rijoso.

Cuando ni con las señoras se mostraba atento, yo abandonaba la sala sin acercarme a la mesa del usurero, evitando así un choque violento con él.

Las infelices víctimas, en cuanto llegaban a las oficinas, preguntaban en voz baja a sus compañeras de cola:

—¿Qué tales aires corren hoy? ¿Está de mal talante D. Nicasio?

La respuesta no se hacía esperar. D. Nicasio, a grito herido, satisfacía la curiosidad, exclamando:

—A ver, Sr. González, ¿cuánto dinero se ha adelantado ya al Sr. Pérez?

El Sr. González daba la cifra, después de revolver algunos papeles, y D. Nicasio se encaraba con el Sr. Pérez, diciendo:

—¡Imposible, imposible; no le puedo dar a usted ni un céntimo más! Yo no estoy aquí para remediar todas las calamidades que les ocurran a ustedes.

El peticionario insistía, en voz baja, exponiendo sus apremios; pero el Sr. Celada se mostraba inflexible.

—¡Ni un céntimo más!

Y el desahuciado atravesaba las oficinas avergonzado, bajo las miradas de un centenar de personas.

Yo me estremecía de indignación cada vez que la voz de D. Nicasio se dejaba oir para dictar su sentencia. En cambio, los clientes del Sr. Celada, acostumbrados ya a aquellas escenas, ni siquiera se inmutaban; al contrario, de vez en cuando asentían con la cabeza a sus injustas determinaciones.

—Tiene razón—decían—; este Sr. Pérez es incansable pidiendo.

Algunos hacían esfuerzos para contener la risa ante el azoramiento que demostraba la persona defraudada.

D. Nicasio me desconocía siempre; cada vez que me acercaba a su mesa, tenía que decirle:

—Yo soy hijo de Ber, y vengo...

—¿Ber, Ber? ¡Ah!, sí; usted es el sobrino del general...

Aquel título era para mí un ultraje; me sentía rebajado oyéndome llamar sobrino del general, y me preguntaba a mí mismo: —¿Pues qué, no tengo yo una personalidad?

Pero el Sr. Celada no me conocía ni me daba beligerancia nada más que en aquella forma.

—¡Ah!, sí; usted es el sobrino del general.

Y al decirlo alzaba la voz para que todos los presentes supieran que se relacionaba nada menos que con el sobrino de un general. ¡El miserable!

***

Dos de mis impresiones más amargas e intensas de mi juventud las experimenté en las oficinas de D. Ni-

casio; una de ellas merece capítulo aparte; la otra es ésta:

Un día, uno de los tantos Pérez como salían de allí sin lograr conmover las fibras del terrible usurero, se suicidó en uno de los rellanos de la escalera de su oficina, pegándose un tiro en una sien.

La detonación vibra todavía en mis oídos y el hilillo de sangre que brotaba de la herida de aquel hombre persiste roja en mis retinas, sin que los ácidos del tiempo la hayan desteñido.

D. Nicasio, después de cerciorarse de la muerte de su cliente, chilló con su voz destemplada y molesta:

—A ver, González: ¿el Sr. Pérez tenía firmada la nómina y formalizadas sus operaciones?

Y González, después de revolver unos papeles, con el orgullo del deber complido, contestó:

—Está todo en regla y corriente...

El judío Shylock, grande en su odio contra los cristianos, tuvo aquel día para ellos un gesto de desprecio.

LA RELIGION DE CERVANTES

GOETHE acertaba siempre. Yo creo que la fuerza cerebral de Goethe era tan intensa, tan fuerte, tan masculina, que sus ideas engendraban, si acaso no habían nacido, a los seres de excepción para que cumpliesen sus teorías y sus axiomas.

El amado poeta de Weimar pensaba que el carácter de la verdadera obra maestra consistía en prestarse a diversas interpretaciones. Nada más exacto; ninguna teoría mejor tampoco para aplicarla a la obra inmortal de Miguel de Cervantes.

Puede afirmarse que la obra que se ha prestado y se presta, que la obra que ha sido objeto de más interpretaciones y que seguirá siéndolo, es *El Quijote*.

No sólo la obra, sino el autor han obedecido en este caso la teoría de Goethe.

Cervantes y su libro inmortal no podrán nunca ser empadronados ni por las leyes de la moral al uso de los tiempos, ni por las reglas de los eruditos y de los académicos.

***

Para hablar con propiedad de Cervantes, sin ofenderlo a él y sin que sufra remordimiento la conciencia, es necesario asirse de la hipérbole y después balancearse con furia sobre ella hasta caer rendido y extenuado a tierra.

Maravilla y espanta que no se haya alzado nadie en protesta confundente contra los mil atrevidos que han pretendido interpretar *El Quijote*.

Así como hay abismos inaccesibles y mares de profundidades desconocidas, hay obras que no pueden interpretarse, que escapan a todo análisis y a toda disección.

Cervantes fué un intuitivo genial que compuso como compone el genio, sin darse cuenta, uno de los libros sociales más *monstruosamente* completos.

Pretender interpretarlo, pretender dogmatizar sobre *El Quijote*, es profanarlo. La moral se escapa siempre del dogma. Como dice Hugo, no hay nada más sabio que las religiones, pero tampoco hay nada que sea menos racional que ellas. Como morales, las religiones son verdaderas; como dogmas, son falsas.

El Quijote es una religión; dogmatizar sobre él es falsearlo.

En España, por desgracia, hay muchos creyentes de la religión cervantista, como hay muchos creyentes de la religión católica, apostólica y romana. Creen en una y en otra por la misma causa, porque sí, sin conocerlas, porque les han dicho que es buena y les han enseñado sus rezos.

Ante Jesucristo los creyentes se arrodillan y rezan. Ante *El Quijote* se admiran y se deshacen en elogios.

Pero ni son buenos cristianos, ni han leído *El Quijote*.

La enorme cantidad de dogmatizadores se explica por la enorme cantidad de falsos creyentes.

El Quijote para unos y otros es la perfectibilidad,

sin comprender que no hay nada verdaderamente grande y excepcional sin defectos.

Es curioso observar una cosa: que los más puros cervantistas, aparte de sus peregrinas interpretaciones, sólo se dan a imitar la prosa de Cervantes, como los creyentes se dan sólo al culto.

Para los cervantistas a línea recta lo que dice y lo que sugiere *El Quijote* es lo de menos; lo más es como lo dice. Para los creyentes lo de menos son los hechos de la vida de Jesús, sus obras; lo mejor y lo único son las oraciones bien aprendiditas de memoria.

Pero volvamos a asirnos de la hipérbole.

Cervantes no fué un literato al estilo de ahora; no compuso su libro inmortal como ahora componen sus libros nuestros escritores.

En esto yo veo una de las más grandes virtudes de Cervantes y uno de sus mayores méritos. Veo también un buen ejemplo a seguir que no sigue nadíe, y menos que nadie sus incondicionales.

A los escritores actuales los ahogan los libros. Casi todos mueren en el trágico naufragio de las bibliotecas, impelidos por los huracanes de los folios impresos. Cervantes no; Cervantes no se embarcó en aquellas galeras; vivió y murió en la tierra y cara a todos los aires de la vida, Por eso su obra, además de ser inmortal, es tan humana.

El vivió, después escribió lo que había visto, lo que había observado y lo que había aprendido. La interpretación de su obra, su simbolismo, lo deja a cargo de los que no saben, no pueden o no quieren vivir.

La tesis central esquemáticamente es una sátira contra los libros de caballería, pero *El Quijote* es la vida. Y es la vida, sin pretenderlo su autor, a pesar de él tal vez, por encima de él. La dualidad entre Quijote y Sancho no fué un truco de preparación literaria, sino el resultado admirable de haber sabido reflejar y pin-

tar exactamente la vida. Antes de la creación lireraria del Quijote, había Quijotes; antes del retrato de Sancho, había Sanchos.

Un bombre de biblioteca hubiese escrito sobre la tesis de que se apoderó Cervantes para su obra una disertación moral, muy pesada, uno de esos libros donde, como dice Quevedo, es inmensa la lectura y corta la lección.

Cervantes, arrastrado por la intuición, que es el genio, clavó su garra en la realidad, haciendo presa en ella.

Su tesis quedó borrada por la vida, y el milagro se hizo una vez más. Lo humano es lo verdaderamente, lo único divino. Y hoy hay una nueva trinidad. Unidad de esencia y trinidad de personas. El padre es Cervantes, el Quijote es Cervantes, Sancho es Cervantes y no son tres dioses, sino uno solo y verdadero.

La obra de Cervantes es imperfecta, como lo es la obra del mundo.

Debemos estudiarla, no para su interpretación, sino para su mejoramiento.

No hay que sacar materiales de esas dos canteras, sino buscar nuevas canteras

Ya Cervantes, yendo contra uno, nos lo advirtió a todos, diciendo:

«Tate, tate, tolloncicos,
De ninguno sea tocada,
Porque esta empresa, buen rey,
Para mí estaba guardada.»

Recojámonos en nosotros mismos, concentremos nuestra visión interior para poder después mirar mejor y con más fuerza la vida, que marcha siempre incansable en busca de nuevos horizontes, sedienta de renovaciones.

Que *El Quijote,* sea punto final para Cervantes, para nosotros una serie inacabable de puntos suspensivos...

En lo que hay de eterno en el libro inmortal debemos aprender y lo que en él hay de transitorio debe servirnos de estímulo para encontrar en la realidad y en la vida los nuevos cauces y las nuevas fuentes del arte y de la inspiración.

Y cuando en la noble empresa seamos burlados, escarnecidos, apaleados y vencidos, no dudemos ni un solo instante del poder de nuestro fuerte brazo; como el Caballero de los leones, creamos que la mala ventura fué cosa de encantamiento.

EL ATORMENTADO

La aparición de Clemente Barón en el Círculo republicano, despertó en la juventud que allí se reunía una gran curiosidad.

Alrededor de él giraban todas las conversaciones. Como sucede siempre en estos casos, una opinión lanzada con valentía vino a resolver todas las dudas.

Un espíritu mezquino que gozaba de gran preponderancia, corrió la especie. «Es un ambicioso, un arrivista...» Y Barón desde entonces pasó a formar parte del montón de jóvenes que pretendían hacer de sus ideas una escala para asaltar los puestos que llevan a la conquista de la gloria.

Barón comprendió desde el primer momento el lugar que sus nuevos amigos le habían designado, y se sonrió. La sonrisa de Barón era una de sus principales características; sonreía siempre.

Sus labios finos, de color de rosa pálido, estaban de continuo entreabiertos.

Esta sonrisa contrastaba con el resto de su figura. La palidez cadavérica de su cara, en la que sólo vivían intensamente sus ojos negros, la expresión de tristeza que emanaba de sus facciones, su larga e hirsuta melena, y hasta su misma delgadez de espectro, dábanle un tinte extraño de fiereza que hacía pensar

que aquellos labios y su eterna sonrisa eran superpuestos y estaban allí para atraer y engañar.

En una reunión de poetas decadentes, la figura enigmática de Clemente Barón hubiera sido saludada como un símbolo...

La actitud resignada de Clemente y su dulce sonrisa, hicieron que algunos revocaran el fallo dictado a su llegada.

El prurito de clases tan castizamente español, tenía en perpetua discordia a los jóvenes revolucionarios. Se pretendía formar un grupo con el nombre elástico de los *intelectuales*. Barón, advertido, acaudilló a los que humildemente se consideraron fuera del grupo. Sus huestes, compuestas de muchachos sanos sin otros méritos que su intuición, venció, y los relegados, los olvidados, los que antes sirvieron de comparsas ocuparon los puestos más altos. Solamente Barón, por mandato suyo, expreso y categórico, dejó de formar parte en las avanzadas. El gozaba mejor de sus victorias contemplándolas desde lejos, sin mezclarse en la lucha. Cuando alguien le hablaba de esto tratando de convencerlo—casi siempre era un intelectual el que lo pretendía—, se contentaba con decir:

—¿Recuerda usted la figura de Napoleón? Napoleón sólo fué héroe una vez en su vida. Además—replicaba acentuando al decirlo su sonrisa—, aunque no lo parezca, yo tengo bastante de *intelectual*.....

***

Barón lo negaba todo: sus ideas políticas no tenían precedente ninguno; cuando se hablaba de sustituir la monarquía por la república, su sonrisa se abría hasta dejar escapar una leve carcajada. Para poderlo filiar era menester recurrir a la palabra anarquista.

Al condenar nuestra época, condenaba también la labor de aquellos jóvenes republicanos y se reía de los grandes mítines de propaganda, verdaderas ferias de vanidades donde concurrían las mejores voces y las más huecas testas de aquella juventud.

Las diatrivas de Barón se hicieron célebres como antes lo había sido su figura, y sus anatemas y sus sinceridades lo convirtieron en un homdre terrible. Además, Barón era un excelente polemista; lo discutía todo, hasta aquellas ideas fundamentales en las cuales parecen sostenerse todas nuestras leyes morales.

Pero lo más interesante de Barón, lo que a mí más me extrañaba, era su sonrisa. Aquella sonrisa poseía el secreto de la vida o sabía mucho de los misterios de la muerte.

Cuando después de una discusion violenta sonreía, se le podían imputar, sin remordimiento, los mayores crímenes.

Cuando después de una victoria dialéctica estiraba sus labios y enseñaba satisfecho sus dientes, su cara producía miedo.

Un día se habló del amor. Todos los presentes lo ensalzamos. Lo que en aquella época era en lo único que creía lo defendí con la vehemencia propia de un convencido. Barón lo negó. Con palabra persuasiva primero y después con tono agrio y descompuesto, fué rechazando, punto por punto, todos mis razonamientos.

Mi estupefacción era tan grande, que cuando terminó de hablar no pude oponer a sus argumentos ningún comentario. El, aprovechando hábilmente mi debilidad, quiso dar por terminada la discusión, asestándome un golpe decisivo.

—Y suponiendo—dijo—que ese amor cantado por usted fuera cierto, ¿no habría que ponerlo en duda viendo su poca consistencia? El día que yo, sin creer

en el amor, quisiera defenderlo, lo haría mejor que usted, que pretende hacernos ver que ha querido y amado mucho.

A este trompetazo contesté yo con la más sonora bofetada.

La gente se arremolinó en torno nuestro para separarnos. Nos separó. Yo no perdí de vista ni un instante la cara de Barón, y puedo jurar que su rostro no sufrió transformación ninguna. Barón seguía sonriendo siempre; sonreía, como después de haber obtenido una gran victoria, podía sonreir el genio del mal...

Los cariñosos amigos del Círculo quisieron que aquella reyerta terminara en duelo, y yo nombré mis padrinos. Barón esta vez no discutió.

El encuentro se señaló para el día siguiente.

***

Para sentir con intensidad todo el amor que tenemos a la vida, hay que vivir estos momentos de angustia.

El bravo de profesión, si no fuera tan repugnantemente inconsciente y no cifrara toda su gloria en morir haciendo alarde de su valor, podría componer con sólo describir los estados de su espíritu en estos trances frente a frente con los insondables misterios, el poema condensador de los sentimientos humanos.

...Hay algo inconsutil que no se presta a investigaciones, que nos hace vibrar una partícula de segundo condensando una fuerza de sensaciones infinitas, pero que se borra instantáneamente sin dejar huella para describir su fuerza...

Acababa de esperimentar esta sensación indescriptible, resumen de una noche de la imaginación en vela puesta al servicio del pasado, del presente y del por-

venir, cuando una mano familiar y amiga, después de reconvenirme amorosa por mi desvelo, me entregó esta carta, fin de este episodio y tránsito de una vida: rezaba así.

«...Antes de comenzar *nuestro* duelo quiero poner fin al que hace años tengo emprendido conmigo mismo, más cruel, más trágico y aterrador que el que debiera presenciar el sol de mañana. ¡Cuánto siento privar de ese espectáculo a nuestros amigos; me hicieron tanto bien, me distrajeron tanto!...

Héme aquí frente a frente con la última incógnita, rendido, pero con el cerebro repleto de visiones de vida, sin poder remontarme a las sublimes regiones, ni estallar en borrascosa tormenta. Estoy sereno, tranquilo, consciente, sé perfectamente lo que voy a abandonar y casi presiento adonde me voy a hundir. A pesar del cansancio físico me encuentro tan ligero, que me parece que si hago un pequeño esfuerzo podré volar. Lo único que siento es no verle por última vez, por egoismo, no por gratitud; le daría con mis más expresivas gracias un fuerte apretón de manos por el favor que me ha hecho.. ; en nombre de Ella lo hubiera santificado.

No me crea loco. Ya le he dicho que mi cerebro es tan pequeño que no tiene fuerzas para remontarse hasta las cumbres de la locura. Es el corazón quien manda en mí, el corazón que hasta hoy estaba atrofiado; cuatro años sin predominio le han dado una fuerza avasalladora, incontrastable...

Ayer hablamos del amor; ayer, para triunfar, vacié toda la ciencia aprendida con objeto de negar el sublime sentimiento de las almas; ahora, en este instante, sintiendo como siento en toda su intensidad la razón de la natureleza, no puedo argumentar en pro de lo que ayer titulaba entelequia, y es y había sido la

única realidad de mi vida, y para Ella, que murió amando, la única ciencia.

El instinto es el que debe guiar nuestros pasos; recorrer el camino, andar en sentido contrario al que él nos marca, conduce fatalmente al extravío.

¡Oh, sublime poder, asísteme en el minuto del suplicio y seré digno de mí y podré hacerle justicia a Ella!

¡La ciencia!... El corazón, como órgano importante del cuerpo; el corazón, estudiado científicamente, no ordena... y, sin embargo, dejará de latir...

Ante mí tengo los libros que me sirvieron de guía; en ellos quise enterrar mi amor; sus tapas se han puesto rojas, del color de la vergüenza... Y es que han comprendido que por fin les arranqué el secreto... ¡Oh, malditos libros, llenos de ciencia! Ya no recuerdo nada de lo que aprendí en ellos; me envuelve por completo una visión de arte, y la voz de Ella llega a mis oídos, salmodiando los nombres de los que nos enseñaron a amar, los nombres que los poetas pusieron a sus quimeras, presididos por los inmortales amantes de Verona. Veo también el porvenir de la humanidad, y presiento su infortunio; va al dolor, a marchas forzadas hacia el caos. En las Babilonias del porvenir los adelantos científicos harán imposible el amor. Entonces la lucha que he sostenido durante cuatro años se desarrollará en un minuto, tal vez en un segundo... Probablemente no se repetirá...

Quise convencerme de que el amor era sólo una quimera y parto con el convencimiento de encontrarlo más allá de la muerte; los libros aborrecibles lo prueban todo, lo que no saben lo inventan, lo que no hacen es crear: sólo el amor crea. Voy tras él, voy a buscar lo perdido. No me tenga rencor... diga a los amigos que el miedo... pero no, no les diga nada, ellos son lo bastante malignos para inventar una fábula, tal vez una calumnia, y morir calumniado ya es

algo. Adios, Ella me espera, si usted tiene en la tierra a quien amar, consagre a Ella su existencia, y, por último, si algún día después de mucho tiempo se ve usted precisado a defender el amor y alguien lo niega, acuérdese de su amigo y piense que no hay mayor tormento que este de vivir sin amor y morir amando...»

LAS NOCHEBUENAS DE LA VIDA

...sed mage placata posse omnia mente tueri.
LUCRECIO.

ARBITRARIAMENTE tal vez, cosa que prueba que la arbitrariedad puede ser elevada a ley, yo divido mi vida en tres porciones.

Primera, hasta los diez años; segunda, hasta los veinte; tercera, hasta los treinta.

En el primer grupo resumo mi niñez, en el segundo mi juventud y en el tercero —¡vanidad de vanidades con o sin Teckeray!—, mi vejez. Pero, qué caramba, cada mortal presume de algo, y nada de extraño tiene que a mí me satisfaga ser viejo cuando tantos y tantos carcamales pululan por ahí dándoselas de pollos a los sesenta, sesenta y cinco y hasta los setenta abriles.

Váyase lo uno por lo otro, y quedemos en paz y en gracia de Dios ya que de hablar de la Nochebuena, que es noche de concordia, de amor y de alegría, se trata.

Si en la división individual, propia, que hago yo de mi vida, puede haber error, en cambio, es exacta en la existencia humana.

Niñez, juventud y ancianidad son las tres jornadas que nos separan de la muerte y que todos hacemos;

bien es verdad que unos con más comodidades que otros.

Nochebuena para mí, viejo a los treinta años, es pródiga en emociones, porque puedo gozar juntos, evocando recuerdos, los placeres que se experimentan en ella a las tres edades de la vida...

Y es Nochebuena porque es nacimiento, que es esperanza; porque es fruto nuevo, que es juventud; y lo es también porque es recuerdo de otras Nochebuenas, ¡locas Nochebuenas!, y porque puedo hallar entre aquellas alegrías juveniles muchas tristezas que vinieron detrás y algunas plácidas horas que sucedieron a aquellas tristezas...

* * *

En mi niñez, recuerdo que el día de Nochebuena mi primer cuidado era pensar lo que había hecho la Nochebuena anterior. Y recuerdo también que, del fruto de las comparaciones aquellas, derivábanse después los sentimientos que experimentaba durante la fiesta.

Y así me regocijaba, si al entrar en la cocina contaba un pavo más y veía en la cesta más cantidad de turrón que el año anterior; o viceversa, se amustiaba mi ánimo si en la cantidad de aves o en la de dulces notaba mengua.

Sin darme cuenta había encontrado el punto de partida, ó de arranque, de donde provienen todas las bienandanzas.

Más tarde, cuando en tristes Nochebuenas no hubo para mí ni pavos ni turrones, admiré mi intuición de párvulo y pensé que, aunque varíen mucho con la edad los hombres, siempre queda en ellos el niño.

Durante la juventud, la noche de Nochebuena fué siempre para mí evocadora de aquellos recuerdos de

mi infancia. Aun en medio de las diversiones y de las orgías pensé siempre con religioso fervor en el cuadro familiar, en la templanza de las caricias paternales, en el regocijo infantil ante el nacimiento, obra magna, más que de las manos, del corazón materno...

Y cuando ya cansado, no tanto por agotamiento físico como por orden de mi espíritu, que por avaricia de volar vió quebradas sus alas antes de tiempo, fué en una de esas noches de íntimo coloquio, cuando en la soledad de un barco con rumbo a playas desconocidas. confundí en mi mente los tiernos recuerdos de mi infancia y de mi juventud. De la alegría inocente, religiosa y santa del hogar— ¡altar magnífico bendecido por todos los amores!—, a la alegría profana, a la locura, a la vorágine de los placeres y de los vicios. De los villancicos frente al portal de Belén, al canto intencionado y a la copla lasciva. De aquella gran indigestión, a aquella gran borrachera.

Hoy ya no confundo mis recuerdos, y si no estoy en la tercera jornada materialmente, con el espíritu veo y preveo, experimento y siento la Nochebuena del abuelo.

El abuelo sonríe desdentado, feliz al contemplar felices a los suyos, y al lado de la lumbre, atendido con toda solicitud, muellemente arrellenado en le amplia butaca, de vez en cuando se estremece, porque piensa que aquello que pasó tendrán que volverlo a vivir sus hijos y sus nietos.

Y se estremece a pesar de las risas de los niños, a pesar del tráfago y de la alegría que asciende de la calle, a pesar de la lumbre que le libra de los rigores de la temperatura glacial y a pesar del amor que reina en torno suyo, porque el abuelo sabe que el amor hace llorar también.

***

No existe en ninguna de las tres jornadas de la vida Nochebuena completa. Y como ésto, como todo lo que es humano y cierto es un poco doloroso y como no soy ni tan bueno que sea capaz de dar en santo, ni tan malo que crea que no hay mortales que puedan llegar a serlo, me atrevo a recordar a todos los versos de Lucrecio.

Recuerdo a todos, que la religión no consiste en mirar incesantemente a la piedra velada, ni en aproximarse a los altares, ni en posternarse humillado hasta el suelo, ni en levantar las manos ante las mansiones de los dioses, ni en verter en el templo mucha sangre de animales, ni en acumular votos sobre votos, sino en contemplarlo todo con el alma tranquila...

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
PRÓLOGO	7
El Caso del periodista español	17
La Muerte de Lord Byrond	47
El Asesinato del sueño	53
La Bolsa de Paul Verlaine	59
Un encuentro	63
El Testamento	69
La agonía de Goethe	75
¡Cásualidad!	83
La Carta de Agustinillo	87
El Kaiser a los postres de un banquete	93
El caballero de la madrugada	99
Un viajero extraño	103
La serenidad de un banquero	107
Los dos esfuerzos	111
Lo trágico	119
Semidioses y fracasados	125
La protesta	129
El trasatlántico	135
¡El desastre!	139
De mariposa a gusano	151

Páginas.

El Arte y el ideal..... 159
Las hojas secas..... 165
El hambre y el sexto sentido..... 167
El Madrid de las seis de la tarde..... 173
La tragedia de los almanaques..... 177
El usurero..... 181
La religión de Cervantes..... 187
El atormentado..... 193
Las Nochebuenas de la vida..... 201

PRECIO

PESET